ROCÍO RUEDA

Confesiones de... CLEOPATRA

Pasiones y amores de la última reina de Egipto

ONIRO

Índice

Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Créditos

Para Rollón

1

La luna estaba en el punto más alto del firmamento cuando la sacerdotisa salió al exterior del templo, dispuesta a comprobar si había llegado el momento que su orden, y todo Egipto, llevaba siglos aguardando.

Nerviosa, fijó su mirada en el firmamento y todas sus dudas desaparecieron. La inmensa luna llena comenzó a quedar oculta por una sombra que cubrió su superficie hasta engullirla casi por completo. Aquélla era la señal que esperaba. Isis le anunciaba que aquella noche llevaría de nuevo la esperanza para Egipto.

—Es la hora —dijo en voz alta mientras se apresuraba a entrar de nuevo en el templo, dispuesta a realizar el ritual que todas las sumas sacerdotisas de Isis habían aprendido a lo largo de los siglos. Ella no era más que una niña cuando fue iniciada en los misterios de la diosa. Su vida había transcurrido entre aquellos muros, alejada de todo contacto con el exterior para que nada pudiera alterar su formación.

Recordando sus enseñanzas, tomó la daga y, sin dudarlo ni un momento, se hizo un profundo corte en la mano. Luego vertió su propia sangre en el altar sagrado al tiempo que entonaba una plegaria a la diosa. Y fue en ese instante en el que la oscuridad parecía invadir con su negra presencia no sólo cualquier rincón de Egipto, sino su propio corazón, cuando una extraña sensación se apoderó de ella. Como cada vez que eso sucedía, una imagen apareció ante sus ojos: había sido bendecida con el don de la clarividencia y pudo ver con total claridad que el nacimiento estaba a punto de producirse.

En aquel mismo momento, muy lejos del templo de

Isis, y sin ni siquiera sospechar lo que ese día supondría para el futuro de su país, el faraón caminaba de un lado a otro de su habitación del palacio real, en Alejandría. Aunque había intentado mantenerse ocupado, su mente no podía olvidar el acontecimiento que iba a tener lugar esa misma noche. Nervioso ante aquella tediosa espera, se acercó a la ventana y contempló horrorizado cómo la luna comenzaba a desaparecer entre las sombras que la acechaban, lo que no hizo sino recordarle cómo había sido su vida hasta entonces.

Desde que accediera al trono, se había visto obligado a vivir bajo la constante amenaza de las conspiraciones de palacio, la codicia de Roma y la volubilidad de su pueblo, que le reprochaba su continua búsqueda de consuelo en los placeres de Dioniso.

Cuando la luna quedó completamente oculta, sintió un escalofrío que dio paso a un mal presentimiento en el preciso momento en que Egipto quedó sumido en una profunda oscuridad.

Angustiado por aquella visión, se acercó a la mesa y se sirvió otra copa de vino. Después de mojar sus labios con el preciado néctar, decidió no posponer más aquella espera. Se cubrió con una capa y abandonó las estancias reales.

Una vez fuera, esperó unos segundos para asegurarse de que estaba completamente solo y reanudó el camino. En cuanto llegó al patio, en vez de dirigirse a la puerta principal, vigilada por hombres de la guardia real controlados por la reina, tomó otra dirección que le condujo hasta una salida custodiada por alguien de su entera confianza.

Aunque nunca abandonaba el palacio sin su guardia personal, aquella noche era diferente. La necesidad de saber si el terrible presentimiento que anidaba en su pecho estaba fundado o era fruto de sus continuos temores pareció infundirle un valor que no solía acompañarle y que le permitió adentrarse solo en las calles de Alejandría.

Durante el día, el mármol con el que estaban construidos la mayoría de los edificios de aquella ciudad

reflejaba la luz del sol como si se tratara de un espejo. Aquello producía un efecto óptico sorprendente, sobre todo si era la primera vez que se contemplaba. A esas horas de la noche, la oscuridad parecía haber arrebatado la magia a cada uno de aquellos edificios y las sombras que éstos proyectaban consiguieron aumentar su nerviosismo.

Cuando no había recorrido más que unos metros, oyó un ruido detrás de él. Rápidamente, se volvió en busca del origen de aquel sonido. Él, mejor que nadie, sabía lo que estaba en juego y no podía arriesgarse a que alguien siguiera sus pasos.

Por primera vez, su propia seguridad no era lo único que le importaba. Siempre había temido enfrentarse a la muerte, pero aquella noche se sentía preparado para afrontarla. Si los dioses habían enviado a alguien para acabar con su vida no pensaba mostrar miedo, así que esperó para averiguar qué provocaba aquel ruido. No tuvo que aguardar demasiado: segundos después, un gato cruzó la calle para desaparecer entre las columnas del edificio situado a su derecha.

El faraón sonrió ante el hecho de que un pequeño e inofensivo animal hubiera logrado sobresaltarle. Las calles de cualquier ciudad egipcia estaban llenas de animales como aquél, ya que su pueblo mostraba una adoración especial por esos felinos. Él no compartía esa devoción, dado que había sido educado bajo los preceptos griegos. Sin embargo, era el faraón de Egipto y debía respetar las antiguas costumbres si quería recuperar el amor de su pueblo.

Una vez que el silencio reinó de nuevo en aquella parte de la ciudad, reanudó su camino sin advertir la presencia que, como si fuera una sombra más en la noche, había seguido todos sus movimientos desde el palacio real.

Cuando estaba a punto de llegar a su destino, sintió un escalofrío que le hizo detenerse. ¿Significaría aquello que había llegado demasiado tarde? ¿Por qué no era capaz de librarse de aquel terrible presentimiento?

La necesidad de descubrir qué era lo que había

sucedido hizo que incrementara el ritmo de sus pasos para llegar cuanto antes a donde obtendría respuesta para todos los interrogantes que le atormentaban.

Una vez allí, llamó con insistencia a la puerta de la casa que tantas veces había visitado en los últimos meses. Ésta se abrió y los ojos de la esclava le confirmaron, antes de que dijera una sola palabra, que las cosas no habían ido bien. Acto seguido pasó al interior y vio la causa de la tristeza de la joven. Sobre el lecho de aquella estancia descansaba, completamente inmóvil, el cuerpo sin vida de la única mujer a la que había amado.

Al contemplar el desolado rostro del faraón, la esclava se apresuró a depositar en sus brazos a la criatura que acababa de nacer, justo en el momento en que la inmensa luna llena quedaba libre de las sombras que habían tratado, en vano, de ocultar su resplandor.

—Es una niña —le informó la esclava, turbando aún más sus pensamientos, ya que estaba convencido de que su amada le daría el hijo varón que tanto deseaba. Decepcionado, apartó con ímpetu sus brazos. Pero el bebé, que parecía haberse enojado con aquel gesto, comenzó a mover los brazos y las piernas insistentemente, algo que agradó al faraón, quien decidió tomar a la recién nacida.

Al ver cómo la criatura no mostraba el menor signo de debilidad ante la ausencia de la calidez materna, el rey sonrió. Aquella niña poseía la misma actitud rebelde que había conquistado su corazón años atrás, cuando conoció a la mujer que le había amado por encima de su condición.

—Cuidad bien de mi hija —señaló él mientras colocaba a la recién nacida en una cuna situada junto al lecho donde yacía su madre—. Pasaréis la noche aquí y mañana llevaréis a la niña a palacio —ordenó a la muchacha que había acompañado a su amada durante los últimos meses. Luego abandonó aquel lugar con la intención de preparar todo lo necesario para recibir a la niña en la residencia real.

Aquella criatura era su hija y no pensaba abandonarla. Nunca conocería a su verdadera madre, pero al menos crecería bajo su protección. Aunque había tomado todas las

medidas necesarias para que la reina no tuviera conocimiento de la relación que mantenía con aquella mujer, no le quedaba más remedio que llevar a la criatura a palacio y obligar a su esposa a hacerse cargo de su educación como si fuera una más de sus hijas. Él era consciente del peligro que eso implicaba pero no se sentía capaz de alejarla de su lado. La reina jamás sabría quién era la madre de la niña y él tomaría las precauciones necesarias para protegerla.

Cuando la silueta del faraón se perdió nuevamente entre las calles de Alejandría, el hombre que esperaba el momento adecuado para cumplir sus órdenes, pasó al interior de la casa. Estaba acostumbrado a deslizarse entre las sombras de la noche, por lo que no tuvo problema en seguir al rey de Egipto. Luego comprendió que su misión se había simplificado: el dios de la muerte acababa de reclamar el alma de aquella mujer mientras que Isis entregaba a Egipto una nueva vida.

Durante varios minutos, observó en silencio cómo la joven esclava preparaba el cuerpo de una de las mujeres más bellas que había visto jamás y que había abandonado ese mundo segundos después de ver el rostro de su hija. La esclava, ajena a la presencia del extraño, fijó su vista en la pequeña mancha, en forma de media luna, que cubría la parte posterior de uno de sus hombros y comprobó que la pequeña tenía la misma señal en uno de los suyos. ¿Sería aquello un presagio del futuro que le aguardaba a la criatura? Más tarde abandonó la estancia con la intención de hacerse con todo lo necesario para limpiar y purificar el cuerpo.

Al ver que en esos momentos tenía una oportunidad de cumplir sus órdenes, el hombre se deslizó hasta la misma cuna y fijó su vista en el rostro de la pequeña, que debía seguir los pasos de su madre en su camino al más allá. Después de contemplarla, pensó en lo fácil que sería acabar con su vida en aquel preciso instante. Pero sus órdenes habían sido claras: la niña debía abandonar este mundo, pero su muerte debía parecer accidental. Por ello

encomendó el resto del trabajo a un mortífero aliado. Luego se alejó lo más rápido posible sabiendo que su misión, como en otras ocasiones, se cumpliría con éxito.

La recién nacida, ajena al peligro que aquel animal suponía, fijó sus inmensos ojos negros en el reptil que se había deslizado por la cuna hasta llegar a ella. Durante unos segundos, la cobra se alzó por encima de la cabeza de la criatura, evidenciando por qué era temida y respetada en todo Egipto: sus mortíferos colmillos podían acabar con su vida en un instante. No obstante, aquella muestra de poderío no pareció asustar a la pequeña, quien sentía que aquella serpiente estaba dominada por una presencia cálida y protectora. Tal vez por ello el animal, tras deslizarse por el cuerpo del bebé, abandonó la cuna.

2

Cuando la luz del sol comenzaba a iluminar su alcoba, Cleopatra se levantó rápidamente para dirigirse a la ventana. Cada mañana, la joven se apresuraba para poder contemplar con sus propios ojos la magia que envolvía, en una ciudad como la suya, cada amanecer. Ni Babilonia, con sus famosos jardines colgantes, ni Rodas, que albergaba la gigantesca estatua del Coloso, ni siquiera Roma, de la que todo el mundo parecía hablar últimamente, podían competir en belleza con Alejandría.

Cleopatra disfrutaba observando el recorrido de aquella gigantesca bola de fuego hasta situarse en lo más alto del firmamento, justo por encima de la construcción que mejor representaba su ciudad, el faro.

La joven fijó su vista en aquel monumento, de más de cien metros de altura, y sintió una tentación enorme de abandonar el palacio para dirigirse a él, como había hecho en alguna ocasión, siempre a escondidas de sus cuidadores y acompañada de una única —y siempre la misma— persona.

Mientras recordaba el rostro sorprendido de Olimpo la primera vez que fueron al faro, Cleopatra sonrió. Acto seguido sintió un deseo enorme de ver de nuevo al joven con el que compartía todas sus aventuras. Hacía varios días que no conseguía salir de palacio y echaba de menos la presencia de su amigo.

Como aún era temprano y faltaba un buen rato para el inicio de sus clases, se apresuró a buscar algo que pudiera ayudarla a pasar desapercibida una vez fuera de su hogar. Después de rebuscar varios minutos encontró, entre dos túnicas, un vestido que había tomado prestado de una de sus esclavas y que mantenía oculto para evitar que su

nodriza se deshiciera inmediatamente de él.

Tras vestirse como cualquiera de las muchachas que servían en palacio, se dispuso, con paso firme y decidido, a salir. Cuando no había dado más que unos pasos, oyó una voz cercana a ella que la hizo detenerse para buscar un sitio donde esconderse. Allí todos la conocían, por lo que un simple disfraz no era suficiente.

Rápidamente, se escondió detrás de una de las columnas que conformaban el acceso al jardín más grande del palacio. Su nerviosismo ante la idea de que alguna de sus hermanas o, peor aún, la reina o el mismísimo faraón la descubrieran se acrecentó en el momento en que oyó de nuevo aquella voz, esta vez más cercana, y pudo reconocer a quién pertenecía.

—¡Potino! —musitó sin atreverse a mover un solo músculo. Cleopatra mantenía muy mala relación con aquel eunuco que llevaba al servicio de su familia desde antes de su nacimiento. Aunque ella trataba de hablar lo menos posible con él, había algo en aquel hombre que le producía una desconfianza total, caso completamente distinto al de su hermana Berenice, que cada día parecía pasar más tiempo con él.

A pesar de que estaba totalmente segura de que Potino la llevaría de inmediato ante su padre si la descubría con aquella pinta, no pudo evitar asomar la cabeza para ver con quién hablaba a una hora tan temprana. Para su sorpresa, Potino charlaba con Aquilas, el capitán de la guardia del faraón. Intrigada por saber de qué iba la conversación entre los dos hombres que más detestaba de palacio, se inclinó hacia adelante para agudizar el oído, pero sólo consiguió captar algunas palabras sueltas que no le sirvieron de mucho.

—Berenice nos ayudará —señaló Potino antes de que ambos se dirigieran a otro de los muchos jardines que rodeaban las estancias reales.

Justo después de que los dos hombres se alejaran, Cleopatra no pudo mantener por más tiempo el equilibrio y se cayó al suelo. Afortunadamente, Potino y Aquilas se

habían distanciado lo suficiente para no descubrirla. Una vez incorporada, tomó la dirección contraria a ellos hasta llegar a un patio situado enfrente del templo de Isis, erigido por sus antepasados en el interior del palacio para poder rendir culto a dicha diosa. Cleopatra sentía una devoción especial por ella, así que lamentó no poder detenerse para dedicarle una plegaria. Pero, si quería realizar con éxito su empresa, no podía perder más tiempo: debía estar de vuelta antes de que su tutor reclamara su presencia.

Tras dejar atrás todos los lugares donde podía encontrarse con alguno de los miembros de su familia, suspiró aliviada para dirigirse a una de las puertas que comunicaban las estancias reales con la ciudad.

Cuando pudo ver quién era el miembro de la guardia real que custodiaba la entrada, Cleopatra se tranquilizó. Aquel joven era uno de los vigilantes a los que más fácilmente podía engañar. Tal como había hecho en alguna otra ocasión, cogió una pequeña piedra y la lanzó contra una estatua de mármol que representaba al dios Serapis, creado por sus antepasados para unir en una misma divinidad a Zeus y a Osiris.

Gracias al sonido producido por el impacto de la piedra, el guardia abandonó su puesto para acercarse al lugar de donde procedía el ruido. Cleopatra aprovechó ese momento para salir corriendo por la puerta, dispuesta a disfrutar todo lo que una ciudad tan maravillosa como la suya podía ofrecerle.

Con casi un millón de habitantes, Alejandría se extendía a lo largo de una ancha lengua de tierra que separaba el mar Mediterráneo del lago Mareotis, en cuya ribera la ciudad se aprovisionaba de agua dulce.

Todos los edificios importantes se encontraban a lo largo de dos avenidas principales. La Canónica, en sentido paralelo a la costa, era cortada perpendicularmente por la del Soma. Y en este cruce era donde se hallaba la tumba de Alejandro Magno. Ése era el sitio escogido para encontrarse con Olimpo cuando conseguía burlar la vigilancia del palacio. Ambos tenían un pacto: siempre que pudieran,

debían acudir cada día a ese lugar por la mañana y esperar la llegada del otro. Olimpo lograba salir del Museion a diario, al contrario que Cleopatra, que lo tenía más difícil.

Durante la espera, Cleopatra olvidó momentáneamente el bullicio que la rodeaba y centró su atención en recordar las palabras que había escuchado un rato antes. Desde luego, el mero hecho de que Potino y Aquilas estuvieran reunidos a esas horas ya le parecía sospechoso, pero la única frase que había podido escuchar con claridad la desconcertaba aún más.

«Berenice nos ayudará», repitió varias veces en su mente, sin poder dejar de preguntarse qué estarían tramando pero, sobre todo, por qué necesitarían la ayuda de su hermana.

Ésta, que era la primogénita, tenía siete años más que ella y era tres años mayor que la otra hermana que la precedía, Cleopatra VI. Aunque su padre intentaba mostrarse imparcial con sus hijas, Cleopatra sabía que tenía predilección por ella debido, principalmente, a lo diferente que era de sus hermanas.

Berenice era corpulenta, poco refinada y no mostraba la menor preocupación por ninguna de las cosas que a ella le interesaban, mientras que Cleopatra VI era una muchacha débil y enfermiza que vivía a la sombra de Berenice, que la manipulaba a su antojo.

A pesar de sus diferencias, Cleopatra asumía que ella era la tercera en la línea de sucesión y que, por lo tanto, nunca gobernaría Egipto. En cuanto a su hermana menor, Arsinoe, su opinión era algo más confusa. A pesar de su angelical aspecto, sus acciones habían demostrado, en más de una ocasión, que poseía la sangre fría necesaria para eliminar todo lo que no era de su agrado. Sin ir más lejos, el invierno anterior había conseguido deshacerse de una esclava que había osado gritarle después de lograr que la acusaran de robarle unas joyas que, sospechosamente, aparecieron entre las pertenencias de la joven. También tenía dos hermanos menores: Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV. Aún eran demasiado pequeños pero ya se apreciaba en

ellos las cualidades típicas de los hombres de su linaje.

—¡Olimpo! —gritó después de distinguir la silueta del muchacho a escasos metros de ella. Mientras éste se acercaba, Cleopatra se dio cuenta de que su amigo se estaba convirtiendo en un joven muy atractivo. Su cuerpo, antes delgado, había comenzado a muscularse lo que, unido a su altura, le confería el aspecto de uno de los atletas que entrenaban en el gimnasio. Su tez morena contrastaba a la perfección con unos ojos de un azul tan intenso que a Cleopatra le recordaban, cada vez que los miraba, el mar que bañaba su ciudad. Aunque era dos años mayor que ella, Cleopatra lo conocía desde su infancia; aun así, había sido a lo largo de ese último año cuando se había convertido en su mejor amigo y en el cómplice de todas sus aventuras.

—¡Has venido! —exclamó el muchacho, mostrando una enorme alegría por verla de nuevo—. Empezaba a pensar que ya no disfrutabas de mi compañía —añadió a continuación con una tímida sonrisa.

—¡Sabes que eso no es cierto! —replicó ella, indignada ante el hecho de que su amigo creyera que no deseaba estar con él—. Si no he podido venir antes es porque las cosas no marchan bien en palacio —reconoció. Su rostro, al pronunciar esas palabras, se entristeció. Olimpo pensaba contarle los rumores que circulaban por las calles pero, después de ese comentario, decidió mantenerse en silencio. No en vano, le encantaba ver sonreír a la joven. Cuando Cleopatra se reía, él se sentía feliz porque nunca había conocido a nadie como ella: estaba llena de vitalidad, fuerza y valor. Por extraño que pareciese, él disfrutaba de sus encuentros más que de la compañía de cualquier otra persona del Museion aun cuando ése fuera el lugar donde estudiaban los mayores eruditos no sólo de Alejandría, sino del mundo entero.

Mientras escuchaba a su amiga, Olimpo se dio cuenta de que, a pesar de su corta edad, Cleopatra era ya una de las jóvenes más cultas de Alejandría. Sin embargo, lo que más le sorprendía y entusiasmaba era su interés por descubrir todo lo que el mundo podía ofrecerle.

—Quizá debería regresar —opinó ella, confundida ante la extraña forma que tenía Olimpo de mirarla esa mañana. Pero unas voces, cuyo tono iba en aumento, hicieron que ambos desviaran su atención hacia el puerto, donde dos hombres discutían acaloradamente.

Cleopatra trató de escuchar lo que decían y comprobó que las horas dedicadas al estudio de otras lenguas comenzaban a dar sus frutos. Con gran satisfacción, pensó en que todo su esfuerzo acababa de verse recompensado porque ya no tendría que recurrir a ningún intérprete para hablar con la mayoría de las personas que se movían por aquella ciudad. Y esa sensación de independencia, de no tener que necesitar a nadie a su alrededor, le agradaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Están discutiendo por el precio de las alfombras —aseguró Cleopatra, complacida de ver la sorpresa que reflejaban los ojos de Olimpo, ya que éste desconocía el interés de su amiga por dominar muchos de los idiomas que se hablaban en Alejandría. Satisfecha por la reacción del joven, Cleopatra comenzó a caminar despacio, dispuesta a demostrarle que poseía muchos más conocimientos.

Cuando no habían hecho más que avanzar unos metros, una bella muchacha que llevaba una cesta de frutas sobre su hombro derecho se cruzó en su camino, captando de inmediato la atención de Olimpo. La mirada de su amigo se dirigió a la fina túnica blanca que vestía y que marcaba las curvas de su cuerpo. Cleopatra, enojada ante aquella reacción, se arrepintió de haberse vestido con aquella ropa tan desgastada que no le favorecía en absoluto. Pero lo que realmente le mortificó fue el hecho de que el joven parecía haberse olvidado completamente de ella. Durante varios segundos, Olimpo permaneció atento a la desconocida.

Cleopatra, enfurecida, echó a correr hasta la zona donde un barco, recién anclado, se preparaba para descargar su mercancía. No recordaba cuándo fue la última vez que se había enfadado tanto y ni siquiera prestó atención al capataz de la nave, quien daba órdenes a su tripulación para que comenzaran a descargar, por lo que

chocó contra él.

Enfurecido, el hombre se dirigió a ella:

—¿Cómo piensas compensarme? —le preguntó. Antes de que Cleopatra pudiera alejarse, el marinero la sujetó firmemente por la muñeca para impedir que pudiera moverse.

Tras observar el aspecto de la persona que la retenía y, sobre todo, tras captar el olor a alcohol que emanaba de su cuerpo, Cleopatra intentó liberarse de la presión que ejercía sobre su brazo porque sabía lo que un hombre como aquél sería capaz de hacer. No obstante, antes de que tuviera tiempo de pensar nada, Olimpo lo golpeó en la espalda. Aquel gesto permitió a Cleopatra deshacerse de su captor, que se enfureció aún más y comenzó a proferir todo tipo de amenazas contra ellos.

—¡Corre! —le gritó Olimpo agarrándola de la mano para escapar juntos. Pero Cleopatra, que continuaba enfadada con su amigo, se apresuró a soltar su mano y echó a correr sola, sin ni siquiera pararse a mirar si éste la seguía. Cuando por fin decidió detenerse para recuperar el aliento, vio algo que le hizo comprender que quizá no había sido buena idea escaparse de palacio aquella mañana.

¿Qué podía hacer Aquilas en el puerto? ¿Estaría aquella visita relacionada con su encuentro con el eunuco? Consciente de que no era el momento de buscar respuestas, sino de tratar de regresar a palacio, tomó la dirección contraria a la del capitán de la guardia real. Luego avanzó por las calles sin rumbo fijo, sin saber muy bien cómo regresar a su hogar sin ser descubierta.

Aunque había sido ella, cegada por su mal genio y por sus celos, quien se había alejado de Olimpo, su mirada buscaba al muchacho entre la gente, aun cuando sabía que no estaba dispuesta a hablar de nuevo con él esa mañana. Con el riesgo que le suponía escaparse de palacio, ¿cómo había podido Olimpo olvidar su presencia ante la aparición de la muchacha? ¿Acaso aquélla era la forma de conseguir la atención de un hombre? Ella hablaba varias lenguas, conocía las obras de casi todos los sabios anteriores a su

tiempo... pero ¿acaso existía otra manera más eficaz de despertar el interés de un joven?

«Tengo que regresar cuanto antes», se dijo, porque no debía de faltar mucho tiempo para que su profesor de retórica reclamara su presencia.

Mientras pensaba en la forma de regresar a palacio sin adentrarse de nuevo en el puerto, escuchó algo que le hizo olvidarse momentáneamente de lo que podría sucederle si no se presentaba de inmediato en las estancias reales.

—¿Qué podemos esperar de un monarca que ni siquiera ha defendido a su propio hermano frente a los romanos? —planteaba un hombre que había congregado una multitud a su alrededor—. Nuestro soberano ha aceptado encantado el título de amigo y aliado del pueblo de Roma, ¡como si en ese reconocimiento hubiera algún honor! —exclamó acto seguido ante una muchedumbre que comenzaba a apoyar sus palabras con gritos en contra del faraón Ptolomeo XII, su padre.

—¿Qué debería haber hecho entonces? —preguntó Cleopatra, indignada ante las palabras del agitador—. ¿Preferiríais que él se hubiese enfrentado a Roma, exponiendo a nuestro país? ¿Tal vez pensáis que esa opción hubiera sido más acertada? —continuó diciendo ella.

Cleopatra sabía que el pueblo estaba furioso porque su padre no se había opuesto a que los romanos invadieran Chipre, país gobernado por el hermano del faraón. Sus palabras acallaron momentáneamente los gritos de la gente, ya que su intromisión captó la atención de todos los presentes. Y eso era algo que no le beneficiaba en absoluto, sobre todo porque Aquilas y sus acompañantes acababan de llegar también a ese lugar, movidos por la curiosidad de saber qué podía haber reunido a tanta gente a una hora tan temprana.

—¿Y los seis mil talentos con los que ha sobornado a Julio César para que el Senado le considerara amigo de Roma? ¿Cómo los obtendrá si no aumentando nuestros impuestos hasta que ya no podamos hacerles frente?

Al escuchar aquello, Cleopatra no supo qué contestar.

¿Cómo sabía aquel hombre cuánto dinero había prometido su padre por mantener su condición? Aquella suma casi representaba la renta de un año, ¿realmente Ptolomeo habría cometido una insensatez tan grande?

—Mantener la paz de nuestro pueblo no tiene precio —repuso ella. Por mucho que cuestionara la actitud de su padre, su deber era defenderlo.

Antes de que pudiera decir nada más, una mano la sujetó fuertemente por el hombro, mientras que otro brazo rodeó su espalda, inmovilizándola por completo. Cleopatra trató de liberarse y, al no conseguirlo, no dudó en morder el brazo que la retenía. Su captor, que pretendía mantenerla callada, se separó de ella los segundos necesarios para que echara a correr. Pero no le sirvió de mucho, dado que un hombre de la guardia real le cortó el paso.

—¿Agitando a la multitud? —le espetó Aquilas, divertido con aquella situación. Cleopatra, enfadada, se volvió y, mostrándose más desafiante que nunca, pasó de largo por delante del capitán. Ella sabía que sus problemas no habían hecho más que empezar, no sólo por lo tarde que iba a llegar a palacio, sino porque no sabía cómo iba a explicar todo lo que ese hombre iba a contar sobre ella.

—¿Qué podéis ofrecerme a cambio de mi silencio? —se atrevió a preguntar Aquilas mientras se acercaba a ella, que siempre conseguía despertar su interés. A pesar de sus pocos años, Cleopatra se mostraba siempre provocadora y desafiante, como evidenciaba el hecho de que estuviera sola en las calles de Alejandría. Además, su cuerpo comenzaba a tomar las formas propias de la pubertad, lo que estaba a punto de convertirla en una joven ciertamente atractiva.

—¿Ofreceros? —inquirió ella enfadada—. Parece ser que los encuentros con Potino confunden vuestras palabras —se atrevió a decir para ver la reacción del capitán, cuyo rostro se tornó serio durante unos instantes.

—Deberíais centraros en vuestras obligaciones como hija del faraón —señaló Aquilas después de recuperar aquella maliciosa sonrisa que tanto la molestaba— y prestar menos atención a lo que no os incumbe —añadió mientras

se acercaba más a ella.

—Os convendría recordar con quién habláis —se apresuró a decir Cleopatra después de apartarse rápidamente de aquel hombre—. Escoltadme al palacio —ordenó con voz firme mientras avanzaba, como si no temiera la repercusión que su escapada pudiera tener en palacio. Ella era Cleopatra, hija del soberano de Egipto y, aunque estuviera realmente preocupada por el castigo que pudieran imponerle, no pensaba dejar, ni mucho menos, que los demás, y sobre todo Aquilas, disfrutaran de aquel momento.

3

—¡Sola en las calles! —gritó la reina—. ¡Vestida como una sirvienta! —añadió después, ante la atenta mirada de sus hermanas—. Si Aquilas no hubiera estado allí para rescatarte...

—¡Aquilas no me rescató! —se apresuró a puntualizar ella, interrumpiendo a su madre, quien no parecía dispuesta a olvidar fácilmente aquel incidente. Si aquel entrometido de Aquilas no hubiera estado en el puerto, quizá habría regresado a tiempo para sus clases de retórica. Pero no sólo la había descubierto ante su madre, sino que no había borrado aquella sonrisa maliciosa en todo el tiempo transcurrido hasta su regreso a palacio. Para colmo de males, su padre, que era el único que podía interceder a su favor, estaba ausente.

Al ver el modo en que la reina le hablaba, Cleopatra se preguntó una vez más cuál sería el motivo por el que su madre le odiaba de aquella manera. Ella sabía que no siempre hacía lo que se le ordenaba, pero sus pequeñas travesuras no justificaban el comportamiento de la reina. Su padre intentaba compensarla pasando junto a ella todo el tiempo posible. ¿Quizá era eso lo que despertaba la envidia de su madre y de sus hermanas?

Berenice siempre la miraba con cierta desconfianza, como si fuera una amenaza. En cuanto a Arsinoe, no le preocupaba nada más que no fuera ella misma. Sólo Cleopatra VI la trataba con cariño; no obstante, su salud era siempre muy mala, por lo que apenas podía disfrutar de su compañía.

—El faraón desea enviar una comitiva a Menfis —les informó la reina, algo más calmada— para hacer una donación a los sacerdotes. Espera que puedan ayudarle a

ganar de nuevo el favor del pueblo —aclaró después—. Partirás con ellos —ordenó mientras señalaba a Cleopatra —, y tú, Arsinoe, la acompañarás —concluyó ante la atenta mirada de la hermana menor, horrorizada ante la idea de recorrer la distancia que separaba Alejandría de Menfis—. Partiréis al amanecer —dijo antes de abandonar la sala, seguida por sus hijas y sin ni siquiera sospechar que aquella orden era para Cleopatra más un premio que un castigo, porque nunca había viajado más allá de las murallas de Alejandría.

Una vez sola, la madre de Cleopatra se dirigió al patio y se detuvo frente a uno de los estanques que adornaban los jardines de palacio. Cada vez que recordaba el momento en que su esposo le impuso hacerse cargo de esa niña como si fuera una de sus hijas, sentía que se reavivaba su odio hacia la muchacha, un odio que, lejos de atenuarse con los años, iba en aumento. Ella había hecho todo lo posible por apartar a aquella joven de sus vidas, pero la fortuna parecía estar de su parte. Además, el faraón la conocía demasiado bien como para no tomar precauciones. Su esposo le había advertido, desde el mismo momento en que la condujo a palacio, que su vida estaba ligada a la de la criatura.

A pesar de los años transcurridos, había algo que la intrigaba y era la identidad de la madre de Cleopatra. Ella conocía de sobra la afición de su marido al vino y los placeres a los que se entregaba cuando su cuerpo estaba bajo los influjos de Dioniso, pero había algo en la forma en que su esposo miraba a Cleopatra, además de todas las molestias que se había tomado por ella, que le hacía sospechar que aquella mujer debía de haber sido importante para él. Y eso la enfurecía aún más. Pero en aquella ocasión, el comportamiento de la insolente muchacha le había proporcionado la excusa perfecta no sólo para quitársela de en medio durante unos días, sino para evitar que Arsinoe se viera mezclada en lo que estaba a punto de acontecer. No en vano, lo que iba a suceder pondría en grave peligro su vida y la de dos de sus hijas, razón por la que debía asegurarse de que, al menos, Arsinoe

estuviera a salvo.

Al día siguiente, antes de partir, Cleopatra estuvo tentada de ir a los aposentos del faraón para despedirse, pero conocía demasiado bien a su padre como para saber que la imagen que seguramente ofrecería el soberano en aquellos momentos no sería el recuerdo que esperaba llevar en su memoria. Con gran pesar se dirigió, junto con su hermana y el resto de la comitiva presidida por Potino, al embarcadero situado junto al palacio real, donde les esperaba la embarcación que les llevaría lejos de Alejandría.

Cleopatra se alegró de que Aquilas no estuviera entre los miembros de la guardia real que las habían escoltado hasta allí. Aquel hombre siempre trataba de provocarla. Sin embargo, en aquella ocasión, el hecho de que la hubiera delatado parecía haberse vuelto a su favor porque le había permitido realizar aquel viaje.

Una vez en la embarcación, Potino, cuyo rostro no solía mostrar emoción alguna, sonrió satisfecho ante el hecho de deshacerse de ella, sobre todo después de que Aquilas le hubiera repetido sus palabras. A diferencia de Berenice, fácilmente manipulable, Cleopatra tenía, para su corta edad, una gran personalidad. Siempre se mostraba fiel al faraón y no les convenía, en absoluto, tenerla en palacio.

—¡Todo es culpa tuya! —exclamó Arsinoe una vez que la barca empezó a moverse, alejándose poco a poco de la única ciudad que habían conocido. Odiaba a su hermana mayor. Cuando ésta estaba presente, acaparaba todo el protagonismo. Además, su padre sólo tenía ojos para ella.

—¿De verdad no te emociona la posibilidad de conocer otras zonas de Egipto? —preguntó Cleopatra sin poder apartar la vista de Alejandría. Desde el río, se obtenía una panorámica de la ciudad única. Cleopatra se sintió orgullosa del país en el que vivía. Puede que por sus venas no corriera una gota de sangre egipcia, pero ella sentía esa cultura como propia. El linaje de los Ptolomeos se había

instaurado en Egipto después de que, tras la muerte de Alejandro Magno, aquel territorio quedara en manos de uno de sus generales, Ptolomeo I. El padre de este general se llamaba Lagos, por lo que la nueva dinastía recibió el apelativo de Lágida.

Cleopatra se alegró de verse libre de la presencia de su tutor durante los días que durara su visita, así como de librarse de todas las obligaciones que implicaba vivir en palacio. Ella era la hija del faraón y, en consecuencia, debía esforzarse en aprender todo tipo de conocimientos. Como recompensa, su padre le permitía tomar clases de equitación. Cuando galopaba, obtenía una sensación de libertad que le hacía creerse especial, como si fuera en busca de un destino que parecía estar aguardándola para convertirla en la mujer más poderosa de Egipto... Aunque ella sabía que aquello nunca sucedería, en los momentos en que sentía cómo el viento agitaba su negra melena, cualquier cosa le parecía posible, de modo que soñaba con ver de nuevo a Egipto libre de las ataduras romanas y con un pueblo leal a sus soberanos. No obstante, la realidad era completamente diferente. El faraón, temeroso de perder el trono, se había apoyado en el poder de Roma, lo que había causado un gran descontento en la población egipcia.

Cuando ya no fue capaz de distinguir su hogar, tuvo una sensación extraña porque era la primera vez que se alejaba de Alejandría. Su último encuentro con Olimpo había sido un auténtico desastre. Ella había tenido un comportamiento totalmente infantil. Y eso le molestaba enormemente no sólo por lo que Olimpo pudiera haber pensado de ella, sino porque no comprendía que los actos de aquel joven la afectaran de aquella manera. Cleopatra no estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones y no podía permitir que algo así volviera a sucederle. Por más que intentaba evitarlo, un sentimiento de rabia se apoderaba de ella cada vez que recordaba la forma en que Olimpo había mirado a la muchacha del puerto...

—Lo invitaré a palacio —se dijo, ya que de aquel modo conseguiría que Olimpo la viera con ropa más adecuada a su condición y no con los harapos que vestía el día anterior. Hasta ese momento, ella no había sido consciente del efecto que el cuerpo de una mujer podía causar en un hombre y, desde luego, era algo que no pensaba olvidar y a lo que no dudaría en recurrir si era necesario. Pero ese pensamiento también le hizo reflexionar sobre la relación que mantenía con su amigo. Hasta hacía muy poco, Olimpo sólo había sido un compañero de juegos. Él era su confidente, alguien con quien poder sincerarse y olvidar la vida del palacio. Cuando conseguía escaparse y ver a Olimpo, el día trascurría mejor. ¿Qué significaría aquello? ¿Por qué no había podido dejar de pensar en Olimpo desde que se separase del joven el día anterior? Cleopatra sentía que su necesidad de reencontrarse con su amigo era diferente a lo que había experimentado hasta entonces.

Su primer encuentro, ocurrido varios años atrás, había tenido lugar en el Museion, donde el joven estudiaba. Cansada de oír hablar de las maravillas de aquel recinto, Cleopatra le había pedido a su padre que le permitiera visitarlo. Edificado como un recinto que pretendía formar a los mejores filósofos y sabios del planeta, recibió ese nombre en honor a las Musas, las diosas de las artes y las ciencias. En su interior alojaba varias dependencias, entre las que estaba la famosa biblioteca. Con más de quinientos mil manuscritos, aquella estancia custodiaba entre sus paredes muchas de las obras más importantes escritas hasta ese momento.

El faraón, que pocas veces le negaba algo, le concedió permiso para acudir al Museion. Aunque éste le había pedido a uno de los hombres encargados de organizar los ejemplares que la acompañara durante la visita, Cleopatra, cuyo inquieto espíritu siempre ansiaba conocer más, había conseguido despistar al anciano para corretear entre los miles de pasillos de aquel lugar. Cuando pretendía regresar junto al erudito, un descuido hizo que tirara al suelo una recopilación de volúmenes que acababan de ser ordenados.

Y aquel incidente hubiera podido meterla en un buen lío de no ser porque Olimpo, que había fijado su atención en la joven que correteaba por los pasillos de su biblioteca, había acudido en su ayuda. Aunque a menudo su curiosidad le había causado más de un problema, en aquella ocasión le había permitido conocer a quien se convertiría en su mejor amigo. Y no estaba dispuesta a que una rabieta infantil provocada por sus celos la apartara del joven por el que su corazón, aun cuando su mente se negara a aceptarlo, comenzaba a sentir algo totalmente nuevo para ella.

Cuando llegaron a Menfis, comenzaba a anochecer. Tal como esperaban, una comitiva había ido a recibirlos para acompañarlos al lugar donde se alojarían hasta su regreso a Alejandría.

Arsinoe, que no veía la hora de tomar un baño y recostarse sobre un cómodo lecho, mostró su decepción por el reducido número de personas que habían acudido a presenciar su llegada, algo que explicaba el hecho de que los actos de celebración por su visita no tendrían lugar hasta el día siguiente. Mientras que Arsinoe se retiró a descansar en seguida, Cleopatra, emocionada ante todo lo que veía, prefirió recorrer Menfis.

—La sacerdotisa ha tenido otra visión —anunció una muchacha cerca del lugar donde ellos se encontraban—. En ella, una serpiente era atacada por una águila —añadió después.

Estas palabras captaron la atención de Cleopatra, que se aproximó a la chica. Al fijar la vista en su rostro, Cleopatra sintió cierta simpatía por ella. Sus marcados rasgos no dejaban lugar a dudas de que era egipcia: su pelo era oscuro, su piel de un color tostado que combinaba a la perfección con unos enormes ojos de color miel, lo que, unido al resto de sus facciones, la convertían en alguien muy hermoso.

—¿Qué significado puede tener esa predicción? —preguntó Cleopatra, intrigada con las palabras de la joven.

La serpiente era el animal que representaba a la realeza y ella sentía una predilección especial por aquellas criaturas.

—No sabría deciros —le contestó Adira, que así se llamaba la muchacha, después de suponer, por su elegante túnica y por la escolta que la acompañaba, que la recién llegada era alguien importante.

—La sacerdotisa del templo de Isis es famosa por sus predicciones —afirmó Cleopatra, preocupada ante el hecho de que el águila simbolizara el poder de Roma, por lo que lucía en cada estandarte romano. ¿Acaso significaba aquello que, finalmente, Roma atacaría Egipto?—. Llévame ante ella —le ordenó después.

La muchacha se mostró dubitativa, pero no tuvo más remedio que hacer lo que le pedía aquella joven, así que comenzó a avanzar por las calles empedradas de Menfis hasta alejarse lo suficiente como para que Cleopatra pudiera distinguir el templo consagrado a la diosa más importante de Egipto.

Una vez en él, fijó su mirada en todas las pinturas que decoraban las paredes pero, sobre todo, en los jeroglíficos, cuyo significado le era totalmente desconocido. Al ver que no era capaz de entender lo que relataban, sintió un deseo enorme de aprender a descifrarlos porque aquellos signos eran los que su pueblo había utilizado para comunicarse durante siglos.

—Dame tu ropa —le pidió Cleopatra a la muchacha, que le había acompañado hasta allí. No quería que su indumentaria condicionara el vaticinio de la sacerdotisa. Ante la mirada atónita de Adira, repitió su petición y ésta finalmente se apresuró a cumplir lo que le ordenaban.

Una vez vestida con las ropas de su acompañante, Cleopatra prosiguió el camino hacia el lugar donde estaba la sacerdotisa. Después de alcanzar el final del pasillo, la joven le hizo un gesto para indicarle que, a partir de ese momento, debía continuar sola. Aunque no sabía qué podía esperarle al otro lado, avanzó totalmente decidida.

La predicción que acababa de escuchar de labios de Adira no era la única razón por la que necesitaba que

aquella mujer le revelara su destino. Ella necesitaba saber si su vida estaría unida a la de Olimpo. Pero ¿y si le decía algo que le desagradaba? ¿Y si la sacerdotisa le aseguraba que Olimpo jamás correspondería a lo que su corazón comenzaba a sentir?

Cleopatra decidió que deseaba saber la verdad por dura que ésta fuese, así que recorrió los escasos metros que la separaban del lugar donde la sacerdotisa hacía sus vaticinios.

Después de entrar en la última sala del templo, dedicó unos segundos a observar todo cuanto la rodeaba. Alumbrada por velas colocadas a lo largo de toda la estancia, aquel recinto sólo tenía un pequeño altar en su parte central, así como varias representaciones de Isis similares a las del templo levantado en honor a esa diosa en su palacio. Por un momento, Cleopatra tuvo la sensación de haber visitado aquel lugar anteriormente.

—¿Quién sois? —preguntó una voz detrás de ella, sobresaltándola.

—Una humilde servidora de la diosa que desea descubrir qué le aguarda el futuro —respondió Cleopatra.

—Sois muy joven para ansiar conocer lo que el destino os reserva —señaló la sacerdotisa—. Quizá deberíais regresar dentro de unos años.

—Os equivocáis —se apresuró a decir Cleopatra—. Sólo sabiendo algo de mi futuro podré estar preparada para afrontarlo.

—No os confiéis —aclaró la sacerdotisa—. Mis revelaciones son ambiguas y tal vez logren confundiros más de lo que os prevengan.

—Aun así, estoy dispuesta a asumir ese riesgo —aseguró la princesa.

—Como gustéis —convino finalmente la sacerdotisa, quien se acercó hasta ella y fijó la vista en sus enormes ojos verdes. Extrañada por la forma en que la observaba aquella mujer, Cleopatra apartó la mirada y la sacerdotisa, que por un momento había tenido la impresión de ver, en aquel rostro, a otra persona, decidió complacerla. Lentamente,

tomó una de sus manos y trazó un misterioso símbolo sobre la palma. Pero, antes de que pudiera hacer nada más, una extraña sensación comenzó a apoderarse de ella. Cleopatra, que no sabía muy bien qué ocurría, se limitó a mirar el rostro de aquella mujer, que se había tornado frío y serio.

—Cuando la luna se tiña de sangre —comenzó diciendo la sacerdotisa—, deberás estar prevenida, pues ella te guió al venir y te acompañará en tu partida —concluyó. Cleopatra, asustada, intentó inútilmente apartarse de aquella mujer mientras ésta comenzaba a pronunciar extrañas palabras en un lenguaje que no conseguía entender.

Aunque no estaba segura de si realmente aquello estaba sucediendo o era producto de su imaginación, Cleopatra sintió una ráfaga de aire sobre su espalda que se extendió al resto de la sala y apagó gran parte de las velas, sumiéndolas en la oscuridad. Sólo entonces fue consciente de los aromas de aquel lugar, producidos por los vapores que emanaban de una enorme pira donde debía de quemarse incienso. Aquel aroma penetró en su mente e intensificó el resto de las sensaciones que llegaban a ella.

A pesar de que en un primer momento los sonidos que pronunciaba la sacerdotisa le eran totalmente extraños, Cleopatra percibió que en esos momentos repetía constantemente las mismas palabras, por lo que trató de memorizarlas. No obstante, pronto comenzó a notar una cálida sensación que parecía envolver su cuerpo, invitándola a que cerrara los ojos.

La sacerdotisa, por su parte, se quedó completamente callada buscando una explicación para que aquella extraña sensación no le abandonara. Pero sólo había algo que pudiera justificar lo unida que se sentía a aquella joven y era que el destino la había conducido hasta ella para poder completar el ritual iniciado muchos años atrás. Ahora ya no tenía ninguna duda sobre el origen de la muchacha, cuyo nacimiento había tenido lugar una noche en que la luna llena quedó completamente oculta por las sombras que trataban de mitigar su resplandor.

Mientras la sensación de calor continuaba aumentando, Cleopatra creyó ver a Olimpo delante de ella y trató de avanzar hacia el joven. Sin embargo, no tuvo tiempo de alcanzarlo porque sintió que las fuerzas la abandonaban y cayó desfallecida al suelo sin ni siquiera sospechar que las palabras que su mente aún repetía no eran sino el vaticinio que había marcado su destino desde el mismo momento de su nacimiento.

4

Cleopatra abrió los ojos y notó que todo daba vueltas a su alrededor. Aunque se sentía mareada, logró incorporarse y observó que estaba de nuevo en Alejandría, ya que podía ver la imagen del faro a través de su ventana. Entonces, su viaje a Menfis, ¿no había sido más que un sueño? A su mente acudieron las palabras que aquella mujer había repetido insistentemente. Aun cuando no sabía qué podían significar, Cleopatra las recordaba con total claridad. Pero, si ahora estaba en Alejandría, ¿qué era lo que había sucedido? ¿Por qué no era capaz de recordar nada posterior a su visita al templo de Isis?

Muy despacio, consiguió levantarse pero tuvo que sujetarse en cuanto dio el primer paso porque sus piernas apenas consiguieron mantener su peso. ¿Por qué tenía la impresión de que no había caminado hacía muchos días? Aquello no tenía sentido. ¿Cuánto tiempo habría permanecido sin salir de su habitación?

Después de cubrirse con una túnica, abandonó aquella estancia, dispuesta a descubrir cómo había regresado a Alejandría. No obstante, una vez que salió al jardín, notó una sensación extraña. Aunque no sabía qué era lo que sucedía, era capaz de percibir que algo raro ocurría en el palacio, como si un viento helado se hubiera adueñado de aquel lugar.

—Veo que ya os habéis recuperado —señaló Aquilas.

—Me habéis asustado —reconoció Cleopatra, sobresaltándose ante aquella inesperada presencia—. No deberíais ser tan sigiloso.

—Os equivocáis —se apresuró a decir él mientras rozaba, sin llegar a tocar la piel, el hombro de la joven—. Ésa es una cualidad muy apreciada en los tiempos que

corren. —Al pronunciar las últimas palabras, Cleopatra notó que lo había hecho con un tono distinto al resto de la frase y se preguntó si se debería a algo en especial.

—¿Por qué no hay nadie en los jardines? —quiso saber ella. Tampoco se oían voces por los pasillos del palacio. Es más, ni siquiera era capaz de percibir el sonido de los pájaros.

—Me temo que ha habido algún cambio durante vuestra convalecencia —contestó Aquilas ante la mirada sorprendida de la joven. Cleopatra no era alguien a quien se pudiera desconcertar fácilmente. Por eso disfrutaba con aquella situación.

—¿Mi convalecencia? —repitió ella sorprendida—. ¿Cuánto tiempo hace que regresé de Menfis?

—Tres semanas —respondió el capitán de la guardia.

—¡Imposible! —exclamó ella, incapaz de comprender nada.

—Me encantaría seguir aclarando vuestras dudas, pero hay ciertos asuntos que reclaman mi presencia —le informó Aquilas, quien debía encontrarse con Potino a las afueras de palacio. Por el momento, todo había salido según lo esperado y no podían arriesgarse a que su plan se alterase por una pequeña intromisión con la que ninguno de los dos había contado—. Si lo deseáis, puedo buscaros más tarde.

—Sabéis de sobra que vuestra presencia no me agrada en absoluto —se apresuró a decir Cleopatra, con los ojos llenos de rabia ante el comportamiento de aquel hombre—. Si volvéis a hablarme así, haré que os corten la lengua —añadió después. Pero aquello, lejos de ofender a Aquilas, le hizo reír ya que, si había algo que le divertía de aquella joven era su indómito carácter.

Antes de que pudiera decir una sola palabra más, Cleopatra le dio la espalda y continuó avanzando con la esperanza de encontrar a alguien que pudiera aclararle qué era lo que sucedía.

Después de distinguir la silueta de Olimpo junto a una chica frente a las puertas del palacio, echó a correr hacia él, aun cuando no estaba muy segura de si realmente aquel

muchacho era su amigo, o si su mente y su corazón la engañaban.

Tal como sospechaba, cuando llegó a la puerta, Olimpo ya había salido al exterior. Gritó con todas sus fuerzas su nombre, pero él no pudo oírla y continuó su camino hacia el Museion.

Cleopatra vio que Arsinoe era la persona con la que estaba hablando su amigo. ¿Desde cuándo éste mantenía relación con su hermana? Cleopatra trató de ir tras él, pero los guardias le cerraron el paso.

—¡Os ordeno que me dejéis salir! —gritó enfadada Cleopatra porque deseaba con todas sus fuerzas alcanzar a su amigo. Pero la guardia real se mantuvo firme, sin mostrar la menor intención de complacer a la joven.

—Tenemos órdenes de impedir que abandonéis el palacio —confesó uno de los hombres ante la insistencia de la joven. Aquellas palabras la confundieron aún más. Sólo su padre tenía la autoriad suficiente como para ordenar algo así, pero ¿por qué iba él a prohibirle salir de palacio?

—¿Y se puede saber quién ha dado esa orden? —preguntó ella después de asumir que ya no alcanzaría a Olimpo porque éste debía de encontrarse ya en el Museion.

—La reina —contestó uno de los guardias.

—¿Mi madre me prohíbe salir de palacio? —inquirió atónita.

—No ha sido nuestra madre —intervino Arsinoe—, sino la nueva soberana, con la que nuestra madre comparte la regencia de Egipto —añadió después, sin que eso aclarara nada a Cleopatra. Antes de que su hermana prosiguiera tuvo un mal presentimiento.

—¿Dónde está el faraón? —preguntó, negándose a creer que sus suposiciones fueran ciertas.

—Nuestro padre ha tenido que huir —le aclaró su hermana—. El pueblo descargó su cólera contra él cuando estábamos en Menfis y tuvo que abandonar Alejandría para salvar la vida. —Cleopatra la miró horrorizada—. Berenice se ha hecho proclamar reina y dirige el reino junto a nuestra querida madre —agregó finalmente. Sus palabras

hicieron palidecer a Cleopatra. Por un momento, tuvo la sensación de que iba a desfallecer, pero luego comprendió que no debía mostrarse débil y menos delante de Arsinoe. No, eso no ayudaría en absoluto a su padre, así que debía ser fuerte.

»Berenice sólo ha hecho lo que nuestro pueblo deseaba —le explicó Arsinoe, ante su atónita mirada. Ella estuvo a punto de recriminarle por sus palabras. «¿Nuestro pueblo?» ¿Desde cuando Arsinoe o Berenice habían mostrado el menor interés por el pueblo de Egipto?—. Nuestro padre tuvo que huir en mitad de la noche para salvar la vida, ya que el pueblo pedía venganza por sus desafortunadas alianzas con Roma —continuó diciéndole su hermana—. Por suerte para nosotras, estábamos en Menfis cuando se desató la revuelta.

—¿Acaso soy prisionera en mi propio palacio? —quiso saber Cleopatra.

—Berenice sólo desea protegernos —aseguró Arsinoe —. La situación aún no se ha calmado en las calles —añadió después sin que eso pudiera convencer a Cleopatra.

Sin embargo, por el momento, lo más sensato sería mostrarse complacida con las decisiones de su hermana. Berenice se había convertido en la persona más poderosa del reino. Pero lo había hecho a costa de traicionar a su padre, algo que, desde luego, no iba a perdonarle.

—Cumpliremos los deseos de la nueva reina —dijo Cleopatra, tratando de disimular el desconcierto que aquella situación le producía. Su padre era la única persona de palacio de cuyo cariño no dudaba. Sin él, ¿cómo iba a ser capaz de seguir adelante? Luego recordó las palabras que el faraón le había hecho prometer en infinidad de ocasiones. Le obligaba a repetir esa promesa cada día. ¿Acaso su padre ya sabía lo que iba a suceder? ¿Por eso le había hecho jurar que sería fuerte aunque él no estuviera a su lado?

—Deberías regresar a tus aposentos —le aconsejó Arsinoe—. No pareces recuperada del todo —agregó después de observar la palidez que había adquirido el rostro

de su hermana.

—Quizá sea lo mejor —se limitó a decir Cleopatra, ya que presentía que estaba a punto de echarse a llorar en cualquier momento.

¿Cómo podía la vida mostrarse tan cruel con ella? ¿Acaso había hecho algo para que los dioses se enfadaran? Sin su padre, estaba perdida. Berenice era la nueva reina de Egipto y ella no tenía más remedio que acatar sus órdenes. Pero ¿cómo podía haber ocurrido algo así? Rápidamente recordó las palabras de Potino haciendo referencia a que su hermana les prestaría su ayuda. ¿Tal vez estaban relacionadas con esa traición? ¿Era posible que el eunuco y Aquilas también fueran responsables de aquello?

Cleopatra trató de contener las lágrimas que estaban a punto de aflorar a sus ojos. Haciendo un último esfuerzo por controlar su ánimo, se volvió y acudió nuevamente al encuentro de su hermana, que caminaba hacia el otro extremo del palacio.

—El joven con el que hablabas —comenzó diciendo Cleopatra, sin saber muy bien cómo continuar la frase.

—¿Olimpo? —aventuró Arsinoe.

—Sí —afirmó Cleopatra, simulando un cierto desinterés que pretendía ocultar sus sentimientos—. ¿Qué hacía en palacio?

—Había acudido a visitarme —le informó Arsinoe. Aquellas palabras apuñalaron el corazón de Cleopatra más profundamente que la traición de Berenice hacia su padre. No en vano, al ver al joven, había tenido la esperanza de que su presencia en palacio se debiera exclusivamente a ella y no a su hermana.

—¿No ha preguntado por mí? —se atrevió a preguntar Cleopatra.

—No —aseguró Arsinoe. Luego tuvo que esconder su rostro para disimular la satisfacción que le estaba produciendo la conversación con su hermana—. ¿Debería haberlo hecho? —añadió después para tratar de herirla aún más. Por supuesto, omitió el hecho de que, si había conocido a aquel muchacho, había sido después de que él

intentara averiguar el motivo por el que Cleopatra no había vuelto a encontrarse con él. Olimpo había acudido cada día a palacio durante la convalecencia de su hermana. Después de ver la forma en que Olimpo se había preocupado por ésta, Arsinoe había podido percibir que su interés hacia Cleopatra parecía sincero y fruto de un sentimiento más profundo que la amistad. Aunque en un primer momento su única intención había sido herir a su hermana, dado que sentía por ella una mezcla de odio y envidia que le hacían desear que sufriera, después de hablar con Olimpo había podido apreciar las cualidades del joven. Y eso había despertado un sentimiento en ella que convertía su plan en algo más personal. Por eso tenía que asegurarse de que Cleopatra y aquel muchacho no volvieran a encontrarse, y, después de ver la decepción en los ojos de su hermana, había comprendido lo mucho que iba a disfrutar haciéndolo.

—Apenas lo conozco —fue lo único que dijo Cleopatra antes de retirarse rápidamente a sus aposentos.

Una vez llegó a su habitación, se dejó caer sobre la cama al tiempo que comenzaba a llorar desconsoladamente. Su padre, la única persona que parecía interesarse por ella en palacio, ya no estaba y Olimpo... ni siquiera había querido verla.

«Quizá siga enfadado —se dijo a sí misma para consolarse—. Si pudiera hablar con él, todo sería diferente», pensó a continuación. Pero ¿cómo hacerlo en sus circunstancias? Según había comprobado, estaba prisionera dentro del palacio. Aunque, si Olimpo había visitado a Arsinoe, tal vez lo hiciera también al día siguiente. Y si eso sucedía, podría hablar con él y conseguir recuperar su interés, pero... ¿por qué tenía ella que rebajarse? ¿Acaso no debería mostrar su misma indiferencia? Es más, si en esos momentos prefería la compañía de su caprichosa hermana, ¿por qué no olvidarse de él y dejar que continuara visitándola hasta que comprobase la clase de persona que era?

Convencida de que aquello era lo más sensato, cerró

los ojos para intentar tranquilizarse. Pero la imagen de Olimpo acudía constantemente a su mente y cada vez que eso ocurría, sentía que su corazón latía más de prisa.

«No dejaré que Arsinoe se quede con él», afirmó para sí mientras se incorporaba. Acto seguido recordó que, en una ocasión, mientras contemplaban el puerto, ambos habían hablado sobre la posibilidad de escaparse juntos en uno de los muchos barcos que zarpaban cada día. Sí, en aquellos momentos aquella idea le parecía perfecta. Huir lejos, muy lejos de su madre, quien parecía disfrutar castigándola, de Berenice, por haber olvidado los lazos de sangre que la unían a su padre, de Arsinoe... Pero ¿estaría dispuesto Olimpo a fugarse con ella?

Antes de que pudiera pensar en la forma de comprobarlo, la puerta se abrió y una muchacha, algo mayor que ella, apareció en el umbral.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida Cleopatra después de reconocer a Adira, la joven que le había acompañado hasta el templo de Isis.

—Bebed este brebaje —fue lo único que respondió la muchacha—. Os ayudará a recuperar las fuerzas —añadió mientras le tendía una copa con un líquido amarillento. Cleopatra, que presentía que podía confiar en ella, tomó la copa y se apresuró a beber su contenido, a la espera de que ella le revelase lo que deseaba saber—. Os desmayasteis en el templo —comenzó diciendo Adira—. Aunque os llevamos de vuelta con vuestro séquito, una terrible fiebre se apoderó de vuestro cuerpo, dejándoos inconsciente durante tres semanas —le explicó—. Como me sentía responsable de vuestro estado, yo misma os cuidé día y noche, prometiéndome a mí misma que no me apartaría de vuestro lado hasta que estuvierais recuperada.

—Te lo agradezco —reconoció Cleopatra mientras fijaba su mirada en los ojos de color miel de la joven, cuyas palabras parecían sinceras—. ¿Qué harás ahora que me he recuperado?

—Regresaré a Menfis —respondió dubitativa.

—¿Y si yo te propusiera entrar a mi servicio? —le

planteó Cleopatra. Ella necesitaba en palacio, más que nunca, alguien leal a quien ningún miembro de su familia pudiera manipular.

—Sería un honor para mí —confesó la joven que la sacerdotisa de Isis había escogido para acompañar a Cleopatra porque sólo ella sabía, a través de sus visiones, los peligros que acechaban a la hija del faraón.

—¿Hablas la lengua de nuestro pueblo? —quiso saber Cleopatra, ya que seguía manteniendo entre sus recuerdos las palabras que había escuchado en el templo de Isis. Al ver que la joven asentía con la cabeza, Cleopatra sonrió satisfecha porque aquélla sería la primera labor que le encomendaría.

Algo más animada por la presencia de Adira, Cleopatra tomó un papiro y se dispuso a escribir un mensaje para Olimpo. Como no estaba segura de si podía confiar en su hermana, decidió utilizar un código que ella y Olimpo habían creado. Así, si Arsinoe decidía leerlo, no podría entender absolutamente nada. Pero ¿cómo saber si realmente se lo entregaba? Consciente de que no tenía más alternativas, terminó de redactar el mensaje. A continuación enrolló el papiro y lo selló con la intención de entregárselo a su hermana cuanto antes. Cleopatra intentaría no separarse de Arsinoe durante los próximos días y si Olimpo visitaba a su hermana en su ausencia, al menos existía la posibilidad de que ésta decidiera ayudarla y entregara a su amigo su mensaje.

Sin saber si serviría de algo, Cleopatra fue hasta los aposentos de su hermana y le dio el pergamino para que se lo entregara a Olimpo si volvía a verlo. Arsinoe, que no esperaba que Cleopatra se comportara así, se limitó a prometerle que cumpliría su petición, convenciéndola de sus buenas intenciones.

Una vez sola, tomó el pergamino y se apresuró a desenrollarlo. Al ver que no era capaz de entender nada, lo arrojó al suelo enfadada. Luego lo tomó nuevamente y lo acercó al fuego de una de las velas que iluminaban aquella estancia. Puede que ella no supiera descifrar el contenido

del mensaje, pero lo que estaba claro era que Olimpo tampoco tendría conocimiento de él.

5

El faraón, que había huido a Roma, se levantó de su triclinio para salir hasta el patio de la villa donde Pompeyo lo había instalado. Como cada noche, buscaba inútilmente la luz que reflejaba el faro. Y eso le hacía percatarse de lo mucho que echaba de menos Alejandría. Roma, que se vanagloriaba de ser la ciudad más poderosa que el mundo hubiera conocido, no podía competir en cuanto a belleza con el lugar del que se había visto obligado a huir en mitad de la noche. Y ahora, para intentar recuperar el trono, había tenido que prometer una cantidad de dinero que, desde luego, no tenía. Si conseguía regresar triunfante a Egipto, lo haría a costa de crear una enorme deuda con Roma. Pero, al igual que su país, el Imperio romano también estaba dividido y, mientras unos estaban a favor de ayudarlo, otros preferían mantenerse al margen de las disputas por el trono egipcio.

—Los sacerdotes ya han consultado los libros sibilinos —le dijo un hombre que había llegado a la villa de Pompeyo en busca del faraón.

—¿Cuál ha sido su vaticinio? —preguntó intrigado Ptolomeo, ya que sabía la ambigüedad con la que podían interpretarse la mayoría de los oráculos.

—«Si el rey egipcio pide ayuda, no le rehuséis amistad —el rostro del faraón mostró su interés por conocer el resto del mensaje—, pero no le ayudéis empleando la fuerza porque, si así lo hacéis, sobrevendrán peligros para Roma.»

—¿Qué hará Roma entonces? —quiso saber Ptolomeo.

—Mandaremos algunos de nuestros mejores hombres a parlamentar con vuestra hija.

—Pero ¡eso no me devolverá el trono! —exclamó el faraón enfadado.

—Si el Senado no tuviera en cuenta los augurios y aprobase una invasión militar, el pueblo mostraría su descontento.

Ptolomeo escuchó resignado la triste noticia mientras fijaba su atención en la forma en que aquel hombre, llamado César, pronunciaba cada palabra. El tono de su voz, sus gestos, la seguridad que manifestaba en cada una de sus afirmaciones... Todo en César denotaba que era alguien que estaba predestinado a alcanzar grandes logros. Lamentablemente, acababa de decirle que Roma no podía ofrecerle lo que él quería, así que no le quedaba más remedio que partir hacia Éfeso. Si los rumores que había escuchado eran ciertos, allí podría encontrar a un romano que quizá pudiera solucionar todos sus problemas a cambio de una buena suma de dinero.

—Una delegación partirá hacia Alejandría mañana mismo —siguió informándole la persona que compartía gobierno con Pompeyo—. ¿Contáis con alguien leal en palacio que pueda garantizarnos que nuestros hombres no sufrirán ningún daño?

—¡Aún soy el faraón de Egipto! —vociferó enojado Ptolomeo—. Un lamentable incidente me ha obligado a ausentarme de mi país, pero sé que mi pueblo espera ansioso mi regreso.

—Debéis comprender que Roma necesita saber qué ocurrirá en el momento en que asumáis de nuevo vuestro cargo —se apresuró a decir César—. ¿Estáis seguro de que vuestras hijas no imitarán el comportamiento de la primogénita? —preguntó preocupado ante el hecho de que aquel enfrentamiento se prolongara por más tiempo, ya que Egipto era una enorme fuente de riquezas para Roma. Y él necesitaba su dinero para convertirse en el hombre más poderoso del imperio.

—Os garantizo que eso no ocurrirá nuevamente —aseguró Ptolomeo. La usurpación de Berenice había sido un duro golpe para él. Estaba acostumbrado a enfrentarse a los continuos reproches de su pueblo, pero no a la traición de su propia hija quien, a su regreso, debería ser castigada por

su atrevimiento—. En cuanto a vuestra delegación, sé que mi hija Cleopatra hará todo lo necesario por que sean bien recibidos.

—¿Cleopatra? —preguntó intrigado César, puesto que aquel nombre había despertado su interés.

—Aún es una muchacha, pero sus cualidades harán de ella una mujer excepcional —auguró el faraón—. Quizá algún día tengáis ocasión de conocerla y podáis comprobar que lo que os he dicho es totalmente cierto —añadió antes de que César abandonara la casa de Pompeyo, recordando en su mente el nombre de la joven que cambiaría su destino para siempre.

6

Adira salió de la habitación para dirigirse, tal como hacía cada mañana, al templo de Isis del palacio real de Alejandría. Durante el tiempo que permanecía en aquel lugar, tenía la sensación de estar de nuevo en Menfis, su hogar hasta hacía poco y al que no sabía si podría regresar algún día. Había crecido siguiendo las antiguas tradiciones egipcias y, hasta ese momento, Alejandría no había sido para ella más que un lugar que pretendía deslumbrar al mundo a costa de olvidar que pertenecía a un país cuyo esplendor y sabiduría eran mucho más antiguos que la propia ciudad. Aun así, no podía negar la belleza de la ciudad. Sus amplias avenidas, el resplandor de los edificios, los templos... Además, ella sabía que no debía cuestionar la voluntad de Isis, y las visiones de la sacerdotisa dejaban claro que su destino estaba ligado al de la persona a quien ahora servía.

Después de entonar varias plegarias a la diosa, salió del templo para regresar junto a Cleopatra. Al entrar de nuevo en la habitación, sorprendió a la muchacha probándose algunas de sus mejores túnicas. Aunque en su primer encuentro el cuerpo de Cleopatra ya había comenzado a experimentar los cambios propios de su edad, no había sido hasta los últimos meses cuando había tomado un aspecto totalmente diferente, con lo que se había convertido en una joven ciertamente atractiva.

Satisfecha ante la forma en la que fina túnica insinuaba las curvas de su cuerpo, Cleopatra sonrió porque aquél era el aspecto que deseaba lucir esa mañana.

Después de varios meses recluida en palacio y en virtud de la proclamación de Berenice como reina por el pueblo de Alejandría, Cleopatra había obtenido permiso para salir de

palacio. Pero para ello su hermana había tenido que asegurarse de que no tenía nada que temer de ella. Muy a su pesar, se había visto obligada a comportarse de manera ejemplar, aun cuando su corazón continuaba leal a su padre y esperaba ansiosa su regreso.

Durante todo ese tiempo, ella se había esforzado por aprender todo lo que un buen monarca debía saber para gobernar a su pueblo, con la esperanza de poder ayudar al faraón cuando lograse recuperar el control de Egipto. Pero lo que realmente había ocupado casi todo su tiempo era el aprendizaje de la lengua de su pueblo, algo que había conseguido gracias a Adira. Y ese conocimiento le había permitido descifrar las palabras pronunciadas por la sacerdotisa de Isis. Cada vez que recordaba su vaticinio, un escalofrío recorría su cuerpo mientras trataba de comprender a quién se refería aquella advertencia.

—Desconfía del poder que te encumbre, pues el mismo brazo que te entregue la corona, izará su mano para ser tu verdugo —añadió desconcertada. ¿Cómo podían esas palabras estar dirigidas a ella si Cleopatra era la tercera en la línea sucesoria y difícilmente podría tener acceso a la corona?

El recuerdo del vaticinio le hizo ponerse más nerviosa, por lo que dejó caer el último colgante que su padre le había regalado. Adira la miró extrañada, puesto que era la primera vez que veía a la joven así. A pesar de su corta edad, Cleopatra conseguía controlar casi todas sus emociones. Además, ella nunca se tomaba tantas molestias en arreglarse; luego, ¿qué sería lo que le preocupaba para comportarse de aquella manera?

Adira se acercó a Cleopatra y comenzó a peinarla a la espera de que la muchacha se decidiera a contarle qué era lo que sucedía. Aunque entre las mujeres egipcias de su posición era frecuente trenzarse el pelo y adornarlo con perlas o grandes tocados, Cleopatra era demasiado joven para usar ese tipo de complementos, así que Adira se limitó a desenredarlo con un peine de marfil.

—¿Crees que el color del vestido me favorece? —

preguntó Cleopatra después de que la sirvienta acabase con su cabello.

Dada su edad, todas las túnicas que tenía eran de corte sencillo y apenas contaban con adornos. Cleopatra había escogido un vestido de color azul confeccionado antes de la huida de su padre. Sin embargo, ella había cambiado mucho desde entonces, lo que hacía que la tela se ajustara aún más a las curvas de su cuerpo.

—Si me revelarais el motivo por el que os habéis arreglado, quizá podría seros de más ayuda.

Adira sólo tenía un año más que ella, pero siempre se comportaba de una forma tan responsable que daba la impresión de que era mayor. Era la persona con la que más tiempo había pasado desde su regreso de Menfis y confiaba en ella plenamente, por lo que decidió sincerarse.

—¿Has estado alguna vez enamorada? —se atrevió a preguntar Cleopatra, confundiendo aún más a la muchacha.

—¿Enamorada? —preguntó Adira extrañada, dado que nunca habían hablado de ese tipo de cosas. Luego negó con la cabeza—. El amor sólo confunde los sentidos —agregó a continuación, sabiendo que ella nunca permitiría que un sentimiento así determinara sus acciones.

Cleopatra, que había estado a punto de revelarle lo que sentía, decidió guardar silencio. Si Adira no se había enamorado nunca, ¿cómo iba a entender lo que estaba sintiendo? ¿Cómo iba a comprender que su corazón latía más de prisa cada vez que pensaba en Olimpo? ¿O que apenas había dormido la noche anterior ante la posibilidad de reencontrarse con el muchacho?

—Aún falta mucho tiempo para que os desposéis —señaló Adira, después de imaginar que aquella pregunta estaba relacionada con la próxima boda de su hermana Berenice.

—¿Cómo puede Berenice desposarse con alguien a quien ni siquiera conoce?

—Me temo que vuestra condición de hijas del faraón de Egipto está por encima de vuestros sentimientos —planteó la muchacha.

—Yo no pienso casarme con alguien a quien no ame —aseguró Cleopatra.

—Sabéis tan bien como yo que los miembros de la familia real deben desposarse entre ellos —le recordó Adira.

—Pero ¡Berenice ha escogido un esposo que no pertenece a nuestra familia! —remarcó Cleopatra, quien tampoco estaba dispuesta a cumplir esa norma, tal como habían hecho todos sus antepasados. Jamás amaría a otro hombre que no fuera Olimpo y, si algún día tenía que desposarse, sería con él.

—El comportamiento de vuestra hermana no debería serviros de ejemplo —señaló la joven, enojando a Cleopatra. ¿Por qué Adira siempre tenía que mostrarse tan responsable? ¿Por qué no era capaz de entender lo que sentía?

—¡Jamás me casaré con uno de mis hermanos! —gritó antes de salir corriendo de la habitación.

Adira estuvo a punto de echar a correr detrás de ella, pero permaneció en la habitación. ¿Por qué se habría enfadado de aquel modo? ¿Qué era lo que esperaba que le dijese?

Cleopatra corrió hasta el jardín donde la mala fortuna hizo que cruzara sus pasos con los de Aquilas.

Decidió olvidarse de las palabras de Adira y sacar partido de ese fortuito encuentro con el capitán. Luego se esforzó en desplegar todos sus encantos, dispuesta a comprobar si su aspecto causaría en Olimpo el efecto deseado.

El capitán de la guardia, a quien la muchacha no le era indiferente, la miró de una forma que hizo que ésta se ruborizara. Aun así, Aquilas continuó fijando su vista en cada una de las curvas de su cuerpo. ¿Cuál era la razón de que aquella joven le despertara un deseo tan intenso? Él disfrutaba de todas las mujeres que deseaba, incluida la reina, así que, ¿por qué una muchacha como Cleopatra conseguía alterarle de aquella manera?

—Deberíais recordar que soy la hija del faraón de

Egipto — advirtió Cleopatra. A pesar de haber querido comprobar si su aspecto conseguiría llamar la atención de Olimpo, no estaba dispuesta a que el capitán olvidara que le debía obediencia y respeto.

—Parecéis no recordar que vuestro padre se encuentra muy lejos de Alejandría —señaló él—, y que es vuestra hermana la que ahora gobierna este país.

—Os aseguro que lo tengo muy presente —repuso Cleopatra antes de alejarse de Aquilas, ya que no quería perder más tiempo.

Éste dirigió la vista atrás para contemplar una vez más a la muchacha y luego siguió su camino hasta una de las zonas de palacio que casi nadie frecuentaba y donde Potino lo estaba esperando.

El eunuco, cuyo rostro siempre permanecía inalterable, caminaba de un lado a otro del pasillo, pensando en la forma de volver a retomar el control de la situación, algo que habían perdido debido a la intromisión de la reina, con quien ni él ni Aquilas habían contado. Y aquél había sido un error que no podían volver a cometer. Durante los últimos meses, él se había encargado de hacer creer a Berenice que estaba preparada para sentarse en el trono de Egipto, con la intención de manipular a la muchacha una vez que Ptolomeo se viera obligado a huir hacia Roma. Por algo él era un eunuco y su destino era permanecer en la sombra desde donde se había visto obligado a actuar de una manera inteligente y sigilosa. Pero después de haber dedicado toda su vida a velar por los intereses de los Ptolomeos, había llegado el momento de cobrar el pago por sus servicios, aunque ello significara deshacerse de todos cuantos supusieran una amenaza para sus planes, como era el caso de la reina.

—Ha llegado el momento —señaló Aquilas—. Debemos eliminar a la reina antes de que ella acabe con nosotros. —Éstas últimas palabras eran el fruto de la fuerte discusión con la esposa del faraón que acababa de mantener.

—Es una misión demasiado arriesgada como para dejarla en manos de terceras personas —opinó Potino. La

reina era más peligrosa que Ptolomeo porque contaba con mucha más astucia que éste. Además, su mano no temblaba a la hora de deshacerse de todos los que le suponían un obstáculo en su camino, así que debían actuar con mucho cuidado si no querían que fuera su vida la que corriera peligro.

—Yo mismo me encargaré de que no continúe siendo una amenaza para nosotros —prometió Aquilas. Potino asintió con la cabeza para indicar que estaba de acuerdo con esa decisión, dado que la reina era el único obstáculo que les impedía controlar Egipto.

Cuando los ojos de Cleopatra vieron de nuevo el bullicio que reinaba en las calles de Alejandría, fue consciente de lo mucho que había echado de menos salir de palacio.

Aunque estuvo tentada de visitar todos sus lugares preferidos de aquella ciudad, el único motivo por el que había abandonado las dependencias reales esa mañana era volver a ver a Olimpo, e intentar averiguar el motivo de su comportamiento.

Según Arsinoe, ella misma había entregado su mensaje al joven varios meses atrás y había sido él quien había rechazado leerlo. Sólo después de que ella insistiera, Olimpo lo había tomando en su mano antes de irse. A pesar de que había intentado pasar todo el tiempo posible con su hermana, no estaba con ella cuando había recibido la visita de Olimpo, así que sólo contaba con la palabra de Arsinoe como garantía de que su petición había sido cumplida. Pero, si realmente era así, ¿por qué no había acudido Olimpo en su busca? ¿Tanto podía haber cambiado el joven que ella había conocido? No, desde luego no estaba dispuesta a que su amigo se comportara de aquella manera. Por esa razón se dirigió decidida al Museion para obtener respuestas.

Mientras recorría los últimos metros se preguntó una vez más si habría elegido el vestido correcto. ¿Y su

peinado? Quizá debería haber recogido su pelo para resaltar el color de sus ojos. En alguna ocasión, Cleopatra había sorprendido a su amigo examinándolos con curiosidad, ya que su tono podía variar según la luz del sol desde un intenso verde hasta un gris más apagado.

Aunque el acceso a esa zona de la ciudad no estaba permitido, pertenecer a la familia real le otorgaba ciertos privilegios, por lo que no tuvo problema en acceder a los jardines que rodeaban al Museion.

Al imaginar lo cerca que estaba de volver a reencontrarse con Olimpo, comenzó a sentirse nerviosa. Y esos nervios dieron paso a un sentimiento de inseguridad que le hizo detenerse para pensar si era buena idea ir en busca de su amigo. ¿Y si Olimpo se negaba a hablar con ella, tal como había hecho hasta entonces?

«Eso no sucederá», se dijo a sí misma mientras comenzaba a andar de nuevo, enfadada ante el hecho de que el joven fuera capaz de despertar en ella todos esos sentimientos encontrados.

Aunque estaba molesta con él por su comportamiento, el deseo de tenerlo cerca era mucho mayor que su enfado. Cleopatra anhelaba escuchar su voz, pero no del modo en que lo había hecho hasta entonces. Ella no quería que Olimpo la tratara como una amiga. Deseaba que le susurrara las palabras que llevaba meses esperando escuchar, y que sus labios se acercaran y le mostraran lo que se sentía al besar a otra persona.

Consciente de que aquello le habría parecido una locura un año atrás, Cleopatra sonrió, tratando de recordar cuándo se había producido aquel cambio en sus sentimientos hacia Olimpo.

¿Habría sido su fortuito encuentro con la joven del puerto lo que había despertado su amor por Olimpo? ¿O quizá la posibilidad de que él ya no quisiera verla? Fuera como fuese, ahora sabía con certeza lo que quería. Y pensaba obtenerlo tan pronto como viera de nuevo a su amado.

Sin embargo, por más que recorrió cada rincón del

Museion, no fue capaz de encontrarlo, lo que le hizo abandonar aquel lugar más enfadada y confundida de lo que ya estaba.

Una vez estuvo de nuevo en palacio, regresó a su habitación y se quitó aquella túnica con tanta rabia que no pudo evitar rasgarla. ¿De qué habían servido todos sus esfuerzos para ponerse guapa si el destino se empeñaba en mantenerla alejada de Olimpo? ¿Por qué la torturaban de aquella manera, obligándola a continuar sin noticias del joven? Además, por si aquella incertidumbre no fuera suficiente tortura, esa misma noche debía acudir a la cena con la que su hermana pretendía celebrar su próximo matrimonio. Nerviosa ante la idea de tener que fingir que aprobaba esa situación, se tumbó sobre su lecho y cerró los ojos, con la esperanza de que fuera Olimpo, o su propio padre, los que fueran a despertarla horas más tarde. No obstante, una vez más, sus deseos no se cumplieron porque fue Adira quien acudió a su habitación.

—Debéis prepararos para el banquete —le indicó la muchacha, quien había pasado toda la mañana preocupada por Cleopatra, sobre todo después de ver el estado en que había regresado a palacio.

—Siento haberte gritado esta mañana —se disculpó ésta, ya que sabía que aquella joven sólo deseaba ayudarla. Aun así, se mantuvo en silencio. Una parte de ella deseaba hablarle de sus sentimientos hacia Olimpo, pero eso implicaba reconocer el dolor que sentía por no haberlo encontrado. Y ella no estaba acostumbrada a dejar que nadie conociera sus debilidades. Su vida en palacio y el comportamiento de su madre la habían obligado a ser fuerte y era así como debía actuar en esos momentos.

Adira, que quería a Cleopatra como si fuera una hermana, se limitó a abrazarla y, después, se apresuró a ayudarla a prepararse para la celebración. A diferencia de esa mañana, la joven no tenía el menor interés en arreglarse, por lo que escogió una túnica al azar y, sólo

después de que Adira insistiera, accedió a llevar un pequeño brazalete dorado con forma de serpiente en su brazo. Las mujeres egipcias utilizaban a menudo aquellos complementos para adornar su cuerpo. Debido a su posición, Cleopatra contaba con todo tipo de brazaletes, algunos de un valor incalculable por estar realizados en oro macizo y recubiertos de piedras preciosas. Pero su favorito era, sin duda, el que Adira acababa de escoger para ella. Por alguna razón que desconocía, sentía una especie de cosquilleo en su brazo cada vez que se colocaba aquel adorno en forma de serpiente. ¿Sería porque aquel animal representaba a la realeza y, por lo tanto, estaba relacionado con ella?

Una vez llegaron al salón principal, la princesa miró a su alrededor para aprender una lección que jamás olvidaría: la facilidad con que las mismas personas que gritaban y ensalzaban tu nombre podían darte la espalda sin mostrar el menor síntoma de arrepentimiento por ello. Intentando disimular su malestar, tomó asiento a la mesa. Tal como correspondía, Berenice, junto a su madre, ocupaba la posición central; Arsinoe estaba a la derecha de ésta, y Cleopatra VI y ella en el otro extremo.

Mientras se sentaba, Cleopatra sintió que su madre la miraba fijamente sin poder sospechar que el único motivo por el que la reina había permitido que aún siguiera con vida era la posibilidad de verla sufrir. Aunque hubiera resultado muy fácil deshacerse de ella durante su convalecencia, sabía lo unida que la chica estaba a su padre, por lo que había deseado que se recuperase para que viera, con sus propios ojos, cómo había tenido que huir de Alejandría y cómo ahora era ella la que dirigía, junto a una de sus hijas, el futuro de Egipto.

Mientras comenzaban a servir la cena, Cleopatra echó en falta la presencia de Potino. ¿Qué podría ser tan importante como para mantener al eunuco lejos de allí? Pero, antes de que pudiera empezar a hacer suposiciones, éste entró en la sala y ocupó su lugar en la mesa, manteniendo el mismo rostro inalterable que lo

caracterizaba.

Mientras todos los demás comenzaban a degustar las delicias que los cocineros de palacio habían preparado, la reina sonrió una vez más, dado que sólo podía pensar en lo cerca que estaba de poder cumplir su venganza. Durante los últimos meses había disfrutado del sufrimiento de Cleopatra, por lo que quizá fuera el momento de poner fin a su vida. Sí, ya no había motivos para retrasar algo que llevaba muchos años esperando: planearía el asesinato de aquella muchacha en cuanto finalizara la noche. Luego imaginó el desconcierto de ésta cuando, antes de acabar con su vida, le revelase que no era más que la hija bastarda de un faraón al que el pueblo odiaba...

Pero quien realmente estaba nerviosa esa noche era Arsinoe. Después de que Olimpo le comunicara, esa misma mañana, su intención de abandonar Alejandría, ella había tenido que actuar rápidamente. Y lo había hecho con la esperanza de que, si conseguía eliminar a Cleopatra, quizá él pudiera borrar más fácilmente su recuerdo y decidiera no partir para Tebas. Y es que, después de ver el rostro del joven al comunicarle una vez más que su hermana se negaba a recibirlo, Arsinoe había comprendido que aquélla era la única manera de que Olimpo pudiera olvidarla. Así que había acudido a una de sus más fieles esclavas, quien se encargaría de servir el vino esa noche, para indicarle lo que debía hacer.

Antes de que comenzaran a servir el vino, la esclava hizo un gesto a Arsinoe para indicarle que había cumplido sus órdenes. La copa de Cleopatra contenía, además del preciado vino de Libia, uno de los venenos más letales que existían y cuya principal ventaja residía en que su efecto no era inmediato, lo cual resultaba ideal para no levantar sospechas. Aunque, por el momento, Cleopatra ni siquiera había arrimado el vino a sus labios, algo que estaba consiguiendo impacientarla.

Tras ver cómo su hermana alzaba su mano hacia la copa, el corazón de Arsinoe comenzó a latir más de prisa. No obstante, el rostro de Cleopatra pareció entristecerse de

repente y dejó la copa nuevamente en la mesa.

Decidida a resolver la cuestión cuanto antes, Arsinoe propuso un brindis en honor a Berenice.

—Para que los dioses protejan a la nueva reina de Egipto —dijo sin poder apartar la mirada de Cleopatra. A continuación, levantó su copa y bebió todo su contenido, a la espera de que su hermana hiciera lo mismo.

Aunque aquello era lo último por lo que Cleopatra quisiera brindar, no tuvo más remedio que levantar otra vez su copa y comportarse igual que todos los presentes. Sin embargo, cuando estaba a punto de llevar la misma a su boca, Adira, que nunca se separaba de ella, se acercó a la mesa después de que Cleopatra VI indicara que necesitaba más vino y quiso el destino que, quizá guiada por Isis, dejara caer la copa de su hermana cuando se disponía a llenarla.

Arsinoe estuvo tentada de ordenar que azotaran a Adira por aquella intromisión, pero no tuvo más remedio que tranquilizarse y esperar a que su hermana finalizara el brindis.

—Toma mi copa —se apresuró a decir Cleopatra, ofreciéndole su vino, con la esperanza de verse liberada de la obligación de brindar.

—Todos debemos beber en honor a Berenice —señaló Arsinoe—. De otro modo, la reina podría pensar que no te alegras de su nombramiento.

—Tienes razón —afirmó Cleopatra.

—Traed inmediatamente otra copa para Cleopatra VI —ordenó Arsinoe.

Pero Cleopatra no se decidía a finalizar el brindis. Luego todo ocurrió tan rápido que Arsinoe no tuvo tiempo de intervenir de nuevo. Cuando los esclavos trajeron más vino, Cleopatra VI ya había tomado la copa destinada a acabar con la vida de su hermana. Cleopatra no tuvo más remedio que hacer caso a las advertencias de Arsinoe y beber de la copa que acababan de dejar sobre la mesa, lo que enfureció aún más a ésta. ¿Por qué la fortuna se aliaba una vez más con Cleopatra?

Llena de rabia, Arsinoe se acercó a Cleopatra y le susurró al oído.

—Olimpo me pidió que no te lo dijera —comenzó diciendo la joven—, pero creo que deberías saberlo. —Arsinoe se calló intencionadamente para que la espera hiciera sufrir aún más a su hermana.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó sobresaltada Cleopatra.

—Le prometí que no te diría nada —insistió Arsinoe.

—Si me dices qué es lo que sucede —le suplicó Cleopatra—, estaré en deuda contigo —afirmó después.

—Olimpo abandonará Alejandría esta misma noche —dijo finalmente Arsinoe con tono melancólico, como si realmente le hiciera esa confidencia para ayudarla cuando lo único que deseaba era verla sufrir.

Sin dar tiempo a Arsinoe a que pronunciara una sola palabra más, Cleopatra salió corriendo de aquella sala para dirigirse a una de las salidas de palacio. Una vez estuvo en las calles de Alejandría, notó que le faltaba el aire, sensación que fue en aumento al pensar en la posibilidad no sólo de que Olimpo abandonara la ciudad, sino de no volver a verlo jamás. Luego pensó en la promesa que ambos habían sellado, a modo de juego infantil, por la que, si algún día abandonaban Alejandría, lo harían juntos.

—Juntos... —susurró Cleopatra, quien se resistía a pensar que Olimpo hubiera decidido marcharse sin despedirse de ella.

Sabiendo que necesitaba verlo antes de que partiera, echó a correr nuevamente en dirección al puerto con la esperanza de que el barco de Olimpo aún no hubiera zarpado. No obstante, la visión de un navío que se alejaba de Alejandría logró romperle el corazón.

Mientras el barco se alejaba, Olimpo, que observaba desde la cubierta la única ciudad que había conocido, trató de apartar a Cleopatra de su pensamiento. ¿Qué es lo que le había hecho para que ésta hubiera rehusado verlo a lo largo

de los últimos meses? Por más que había insistido, Arsinoe siempre le había dado la misma respuesta: Cleopatra se negaba a hablar con él. Ni siquiera esa mañana, cuando había acudido a palacio para despedirse de ella, su amiga había mostrado el menor interés por él.

Con el corazón roto, Olimpo supo que hacía lo correcto viajando a Tebas. Tenía que olvidar a aquella joven, ya que su amor no era correspondido. Y por eso había decidido marcharse a Tebas para seguir adquiriendo conocimientos de medicina, en los que ya se había iniciado en el Museion. Pero ahora deseaba conocer todos los remedios que el pueblo egipcio había descubierto a lo largo de los siglos, y alejarse de Alejandría era la única forma de hacerlo.

Mientras la imagen del faro se tornaba cada vez más lejana, cerró los ojos y vio con claridad el rostro de la persona a la que amaba. Jamás olvidaría a Cleopatra. Ella era fuerza y pasión, coraje... Sí, desde luego, Cleopatra era igual que el país en el que había nacido.

Cuando ya no fue capaz de distinguir los edificios más importantes de su ciudad, se preguntó si regresaría algún día a ella pero, sobre todo, si volvería a ver a la persona que le había robado el corazón.

Ella, que miraba impotente cómo aquel barco se alejaba cada vez más, notó que sus rodillas se doblaban y cayó al suelo. Sin poder dominarse, comenzó a llorar deseando que aquello no fuera más que un sueño del que despertaría en cualquier momento. Luego limpió sus lágrimas dispuesta a regresar a palacio. Su padre le había repetido en numerosas ocasiones que no debía dejar que nadie conociera sus debilidades o se aprovecharían de ellas. Puede que sintiera que su corazón se rompía a cada paso que daba pero nadie, ni siquiera Adira, tendría conocimiento de ello

7

Cleopatra se acercó a una de las fuentes del palacio y dejó que su mano jugueteara con el agua que caía desde la parte superior hasta un pequeño estanque. Luego observó la imagen reflejada en aquella superficie cristalina y apreció el cambio que había experimentado en los últimos años.

Habían trascurrido cuatro años desde el regreso de su padre a Alejandría. Cleopatra era ahora una bella joven de dieciocho años de edad. En su rostro, de facciones muy marcadas, la nariz aguileña propia de los Ptolomeos armonizaba a la perfección con unos enormes ojos verdes que ella se encargaba de agrandar aún más trazando una fina línea negra por fuera de los mismos. Sus carnosos labios, de un color rosado, conseguían centrar toda la atención cuando ella hablaba. Aun así, eran sus palabras y el sonido de su voz los que lograban acaparar todo el protagonismo

Cleopatra sabía que aquélla era su mejor virtud. Durante los últimos años se había esforzado por aumentar sus conocimientos. Había leído muchos de los mejores libros de la biblioteca, lugar donde había pasado la mayor parte de su tiempo. Había escuchado a los filósofos y sabios que paseaban por los jardines del Museion, disfrutando de cada una de sus conversaciones hasta el momento en que fue consciente de que ella era capaz de rebatir muchos de sus argumentos.

Isis le había bendecido con un voluptuoso cuerpo capaz de despertar por si solo todo tipo de pasiones. Sin embargo, sabía que aquello no era suficiente para doblegar la voluntad de un hombre. Su penetrante mirada, la forma tan delicada, y excitante de mover sus caderas mientras caminaba, su sonrisa... Todo aquello debía estar

acompañado de una mente capaz de sorprender y ella, desde luego, contaba con esa facultad.

—Ha llegado el momento —le informó Adira después de acercarse a Cleopatra y colocar su mano en el hombro de la joven para tratar de reconfortarla. Según las antiguas costumbres, estaba prohibido tocar a cualquier miembro de la realeza, pero aquella norma excluía a las personas de su confianza y, desde luego, Adira era una de ellas.

»Debéis daros prisa —señaló la sirvienta para que la princesa comprendiera que no disponía de mucho tiempo antes de que el faraón emprendiera su último viaje.

Consciente de la gravedad de la situación, comenzó a caminar en dirección a los aposentos del faraón. Su padre había conseguido recuperar el trono de Egipto, pero no había vuelto a ser el hombre que ella recordaba. Durante el último mes, Ptolomeo había permanecido en su habitación, aquejado de una grave dolencia que había mermado sus facultades progresivamente.

Una vez allí, comprendió el motivo por el que Adira le había buscado con tanta urgencia. El pálido rostro del enfermo indicaba, mejor que cualquier diagnóstico de los médicos de palacio, que Ptolomeo XII, su amado padre, estaba a punto de morir.

Los ojos del faraón, que apenas conseguían mantenerse abiertos, reaccionaron ante la presencia de su hija. Cleopatra sabía que no disponía de mucho tiempo para despedirse, así que se acercó a su lecho y tomó su mano. Al percibir lo fría que estaba, la apretó con fuerza intentando, a través de ese contacto, insuflar algo de vida a su consumido cuerpo.

—Mi querida hija —susurró débilmente Ptolomeo. Luego observó sus enormes ojos verdes y, por un segundo, tuvo la sensación de que era la madre de la joven la que estaba a su lado—. Muy pronto me reuniré contigo —añadió, sin que la joven entendiera por qué le decía eso.

Mientras cerraba los ojos, Ptolomeo se preguntó si todos los esfuerzos para conservar su posición habían valido la pena, ¿realmente eso le había procurado la felicidad?

Su rostro, pálido y rígido, pareció suavizarse durante unos segundos, fruto de sus propios pensamientos. Si en algún momento había alcanzado la dicha era gracias a la madre de quien sujetaba su mano. Por un instante, sintió deseos de hablarle a Cleopatra de su verdadera identidad, pero ¿serviría aquello para algo más que para causarle confusión y, quizá, rechazo por haberle ocultado la verdad? Además, el cariño de Cleopatra era el único del que no dudaba y él quería abandonar este mundo con alguien leal a su lado.

Aunque habían pasado ya cuatro años, sintió un dolor agudo en el pecho al recordar el momento en que el verdugo acabó con la vida de su hija Berenice. Su falta era demasiado grave y su voz no había temblado a la hora de ordenar su castigo. Pero nada de eso importaba ya. Las puertas del inframundo estaban a punto de abrirse para recibirlo y él sólo tenía un deseo: que su hija Cleopatra tuviera el valor que a él le había faltado para enfrentarse a lo que su nuevo cargo le supondría.

—Te prometo que Roma no conquistará jamás Egipto —le susurró Cleopatra—. Yo me encargaré de que así sea —afirmó mientras el faraón cerraba los ojos definitivamente —, o moriré intentándolo —añadió totalmente convencida de su promesa.

—¡Padre! —exclamó Arsinoe después de que el faraón expirase. Cleopatra, que no se había percatado de la llegada de su hermana a la habitación, la abrazó para buscar consuelo.

—¡Sois la nueva reina, Cleopatra! —se apresuró a decir Adira, interponiéndose entre ambas, puesto que ella desconfiaba de aquella joven. Su angelical rostro le confería un aspecto de lo más inofensivo, pero ella no estaba dispuesta a confiar en la sirvienta, tal como había hecho Cleopatra durante los últimos años.

En cuanto la noticia del fallecimiento trascendió al resto del palacio, aquella estancia recibió la visita de Ptolomeo XIII, uno de los dos hijos menores del faraón que pretendía reclamar sus derechos sobre el reino.

—Debemos iniciar los preparativos para la coronación —se atrevió a decir Potino, convertido en el mentor de Ptolomeo XIII desde el regreso de su padre a Alejandría.

—El cuerpo del faraón yace aún caliente —señaló Cleopatra en actitud desafiante—. No creo que sea el momento de preparar ninguna ceremonia que no sea el funeral de mi padre.

—Pero los deseos del faraón —insistió el eunuco— eran que contrajerais matrimonio con vuestro hermano en cuanto él abandonara este mundo.

—¿Olvidáis acaso que yo estaba presente cuando redactó su testamento? —preguntó ella enfadada ante la insistencia del hombre—. Sé perfectamente cuál era la voluntad de mi padre. Llegado el momento —dijo con voz firme para indicar que aquélla era su última palabra —se cumplirá, pero no ahora.

Luego Cleopatra salió de la habitación para regresar de nuevo al patio. Como cada vez que paseaba por aquel lugar, sintió que se mareaba, por lo que se acercó a la fuente para apoyar sus manos sobre el frío mármol. Por primera vez en su vida, deseó ser otra persona. Pertenecer a la familia real le había privado, durante muchos años, de la presencia de su padre y le obligaba a mantenerse alerta constantemente. Ahora el faraón había muerto y el peso de Egipto caía sobre sus hombros.

—¿Os siguen atormentando esas visiones? —le preguntó Adira después de ver el desconcierto que reflejaba su mirada.

—Cada vez son un recuerdo más lejano —aseguró Cleopatra. A pesar de sus palabras, tuvo que apartar la vista de la parte del patio donde, cuatro años atrás, Berenice había perdido la vida. Ella sabía que su hermana había cometido el peor de los delitos. Su traición era motivo suficiente para condenarla a muerte. Ella lo sabía y, aun así, se había atrevido a desafiar al faraón quizá porque nadie esperaba que su padre fuera capaz de reclutar la ayuda necesaria para instaurarse de nuevo en el trono.

Su padre, sus dos hermanas mayores, su madre... el

destino parecía empeñado en eliminar a todos los miembros de su familia. ¿Sería ella la siguiente?

—Isis vela por vuestra seguridad —la tranquilizó Adira, capaz de leer su pensamiento—. Ahora sois la persona más poderosa de Egipto, la reencarnación de la diosa —aseguró.

—Pero debo compartir ese honor con un insolente niño de diez años —intervino ella. Su padre había redactado un testamento por el que dejaba el reino en manos de Cleopatra y de su hijo Ptolomeo XIII. De este modo, se veía obligada a contraer matrimonio con su hermano y, así, gobernar juntos como consortes. A excepción de Berenice, todos los miembros de su dinastía se habían desposado entre ellos para garantizar el origen divino de cada heredero.

—Vuestro hermano es una simple marioneta controlada por Potino —aseguró Adira. Ella llevaba sólo seis años en palacio pero mantenía los ojos y los oídos bien abiertos con la intención de proteger a Cleopatra—. Una vez celebrado el casamiento, deberéis aseguraros de que se distancie del eunuco todo lo que sea posible —sugirió después. Por un momento, estuvo tentada de incluir a su hermana Arsinoe en aquella advertencia, pero se contuvo. Ella sabía que la muerte de sus dos hermanas mayores había unido a las dos restantes. Adira, a diferencia de Cleopatra, no compartía la misma sangre de Arsinoe y sus sentidos no estaban influenciados por ese hecho, motivo por el que desconfiaba de aquella inocente muchacha cuya mirada era tan enigmática como peligrosa.

—Retrasaré nuestra unión todo cuanto sea posible —aseveró Cleopatra, indignada ante el hecho de tener que compartir el gobierno de Egipto con su hermano—. ¿Por qué no puedo ejercer ese cargo sola? —se planteó malhumorada—. Desde el regreso de mi padre, me he visto obligada a tomar todas las decisiones importantes. ¿Por qué debería contar ahora con la opinión de un niño de diez años?

—Ya deberíais haber aprendido que vuestras obligaciones están por encima de vuestros sentimientos —

remarcó Adira, lo que hizo que acudiera a la memoria de Cleopatra la primera vez que la joven le dijo esas palabras. Aunque habían transcurrido varios años, recordaba con total claridad cómo la sirvienta había utilizado esa misma frase cuando ella le aseguró que jamás se casaría con uno de sus hermanos antes de ir en busca de Olimpo. Pero el desengaño sufrido había borrado parte de la ilusión que albergaba de casarse por amor.

Aunque intentaba mantener alejado de sus pensamientos el recuerdo de Olimpo, en los pocos momentos en que la imagen de su amigo regresaba a su mente, un cosquilleo recorría todo su cuerpo. Cleopatra no había vuelto a tener noticias de él. ¿Dónde estaría? ¿Pensaría alguna vez en ella? ¿Recordaría los días que pasaron juntos recorriendo las calles de aquella ciudad?

—¿Nunca te has preguntado qué es lo que se siente al entregarte en cuerpo y alma a otra persona? —preguntó Cleopatra confundida ante el recuerdo de Olimpo. Adira la miró extrañada y vio en sus ojos esa expresión que la joven tenía en alguna ocasión.

—Una reina no debería dejar que sus sentimientos influyeran en sus decisiones —fue lo único que respondió la muchacha. Una parte de ella entendía a Cleopatra, pero su prioridad era velar por el futuro de la joven. Y en ese momento lo más sensato era que contrajera matrimonio con su hermano para tener pleno derecho a gobernar.

—¡También soy una mujer, Adira! —se quejó la princesa—. Puede que ahora sólo sientas la necesidad de servir a Isis —agregó—, pero estoy segura de que llegará un día en que tú también desearás descubrir todo lo que yo anhelo sentir.

Adira permaneció en silencio sin ni siquiera sospechar que el destino se encargaría de que las palabras pronunciadas por Cleopatra se convirtieran en realidad.

—Además, hay otra razón para aplazar mi matrimonio —reconoció después—. No puedo permitir que Potino aumente su poder en la corte —añadió a continuación Cleopatra para dejar clara que la oposición a su boda con

Ptolomeo también estaba basada en temas políticos—. Estoy segura de que fue él quien alentó los alborotos que obligaron a mi padre a huir de Egipto.

—No tenéis pruebas que corroboren vuestras suposiciones —repuso Adira. Ella también desconfiaba del eunuco. Aun así, sabía que lo único que podía hacer Cleopatra de momento era mantener silencio y confiar en que su buen juicio no le permitiera cometer ningún error que pudiera costarle el trono o, peor aún, la vida.

Aquilas, que llevaba un rato observando a las dos jóvenes, se acercó a ellas.

—Siento vuestra pérdida —reconoció el capitán después de interrumpir su conversación—. Estoy seguro que el dolor se verá mitigado por vuestra nueva posición.

—No hay nada que alivie el dolor por la pérdida de un ser querido —le respondió Cleopatra en un tono distante.

—¿Ni siquiera una corona? —insistió el militar mirando a la joven con deseo, tal como hacía siempre que se encontraba con ella. Cleopatra era consciente del efecto que producía en Aquilas y, en ocasiones, disfrutaba provocándole para experimentar la agradable sensación obtenida gracias al poder que ejercía sobre los hombres.

—Olvidáis que no soy la única que comparte ese privilegio —remarcó ella, haciendo alusión a su hermano.

—Hacéis bien en tenerlo presente —aseguró él.

El capitán pareció olvidarse de la presencia de Adira y se acercó tanto a Cleopatra que, por un momento, ésta temió que fuera a besarla. Aquel hombre era ambicioso y despiadado, pero también apuesto y atractivo. Su cuerpo, modelado por los años de entrenamiento, levantaba todo tipo de pasiones entre las doncellas de palacio. Ella nunca había confiado en él y trataba de evitarlo. A pesar de ello, en las ocasiones en que lo tenía tan cerca como en ese preciso instante, no podía evitar que su cuerpo se estremeciera provocándole todo tipo de reacciones contradictorias. Todas las muchachas que servían en palacio hablaban de las capacidades de Aquilas para satisfacer sus deseos. ¿Por qué no dejarse llevar y

comprobar por sí misma los placeres que aún no había experimentado? Si estaba condenada a desposarse con un niño de diez años, ¿por qué no dejar que un hombre experimentado como Aquilas la iniciara en un mundo totalmente desconocido para ella?

—Vuestro nuevo cargo os confiere un enorme poder, pero también conlleva grandes peligros —añadió el hombre mientras se apartaba de la joven—. Ahora, más que nunca, necesitáis alguien que vele por vuestros intereses.

—Mis intereses son los mismos que los de mi pueblo. ¿Quién podría ir en contra del bienestar de Egipto? —preguntó aliviada ante el hecho de que el capitán se separara. Si Aquilas deseaba confundirla, ella tenía que mostrarse más fuerte que nunca, sobre todo ahora que su padre había muerto. Contaba con la voluntad necesaria para seguir la corriente al capitán sin exponer ninguna de sus virtudes.

—Son tiempos inciertos —aseveró él—. Haríais bien en buscaros un protector.

—¿Acaso os estáis ofreciendo para dicha tarea? —inquirió Cleopatra.

—Sabéis que nadie os protegería mejor que yo.

—¿Y qué pediríais a cambio? —le planteó ella, dispuesta a comprobar si aquel acercamiento podría serle útil en el futuro.

—Lo sabéis perfectamente —afirmó Aquilas, incapaz de apartar la mirada de los labios de Cleopatra y consiguiendo que ésta se estremeciera de nuevo.

Arsinoe, que contemplaba aquella escena desde el otro extremo del patio, se enfureció ante el interés que mostraba el apuesto militar por su hermana. ¿Qué es lo que los hombres encontraban tan irresistible en Cleopatra?

Ella tenía un rostro más hermoso y su cuerpo no tenía nada que envidiar al de su hermana. Entonces, ¿por qué el capitán nunca le había mirado así?

Desde pequeña, Cleopatra le había robado todo el protagonismo. Su padre sólo tenía ojos para ella y cualquier logro que Arsinoe alcanzaba siempre quedaba eclipsado por

cada una de las acciones de su hermana. Además, había otro motivo por el que la odiaba: la repentina desaparición de Olimpo.

—Espero que los asuntos que tratáis con mi hermana sean lo suficientemente importantes como para importunarla en un momento así —intervino Arsinoe, con el fin de acabar con la conversación que ambos mantenían. Aquilas controlaba al ejército real, por lo que no le convenía en absoluto que él y su hermana se aliasen.

—El general comparte y respeta mi dolor —afirmó Cleopatra—. De hecho, Aquilas estaba a punto de irse, ¿verdad? —señaló ella a continuación.

—No olvidéis mis palabras —le advirtió él antes de continuar su camino hasta los aposentos de Ptolomeo XIII.

Con la muerte del faraón, su engreído hijo se había convertido, junto a Cleopatra, en el nuevo soberano. Potino había sido capaz de ganarse la confianza de Ptolomeo y ahora estaba seguro de poder imponer su voluntad a través del niño.

—¡La odio! —gritó Ptolomeo en el momento en que Aquilas entró en su habitación—. ¿Por qué no puedo casarme con Arsinoe? —preguntó después. Arsinoe era buena con él y lo trataba con dulzura; Cleopatra, en cambio, se creía superior.

—Vuestra hermana piensa que puede gobernar sin vuestro consentimiento —remarcó Potino, acostumbrado a fomentar el odio del pequeño hacia Cleopatra.

—No debéis permitírselo —intervino Aquilas. Aquel niño era arrogante y caprichoso, pero manejable. Cleopatra, por el contrario, era incontrolable e imprevisible, cualidades ambas que la hacían irresistible a sus ojos pero muy peligrosa si asumía la regencia en solitario. Su padre había dejado claro que ambos debían contraer matrimonio; a pesar de ello todos sabían que sería un mero trámite porque Cleopatra gobernaría a su antojo.

—¿Qué podemos hacer? —quiso saber Ptolomeo.

—Dejaremos que sea el pueblo quien demuestre, una vez más, que no quiere que Cleopatra sea la persona que gobierne.

—¿Sugieres que fomentemos otra revuelta? —preguntó Aquilas, ya que no era la primera vez que utilizaban aquel recurso.

—El pueblo aún no ha aceptado la presencia de tropas romanas en Alejandría —manifestó Potino.

Los soldados romanos que habían devuelto el trono a Ptolomeo se habían acostumbrado a una vida de placeres junto al Nilo. Tomaban todo lo que deseaban por la fuerza, sin que los egipcios pudieran hacer nada al contar con la protección del faraón.

—Si recordamos al pueblo que la reina es la culpable de esta situación y le hacemos ver que Cleopatra continuará entregando el dinero de Egipto a Roma, la multitud estallará.

—Sin Cleopatra, ¿Arsinoe podrá casarse conmigo? —insistió Ptolomeo, dado que su hermana, movida por su propio interés, se había esforzado en ganarse su cariño.

—Sin duda es lo que el pueblo desea —mintió Potino. Hasta ese momento, dos mujeres se habían interpuesto en su camino. Deshacerse de la esposa del faraón no había resultado complicado y esperaba que Cleopatra no les causara más problemas. Por eso no estaba dispuesto a que fuera Arsinoe la próxima en interferir en sus planes. Sin embargo, no había necesidad de disgustar a Ptolomeo. Llegado el momento, tomaría las medidas oportunas para que aquella muchacha no fuera otra amenaza para él.

—¿Estás seguro de contar con la fidelidad de tu ejército? —inquirió el eunuco después de asegurarse de que Ptolomeo no podía escucharlos.

—Mis hombres darían la vida por mí —aseguró Aquilas.

Potino permaneció unos minutos más en la habitación, dando forma a los últimos detalles de su plan.

Después de los cuatro últimos y largos años, era cuestión de pocas semanas que, por fin, fuera su mente la

que dirigiera el destino de Egipto pero, sobre todo, que Cleopatra desapareciera para siempre de sus vidas.

8

Cleopatra inclinó la cabeza hacia atrás y dejó que Adira le peinase con la suavidad que caracterizaban todos los movimientos de la joven. Gracias a sus cuidados, el pelo de la reina contaba con un color y un brillo únicos que despertaban la envidia de todas las mujeres de la ciudad. Con mucho cuidado, Adira vertió sobre su mano unas gotas de un aceite obtenido de las semillas de los dátiles del desierto. Luego lo extendió por la cabeza de Cleopatra hasta asegurarse de que recuperaba su tonalidad habitual, algo más apagada por el efecto de los rayos del sol.

—¿Qué tengo que hacer para que el pueblo ame a su reina? —preguntó ella desalentada.

—Egipto manifiesta una devoción mayor por su actual soberana que la mostrada por todos sus antepasados —declaró Adira—. Si hubierais visto los rostros de los asistentes a la celebración de los misterios de Osiris, no albergaríais ninguna duda —le garantizó.

Cleopatra no sólo había acudido a la celebración de aquel ritual tan importante para los egipcios, sino que había tenido la deferencia de dirigirse a todos los presentes en un idioma nunca antes utilizado por ningún miembro real.

—No debéis olvidar que el pueblo egipcio está acostumbrado a que sus soberanos se dirijan a él en un idioma que consideran extranjero —remarcó Adira—. Estoy segura de que cualquier egipcio se siente orgulloso de que la nueva reina pueda expresarse en el lenguaje de sus antepasados.

—Si tus palabras son ciertas, ¿por qué cada día tengo nuevas noticias sobre las revueltas?

—Porque el pueblo se muere de hambre, majestad —se atrevió a decir Adira—. Los egipcios os aprecian, pero la

falta de comida que llevarse a la boca hace que olviden fácilmente su lealtad.

—¿Crees que no he hecho todo lo posible por acabar con esta hambruna? —inquirió ella enfadada. Hacía un año que había asumido la responsabilidad de gobernar Egipto, pero ninguna de las medidas tomadas parecía acabar con las hambrunas.

—No culpo a la reina —aclaró Adira. Ella, mejor que nadie, sabía los esfuerzos de Cleopatra por arreglar la situación—. El pueblo sabe que gran parte de las cosechas que ellos siembran están destinadas a alimentar el estómago de los romanos, y eso no es fácil de aceptar.

—¡Maldita Roma! —exclamó Cleopatra—. Los romanos son una carga que esta familia lleva demasiado tiempo soportando —reconoció después—. Si pudiera librar a Egipto de su presencia... —Éste era su más anhelado deseo, pero ¿cómo hacerlo? ¿Existía alguna forma de romper un tratado que su mismo padre había firmado y ratificado en más de una ocasión? Ella había hecho todo lo posible por renegociar su deuda y, de momento, había retrasado el pago. No obstante, también sabía que Roma no tardaría en llamar a su puerta para exigir lo que los antiguos faraones le habían prometido.

—Isis os eligió como sucesora —le recordó Adira, haciendo referencia a todo lo que había ocurrido para que ella gobernara—. No deberíais cuestionar vuestras capacidades.

Cleopatra dedicó una sonrisa a la sirvienta para agradecerle sus palabras. Luego se acercó a la ventana y contempló el ocaso. Durante unos segundos, trató de imaginar cómo sería la vida de cualquiera de las personas que paseaban junto al puerto. ¿Habría sido más feliz sin todas las obligaciones y preocupaciones que imponía la Corona?

De pequeña, soñaba con convertirse en la reina de Egipto. Muchas veces, incluso se atrevió a colocar sobre su pecho las insignias reales. Se imaginaba recibiendo a sus invitados en el Salón del Trono, organizando suntuosas

cenas para que todos los emisarios comprobaran por sí mismos el esplendor de una tierra milenaria. Pero la realidad era totalmente diferente. Las hambrunas, la escasez de recursos, las continuas intrigas de Potino...

Las cuestiones de gobierno ocupaban la mayor parte de su tiempo, algo que resultaba tremendamente agotador. Hacía días que no salía a montar y ni siquiera había tenido tiempo de pensar cómo continuar aplazando el matrimonio con su hermano. Ella sabía que debía tener en cuenta las opiniones de Ptolomeo, ya que tenían el mismo derecho a gobernar pero, hasta esa fecha, estaba consiguiendo tomar sus propias decisiones.

Cada mañana, se veía obligada a soportar numerosas audiencias. No sólo tenía que escuchar a los funcionarios o a los ambiguos consejos de sus ministros, sino que debía convertirse en la juez de cientos de conflictos, sellando con su anillo cada una de las sentencias. Aunque podía delegar esas funciones en sus mandatarios, ella no sabía hasta dónde llegaban las influencias de Potino.

Mientras el sol se perdía en el horizonte, Cleopatra sintió añoranza de su niñez, del tiempo en el que el peso de la Corona no caía sobre sus hombros. Por un momento, deseó ser la chiquilla que se escapaba de palacio para corretear por las calles de su ciudad. Una ciudad que ahora parecía volverle la espalda.

—Alejandría no deja de recordarme su desacuerdo con mis decisiones —comentó ella, puesto que todos los rumores que llegaban a palacio mostraban la inquietud reinante en Alejandría.

¿Qué era lo que su pueblo le reprochaba? Ella se había esforzado por gobernar de una manera justa; por lo tanto, ¿qué podían recriminarle?

—Tráeme en seguida una de tus túnicas —le pidió a Adira.

Después de ver la actitud que mostraba Cleopatra, la muchacha se apresuró a hacer lo que le ordenaban porque sabía que cuando la reina mostraba esa mirada desafiante, no había nada que pudiera disuadirla.

—Las calles de Alejandría están llenas de agitadores —le recordó—. ¿Creéis prudente salir en estas circunstancias?

—Ya no confío en los informadores de palacio —reconoció ella—. Quiero saber qué es lo que los habitantes de esta ciudad recriminan a su reina —añadió después.

—Pero alguien puede reconoceros —advirtió la sirvienta.

—¿En el lugar que pienso visitar? —preguntó Cleopatra sonriendo, lo cual alarmó aún más a la muchacha—. Dudo mucho que la gente que acuda a esa zona de Alejandría frecuente también el palacio —agregó, dispuesta a abandonar el palacio como si se tratara de una de las mujeres que servía en el mismo.

Tal como había advertido Adira, la tensión era palpable en cada una de las calles de Alejandría. Las dos jóvenes atravesaron la vía del Soma hasta llegar a la tumba de Alejandro.

—¿Ocurre algo? —preguntó Adira después de ver que el rostro de Cleopatra había adquirido una expresión distinta.

—Éste es uno de los lugares de Alejandría que más aprecio —reconoció —. Alejandro no sólo es el fundador de mi dinastía y de esta ciudad, sino que fue alguien que supo cuál era su destino y no se detuvo hasta conseguirlo.

—Sería una necia si negara las virtudes de este hombre —señaló la sirivienta, colocando su mano sobre la entrada de la tumba—, pero hay algo que olvidáis, majestad. —Cleopatra la miró sorprendida—. Alejandro Magno fundó esta ciudad, pero Egipto había deslumbrado al mundo mucho tiempo antes de que él existiera.

Cleopatra recapacitó sobre sus palabras y, por fin, comprendió lo que trataba de decirle. Durante años, su dinastía se había limitado a engrandecer esa ciudad hasta convertirla en el lugar más bello del mundo. Pero, al hacerlo, habían olvidado que las fronteras de su reino se expandían mucho más allá de los límites de Alejandría. Egipto era Tebas, Menfis, Dendera... Egipto era el interminable desierto que se extendía hasta Nubia, era las

regiones que custodiaban las riberas del Nilo, los templos que recordaban épocas lejanas.

—Si queréis conseguir el amor de vuestro pueblo —insistió Adira—, debéis tenerlo siempre presente.

—Aprecio tu sinceridad —reconoció Cleopatra—. Sé que en el pasado no ha sido así, pero te aseguro que nunca olvidaré que las fronteras de Egipto van mucho más allá de estos lujosos edificios.

Adira tenía sólo un año más que ella, pero se comportaba de una manera mucho más madura para su edad.

—La esencia de Egipto corre por tus venas —afirmó Cleopatra mirando fijamente a la muchacha—. ¿Por qué decidiste aceptar mi petición y permanecer en Alejandría?

—Me encomendé a Isis cuando no era más que una niña —confesó Adira—. ¿Qué mejor forma de complacer a la diosa que servir a la persona que la representa?

—Agradezco tu ayuda, pero quiero que sepas que eres libre de regresar a Menfis cuando lo desees —le recordó Cleopatra.

—Estoy segura de que Isis desea que permanezca a vuestro lado —aseveró Adira mientras ambas comenzaban a caminar de nuevo.

Una vez en el barrio Canopos, famoso por sus numerosos burdeles, avanzaron hasta una de las tabernas. Adira trató de convencer una vez más a Cleopatra sobre lo poco prudente que era acceder a un sitio así.

—No es fácil asustar a la reina de Egipto —declaró ella mientras traspasaba el umbral de la taberna.

Los hombres bebían mientras varias mujeres les incitaban a probar lo que podían obtener a cambio de unas monedas.

Al ver la cantidad de vino y de cerveza que dos muchachas servían por las mesas, Cleopatra pensó en que todas aquellas personas podían acabar incluso con todos los barriles que almacenaban las bodegas del palacio en una sola noche.

—¿Qué opina un hombre como nuestro querido capitán

sobre la situación de la ciudad? —preguntó una mujer mientras se sentaba sobre las rodillas de un apuesto hombre siciliano llamado Apolodoro.

—No me importa quién gobierne mientras no me impida continuar con mis negocios —respondió él. Cleopatra fijó su vista en sus extraños ropajes y trató de adivinar cuáles serían los negocios de los que hablaba. Por su acento, intuyó que aquel hombre era extranjero y la forma de vestir, así como el tono de su piel, indicaban que pasaba largas temporadas navegando.

—Espero que sigas compartiendo tus ganancias con todas nosotras —comentó la mujer al tiempo que besaba los labios del hombre sin ningún tipo de reparo, lo que dejaba claro que no era la primera vez que el marinero acudía a aquel establecimiento.

—A la salud de los Ptolomeos —brindó otro hombre, claramente ebrio—, los sirvientes de Roma.

Adira sujetó el brazo de Cleopatra para impedir que ésta pudiera decir nada.

—Mientras suben nuestros impuestos y nos obligan a pasar hambre —intervino otro—, ellos celebran suntuosas fiestas en palacio en honor de los romanos.

—Deberíamos ir allí y obligar a la reina a que nos devuelva el dinero que reserva para Roma.

—Ptolomeo jamás permitiría que Roma siguiera robando a Egipto. —Cleopatra no daba crédito a lo que escuchaba.

—Ptolomeo destruiría Egipto en un abrir y cerrar de ojos —dijo ella cuando ya no pudo reprimirse más. Sus palabras captaron la atención de todos los presentes, irritando a varios de los asistentes.

—Dejemos que el vino calme nuestros ánimos —señaló Apolodoro después de ver cómo dos hombres se ponían en pie con intención de reprender a la muchacha—. Una ronda gratis a la salud de este pobre pirata siciliano —ofreció mientras se acercaba a Cleopatra y la rodeaba con sus brazos.

—Deberíais mostraros menos atrevida —le susurró

Apolodoro al oído, tratando de evitar un enfrentamieno. Pero Cleopatra no estaba acostumbrada a ese tipo de reacciones y no dudó en abofetear al siciliano.

—No os atreváis a tocarme nunca más —le advirtió ella indignada.

—Puedo disfrutar de la compañía de cualquiera de estas mujeres —señaló él—. ¿Acaso pensáis que sois mejor que ellas?

—¿No os estaréis atreviendo a compararme con ninguna de estas mujerzuelas? —inquirió enfurecida Cleopatra.

—Deberían daros una buena azotaina para rebajar vuestro orgullo —soltó Apolodoro, provocando que Cleopatra perdiera el control nuevamente.

—Tocadme otra vez y os juro que yo misma os cortaré la mano —aseguró la reina mientras Adira trataba de mantenerla a salvo de dos hombres que la miraban de manera desconfiada.

Al ver que el vino no parecía ser suficiente para calmar el ánimo de los presentes, Apolodoro la tomó nuevamente del brazo con la intención de sacarla de allí. Antes de que pudiera hacerlo, recibió un golpe que le hizo desestabilizarse. Adira trató de acercarse a Cleopatra, pero un hombre se interpuso entre ellas.

—Yo te enseñaré qué les ocurre a quienes interrumpen nuestras conversaciones —le advirtió el hombre en tono amenazador.

Cleopatra se mostró dubitativa durante unos segundos, pero la rabia producida por lo que había escuchado le hizo coger una jarra de vino y golpear al borracho. Adira aprovechó la confusión para poner a la reina a salvo y obligarla a correr en cuanto salieron de la taberna.

—Os dije que podría ser peligroso —le recriminó la joven una vez que llegaron a las calles que rodeaban el palacio real.

—Al menos ahora sé lo que opinan los habitantes de esta ciudad —reconoció Cleopatra—. Si el resto de Egipto me retira su apoyo estaré perdida, Adira.

—Isis jamás permitirá algo así —aseguró la joven. Cleopatra contempló sus profundos ojos de color miel y decidió creer en la afirmación de la muchacha que la misma diosa debía de haber enviado para protegerla—. Regresemos al palacio —propuso mientras la cabeza de Cleopatra trataba de buscar las soluciones para arreglar la situación de Egipto.

Apolodoro salió de la taberna y miró a su alrededor, en busca de las dos jóvenes que habían causado aquel alboroto. Aunque había recibido un buen golpe, aquel incidente le había procurado algo de diversión. Sus últimos negocios no habían resultado como él esperaba, pero aquel fortuito encuentro en la taberna le había animado. Por alguna extraña razón, tenía la sensación de que su suerte estaba a punto de cambiar.

9

Arsinoe se detuvo en mitad del pasillo y trató de contener su furia. Era tal la rabia que se había apoderado de ella que temió no poder controlarse y arriesgar la única oportunidad de librarse de Cleopatra.

¿Cómo podía Aquilas haberla humillado de esa manera? Como en las últimas noches, ella había acudido a su lecho, y el capitán había tenido el descaro de decirle que nunca sería como su hermana Cleopatra. Arsinoe también era hija del faraón de Egipto y Aquilas parecía haber olvidado que estaba muy por encima de él. No obstante, ya tendría oportunidad de vengarse cuando fuera la legítima reina.

Si todo salía bien, al amanecer sería ella, y no Cleopatra, quien se sentaría en el trono de Egipto. Pero antes debía representar un último papel del que dependía todo su futuro.

Potino y Aquilas habían esperado con paciencia durante tres años a que el pueblo se levantara en armas contra su hermana. La situación de su país era realmente caótica y no podían esperar más. Sin embargo, no era nada fácil acabar con Cleopatra. Aquella entrometida esclava no se separaba de ella ni un solo minuto. Además, alguien de su confianza probaba toda su comida para evitar un posible envenenamiento, así que ella se había visto obligada a trazar un plan alternativo que les permitiera asesinar a su hermana.

Su hermano Ptolomeo confiaba plenamente en Arsinoe y el niño le había contado los planes de Potino y Aquilas. Arsinoe no era tan ingenua como el pequeño y sabía perfectamente cuáles eran las pretensiones del eunuco. Por eso necesitaba un aliado que garantizase su posición

cuando Cleopatra desapareciera, así que había seducido a Aquilas.

A diferencia de Potino, cuyos instintos masculinos estaban anulados por ser un hombre castrado, el capitán de la guardia real no había podido resistir la tentación de poseer a Arsinoe después de que ella se hubiera insinuado en varias ocasiones. Todos los hombres ansiaban una misma cosa y ella sabía cómo complacerles para ganarse sus favores.

Con la tranquilidad de saber que Aquilas la apoyaría, había ideado la forma de engañar a su hermana. Pero el capitán acababa de cometer un error fatal que no pensaba olvidar.

—«Nunca serás como ella» —repitió Arsinoe, recordando las palabras que habían despertado su enfado. ¿Cómo se había atrevido Aquilas a pronunciar aquella frase?—. Pagarás por cada una de esas palabras —sentenció ella.

Luego se dirigió a la habitación de Cleopatra. Con su intromisión, sobresaltó a Adira, que siempre dormía junto a su señora.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cleopatra, confundida por aquella inesperada visita.

—Debes partir inmediatamente —le indicó Arsinoe con el semblante preocupado.

—¿Abandonar el palacio? —se extrañó Adira—. ¿Qué sentido podría tener hacer algo así?

—Acompáñame —le rogó Arsinoe a su hermana mayor, tomando su mano para ayudarla a decidirse—. ¿Ves a aquellos soldados? —preguntó mientras señalaba, desde la ventana, a un grupo de soldados que se dirigían a aquella parte del palacio—. Nuestro hermano ha ordenado que te apresen —le informó.

—¡Él no tiene autoridad para hacer eso! —exclamó Cleopatra indignada.

—Lamentablemente, cuenta con el apoyo del pueblo y el ejército tan sólo desea evitar enfrentamientos como los ocurridos en el pasado.

—Hablaré con Aquilas —decidió Cleopatra, segura de poder convencer al capitán para que la protegiera.

—Aquilas partió esta misma mañana —mintió ella—. Ptolomeo sabía de su marcha y ha decidido aprovechar su ausencia para sobornar a una parte de la guardia.

—¡Soy la legítima soberana de Egipto! —recordó Cleopatra—. ¡Ellos me deben obediencia!

—Los soldados no quieren levantar las armas contra el pueblo —aclaró Arsinoe.

—Y prefieren hacerlo contra mí —comprendió Cleopatra abatida. Todos los esfuerzos por sacar a Egipto de la crisis que atravesaba habían sido en vano.

—¿Por qué nos avisáis? —le planteó Adira, tan desconfiada como siempre.

—He perdido a mis otras dos hermanas —contestó Arsinoe, intentando que su rostro mostrara tristeza ante la muerte de Berenice y Cleopatra VI—. No quiero perder a ningún miembro más de mi familia.

—Los soldados deben de estar a punto de llegar —comentó Cleopatra mientras buscaba una solución.

—Debéis encaminaros al puerto cuanto antes —señaló Arsinoe—. He dispuesto todo para que una pequeña embarcación os aleje de aquí el tiempo necesario para que Ptolomeo entre en razón.

—¿Abandonar Alejandría? —repitió Cleopatra incrédula. Ahora comprendía cómo debía de sentirse su padre al tener que huir de su propia ciudad para salvar la vida. Pero aquello no era algo definitivo. Tan sólo estaría lejos de Alejandría el tiempo necesario para arreglar aquella situación.

—Quizá deberíais permanecer en palacio y hacer valer vuestra autoridad —remarcó Adira. Ella no únicamente desconfiaba de Arsinoe, sino que tampoco estaba segura de que fuera tan fácil regresar a Alejandría si su hermano conseguía anular su poder.

—Confía en mí —rogó Arsinoe. Luego abrazó a su hermana mientras dirigía una gélida mirada a la sirvienta.

—Mi hermana tiene razón —reconoció Cleopatra—.

Quedarme sería demasiado peligroso —añadió sin mencionar que su padre había vivido la misma situación y, a su regreso, no dudó en castigar a los culpables, algo que ella también pensaba hacer.

—No podemos perder más tiempo —advirtió Arsinoe, dispuesta a dirigir a las dos jóvenes hasta el acceso del puerto que existía en el palacio.

Con gran sigilo, avanzaron por las diferentes dependencias, evitando los lugares custodiados por la guardia real.

—Hay dos guardias en la salida al embarcadero —observó Adira una vez que llegaron a la puerta de acceso al puerto de Alejandría.

—Yo me ocuparé de ellos —se ofreció Arsinoe mientras se esforzaba por ocultar su satisfacción por haber conseguido llevar a las dos jóvenes hasta allí.

—Aún estamos a tiempo de regresar —intervino Adira. Llegar hasta aquella zona del palacio no les había supuesto ninguna dificultad y eso le resultaba sospechoso.

—Es demasiado arriesgado dar marcha atrás —expuso Arsinoe—. La embarcación os llevará a un lugar seguro —agregó—. Yo misma hablaré con Ptolomeo para que recapacite y podáis regresar.

—Acabemos con esto cuanto antes —determinó Cleopatra cuya mente sólo era capaz de pensar en cómo iba a castigar a los culpables de aquella traición.

Arsinoe se limitó a abrazar a su hermana y, segundos después, avanzó hacia los guardias.

—Debéis acompañarme —les ordenó con voz autoritaria—. Ptolomeo reclama vuestra presencia —añadió luego, lo que fue suficiente para que los dos soldados la siguieran hasta palacio.

Una vez solas, Cleopatra y Adira se dirigieron al puerto. En una de las embarcaciones, un hombre les hizo señales para que avanzaran hacia él.

Mientras aguardaba a Cleopatra, Aquilas lamentó el trágico fin que le esperaba a la muchacha. Él había sido entrenado para enfrentarse a la muerte y estaba

acostumbrado a arrebatar vidas. Aun así, preferiría haber encontrado la forma de asociarse con Cleopatra antes que ser el encargado de segarle la vida.

Aunque después de la muerte del faraón, Cleopatra se había mostrado interesada en obtener su apoyo, en los últimos meses había rehusado cualquier acercamiento a él, obligándolo a mantener la alianza con el eunuco. En cuanto a Arsinoe, no suponía para él más que una aventura pasajera, ya que estaba seguro de que Potino se desharía de la muchacha en cuanto Ptolomeo asumiera el poder, al igual que había hecho con la esposa del faraón.

Mientras las jóvenes avanzaban hacia la embarcación, Aquilas les hizo nuevamente una señal para que se apresurasen. Aunque Cleopatra estaba dispuesta a subir en primer lugar, Adira la detuvo para tomar la iniciativa. Aquilas, con el rostro cubierto, tomó su mano y la ayudó a subir a bordo. Luego llegó el turno de Cleopatra, quien se situó junto al capitán en cuanto estuvo en la barca.

—Ya podéis descubriros —le indicó ella, consciente de que aquel hombre debía haberse cubierto el rostro para preservar su identidad en caso de que la guardia les hubiera descubierto.

Aquilas, que sujetaba un puñal en su mano derecha, mantuvo oculta su cara. Después se acercó a la joven hasta estar en condiciones de herirla.

En el momento preciso en que debía asestar el golpe fatal, contempló una vez más el cuerpo de Cleopatra y, sobre todo, su provocativa mirada, que parecía tener el poder de hipnotizarlo. No, él no era capaz de matarla sin haber disfrutado de sus encantos, así que ocultó de nuevo el puñal bajo su ropa. Pero Adira había visto el brillo del arma y comprendió que se trataba de una trampa, por lo que empujó a Cleopatra y la arrojó al agua para salvarle la vida.

Aquilas no esperaba algo así y, antes de que la sirvienta pudiera saltar, tuvo tiempo de sacar nuevamente su puñal y herirla en un costado, haciendo que cayera por la borda.

Cleopatra, que no entendía qué era lo que había

sucedido, permaneció flotando en el agua mientras miraba a su alrededor para intentar localizar a Adira. Aunque no fue capaz de distinguir nada, sus ojos apreciaron que el embarcadero comenzó a llenarse de miembros de la guardia real.

—¡Apresadlas! —gritó Aquilas, enfurecido con el curso que habían tomado los acontecimientos.

Cleopatra, asustada, comenzó a nadar lo más rápido que pudo. Por fortuna, aquella noche no contaba con la presencia de la luna y aquello la ayudó a permanecer oculta entre las aguas del Nilo.

¿Cómo podía haberse dejado engañar de aquella manera? Adira había tratado de advertirle en alguna ocasión sobre Arsinoe, pero ella nunca había escuchado sus consejos. Desde la muerte de sus otras dos hermanas, Arsinoe se había comportado de manera ejemplar consiguiendo que ella olvidara las pequeñas desavenencias del pasado.

Una vez más, la sangre de los Lágidas se volvía en contra de uno de los miembros de la familia. La traición formaba parte de su herencia y ella no debería haberlo olvidado. Si Cleopatra moría, Arsinoe se convertiría en la reina legítima. Sería ella la que contrajera matrimonio con su hermano para poder gobernar Egipto. ¿Cómo podía haber confiado en su hermana? Cleopatra conocía la respuesta. Sin el amor de su padre, esperaba encontrar en Arsinoe alguien a quien querer y en quien apoyarse. Ambas compartían la misma sangre y si ella había confiado en su hermana era porque deseaba con todas sus fuerzas que ésta hubiera cambiado y no fuera la persona caprichosa y ambiciosa del pasado.

Consciente de que no podía permanecer mucho más tiempo en el agua, avanzó con sigilo hasta una zona desde la que pudo subir a una pequeña embarcación. Pero el esfuerzo de trepar hasta la cubierta del barco, gracias a la ayuda de una de las cuerdas que amarraban la embarcación al puerto, consumió las pocas fuerzas que le quedaban.

Hasta ese momento, Cleopatra no se había enfrentado

tan de cerca a la posibilidad de perder la vida. Sus músculos, paralizados por el frío, apenas podían moverse. Si los soldados no la encontraban, moriría igualmente congelada.

—Isis me protegerá —repitió varias veces para intentar mantener la esperanza. Cleopatra sintió que el frío era cada vez más intenso y le dificultaba incluso respirar. Si aquélla iba a ser su última noche, no pensaba morir asustada, así que dejó que su mente dejara de preocuparse por sus perseguidores para pensar únicamente en una persona.

Durante los últimos años, había conseguido olvidar todo lo relacionado con Olimpo. Se había esforzado en prepararse para ser una buena soberana y aquello suponía rehusar a cualquier recuerdo del joven que hacía flaquear sus fuerzas. Sin embargo, en aquel momento, el miedo a perder la vida había conseguido despertar en ella un sentimiento que llevaba años intentando dominar. Ahora, más que nunca, ansiaba ver de nuevo al joven. Deseaba observar aquellos ojos azules y sentir su presencia. No quería morir sin decirle lo que sentía. También deseaba que Olimpo la mirase como hacían los demás hombres y quería descubrir los placeres de los que todas las muchachas hablaban con él.

—¿Qué hacéis en mi barco? —preguntó una voz cercana. Cleopatra, asustada, permaneció unos segundos en silencio—. ¿Es que no sabéis hablar? —insistió el desconocido. Debido a la forma en la que se dirigía a ella, Cleopatra intuyó que no se trataba de uno de los guardias de palacio, lo que tampoco significaba que no estuviera igualmente en peligro.

—Soy Cleopatra —se presentó finalmente con voz autoritaria—. Soy la reina de Egipto y, por lo tanto, me debéis obediencia —añadió a continuación.

—Siento deciros que yo no debo obediencia a ningún soberano —señaló el desconocido, divertido ante las palabras de la joven. Aquella muchacha estaba a punto de morir congelada y, sin embargo, tenía el coraje de mostrarse desafiante—. Imagino que sois la causa de que la

guardia real esté registrando todo el puerto —sugirió—. Estoy seguro de que sabrían recompensarme si les entrego a su preciosa reina —añadió después de acercarse a Cleopatra. Ella reunió todas las fuerzas que le quedaban para levantarse y mirar a aquel hombre como sólo ella sabía hacer.

—No os atreveréis —lo retó ella, reconociendo al hombre que había visto la noche anterior en la taberna. Asustada ante la posibilidad de que él también pudiera identificarla, dio un paso atrás con la intención de que su rostro permaneciera oculto entre las sombras.

—No estéis tan segura —replicó el desconocido, quien también había podido asociar los ojos de aquella joven con los de la insolente muchacha que había causado un gran alboroto en la taberna. Pero si realmente era la reina de Egipto, ¿por qué había acudido a un lugar así?—. Son tiempos inciertos y una buena recompensa garantizaría mi futuro durante varios meses.

—Yo puedo ofreceros todo lo que deseéis —se apresuró a decir ella después de oír que los hombres de la guardia se acercaban a esa embarcación.

—¿En vuestras condiciones? —preguntó él—. Estoy seguro de que vuestros perseguidores me recompensarían en el acto, así que espero que contéis con una razón más poderosa para convencerme —agregó—. ¿Por qué no debería entregaros ahora mismo?

—Porque, al hacerlo, traicionaríais a Egipto —respondió ella.

—Deberíais saber que soy siciliano; en consecuencia, el futuro de Egipto no me incumbe —se apresuró a decir el hombre—. ¿Por qué os persiguen? —quiso saber después, intrigado ante el hecho de que una reina tuviera que huir de su propio palacio pero, sobre todo, ante el hecho de que hubiera frecuentado los ambientes en los que él se movía.

—Mis hermanos me han traicionado —confesó ella mostrando el dolor que sentía por aquella situación.

—Si decido protegeros a cambio de que renunciéis a vuestra condición, ¿aceptaríais conservar la vida? —le

planteó el desconocido, intrigado por la personalidad de aquella joven.

—Jamás —contestó Cleopatra con tal determinación que aquel hombre no tardó en tomar una decisión—. Soy la reina de Egipto y mi deber es dirigir y proteger a mi pueblo, aun cuando mis obligaciones me cuesten la vida —añadió sin saber que aquellas últimas palabras acababan de salvarla. Aquel hombre era un pirata, un mercenario que se ganaba la vida ofreciendo sus servicios a quien pudiera pagarlos, pero valoraba, por encima de todo, el valor y el coraje. Y aquella joven, a pesar de su juventud, poseía ambas cosas.

—Os ayudaré —señaló Apolodoro—. Pero antes os haré una última pregunta —anunció el siciliano—: si me acerco a su majestad, ¿ordenaréis que me corten la mano, tal como me asegurasteis ayer? —planteó él, divertido por el hecho de que el destino obligara a la joven a solicitar su ayuda.

—Os aseguro que aún sería capaz de hacerlo —comenzó diciendo ella—, si alzáis vuestro brazo en mi contra —concluyó.

—No sé si os comportáis como una verdadera reina —se atrevió a decir Apolodoro—, o si por el contrario tentáis demasiado vuestra suerte —rió—. Cubríos con esas telas y no hagáis el menor ruido —le ordenó después de oír que los hombres de Aquilas se disponían a registrar aquella embarcación.

—Seréis recompensando por esta acción —aseguró Cleopatra—. Os lo prometo —añadió mientras se preguntaba que habría sido de Adira—. Hay algo más que me gustaría qué hicierais por mí —agregó Cleopatra ante la atenta mirada de Apolodoro, que escuchó pacientemente su petición. Luego se cubrió con las telas, tal como aquel hombre le había indicado mientras trataba de mantenerse lo más inmóvil posible, consciente de que, una vez más, Isis había permitido que siguiera con vida.

10

Adira se llevó la mano al costado y notó que aún le dolía la cicatriz. Había transcurrido un año desde que aquel hombre estuviera a punto de acabar con su vida en el puerto de Alejandría. Sin duda Isis había velado por ella, dándole las fuerzas necesarias para salir del agua y esconderse junto a una pequeña barca. Luego había perdido el conocimiento y lo siguiente que recordaba era despertarse junto a Cleopatra en el barco que las había transportado hasta Siria. Ahora, ella estaba en deuda con Apolodoro, el hombre que, a petición de la soberana, había conseguido encontrarla en el puerto antes de que lo hiciera la guardia real, salvándola así de una muerte segura.

Apolodoro era un pirata siciliano que se ganaba la vida comerciando con mercancías que obtenía, en su mayoría, al margen de la ley. Pero, hasta ese momento, se estaba comportando de una manera leal. Las había escondido en su nave y, después de burlar la vigilancia de la guardia, había abandonado Alejandría para navegar hasta Siria, donde Cleopatra llevaba un año exiliada.

Desde la traición de Arsinoe, la legítima reina de Egipto se había visto obligada a vivir lejos de Alejandría, a la espera de que su hermano cometiera un error que le permitiera recuperar el trono. Y ese momento había llegado. La carta que Adira llevaba en la mano era la prueba de que, al fin, los dioses habían escuchado sus plegarias.

La sirvienta se apresuró a llegar hasta el lugar donde Cleopatra había establecido su residencia. Ésta tenía un espíritu impaciente y decidido, aunque el año que llevaba exiliada comenzaba a pasarle factura. No obstante, aquella carta suponía una nueva oportunidad y ella estaba segura

de que Cleopatra sabría aprovecharla.

—Un mensajero ha traído esta carta para que os fuera entregada en persona —le informó Adira. Desde su huida de palacio, la sirvienta no confiaba en nadie y había tenido que prometer al mensajero que ella misma entregaría la carta. Sabía que Ptolomeo y Arsinoe no estarían tranquilos mientras Cleopatra siguiera con vida, por lo tanto, no podía arriesgarse a que el mensajero pretendiera en realidad atacar a la reina.

Cleopatra se apresuró a tomar la carta y leyó su contenido con rapidez.

—César desea que me reúna con él en Alejandría —le informó, complacida con el contenido del mensaje.

—Vuestro hermano vigila todas las entradas a la ciudad —señaló Adira—. No hay forma de llegar a palacio sin que os descubra.

—César es mi única oportunidad de recuperar el trono —admitió Cleopatra—. Sin su ayuda, estaré condenada a vivir en el exilio el resto de mis días.

—No creo que su ayuda os sirva de mucho si perdéis la vida en llegar hasta él —remarcó Adira, cuyo deber era proteger a la reina.

—Mi vida no vale nada si continúo alejada de mi hogar —reconoció Cleopatra—. Cada día que paso aquí, siento que mi espíritu se va debilitando. —Adira sabía que tenía razón. El brillo de sus ojos parecía apagarse poco a poco. Cleopatra apenas probaba la comida y se negaba a hablar con nadie, a excepción de con ella y Apolodoro.

—Necesito reunirme con César y conseguir que apoye mi causa.

—¿Creéis que habrá olvidado que prestasteis ayuda militar a Pompeyo? —preguntó Adira preocupada por la posibilidad de que el general romano no respaldara a Cleopatra por esa acción.

—Pompeyo era el protector de mi padre y fue a él a quien el faraón confió su testamento. César debería entender que apoyara su causa —añadió mientras su mirada comenzaba a recuperar su resplandor característico,

dado que estaba segura de que sus palabras lograrían convencer al general romano—. Además, la victoria de César fue una sorpresa para todos.

Al igual que su país, Roma atravesaba un momento de incertidumbre política. Años atrás, César, Pompeyo y Craso habían gobernado juntos creando un Triunvirato. Pero la muerte de Craso y de la hija de César, casada con Pompeyo, había acabado con los nexos de unión entre los dos romanos. El enfrentamiento por el poder había sido inevitable, con la consiguiente victoria de César, a la que sin duda había contribuido el asesinato de Pompeyo en las costas egipcias.

Potino había querido ganarse el apoyo de César y había ordenado asesinar a Pompeyo. El romano había pretendido refugiarse en Egipto pero, en vez de conseguir la protección que buscaba, había hallado la muerte. César había acudido a Alejandría en persecución de Pompeyo y ahora residía en su palacio.

—Temo que este incidente tenga consecuencias en Roma —reconoció Cleopatra, ya que la esposa de Pompeyo, Cornelia, presenció cómo traicionaban al romano antes de poner de nuevo rumbo a la ciudad—. No puedo permitir que los romanos utilicen este suceso en su propio beneficio.

—César es Roma y Roma es César —aseguró Adira—. Bastará con que convenzáis a una sola persona de las maravillas que esconde esta tierra para que Roma deje de ser una preocupación para Egipto.

—Por eso es absolutamente necesario que pueda reunirme con el general romano para conseguir su apoyo —señaló Cleopatra—. Tiene que haber una forma de burlar la vigilancia de mi hermano.

Mientras su cabeza analizaba todas las posibilidades, Apolodoro entró en la habitación.

—Me alegra comprobar que mi reina ha decidido tomar la iniciativa —exclamó él sólo con ver el brillo de los ojos de la egipcia.

—César desea reunirse conmigo —confesó ella. Apolodoro no únicamente le había salvado la vida, sino que

se había comportado como un verdadero amigo durante los dos últimos años, por lo que Cleopatra confiaba plenamente en aquel hombre. Ella sabía que, al protegerla, había perdido una buena oportunidad de ganar dinero. Por eso valoraba más su actitud y pensaba recompensarlo cuando recuperase el trono—. Tengo que regresar a Alejandría —anunció, incapaz de encontrar el modo de llegar sana y salva a palacio.

—Todas las entradas a la ciudad están protegidas por soldados —le informó Apolodoro. Él había regresado en dos ocasiones a la ciudad para atender ciertos negocios y había podido comprobar las estrictas medidas de seguridad establecidas por Ptolomeo para evitar el regreso de su hermana.

—Y el acceso por mar resulta aún más peligroso —apuntó ella, ya que conocía perfectamente los controles que cualquier barco debía superar para atracar en el puerto.

—Pero el palacio necesitará provisiones de comida... —señaló Adira.

—Estoy segura de que Arsinoe también permite la llegada de barcos de Oriente para tener en sus manos las mejores telas —añadió Cleopatra, imaginando cómo su hermana se engalanaba con sus túnicas más refinadas para provocar a César. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que las mujeres y las piezas de calidad eran dos de las cosas más apreciadas por el romano. Si su hermana Arsinoe lograba el apoyo de éste, no podría hacer nada por recuperar el trono y eso era algo que no podía permitir.

—Entonces, ¿crees que sería posible acceder al puerto de Alejandría? —preguntó Cleopatra a Apolodoro.

—Sí —afirmó el siciliano después de meditar las posibilidades de éxito—, siempre y cuando viajemos en una pequeña embarcación.

—Aunque consiguierais llegar a la ciudad —se apresuró a decir Adira—, nunca podríais burlar la vigilancia del palacio.

—Apolodoro tiene negocios con muchos de los hombres de la guardia real —remarcó la reina recordando

lo que él mismo le había contado—. Su presencia no extrañaría mucho a ninguno de los guardias.

—Pero sí la vuestra —replicó Adira, cada vez más preocupada por la decisión de su señora de regresar a Alejandría.

Cleopatra se acercó a la venta mientras rogaba a Isis que le mostrara alguna forma de burlar la vigilancia de su hermano y contempló cómo descargaban la mercancía transportada por Apolodoro en su último viaje.

—Las mejores alfombras de Persia —señaló éste después de ver que Cleopatra observaba con atención su última adquisición.

—¿Crees que una de esas alfombras sería lo suficientemente grande como para albergar a una persona en su interior?

—¿Alguien de vuestro tamaño? —inquirió Apolodoro sonriendo al comprender las intenciones de Cleopatra.

—¡Es una locura! —protestó la sirvienta—. ¡Os asfixiaríais antes de llegar al palacio!

—Te equivocas —repuso Cleopatra, entusiasmada con el plan que acababa de idear—. Viajaremos en una pequeña embarcación hasta llegar a Alejandría, confiando en que Isis nos permita llegar a la ciudad sin contratiempos —expuso—. Luego Apolodoro me ayudará a introducirme en la alfombra y él mismo se encargará de llevarme hasta palacio. César no renunciará a un regalo tan apreciado como éste.

—Sin duda es un plan arriesgado —reconoció el italiano—, pero estoy dispuesto a intentarlo —afirmó acto seguido ante la mirada horrorizada de Adira, quien no daba crédito al plan trazado por aquellos dos insensatos. ¿De verdad pensaban que tenían alguna posibilidad de entrar en el palacio?

El mero hecho de llegar con vida al puerto de Alejandría ya era improbable pero, conseguir que los guardias le dejaran acceder a los aposentos de César con una alfombra cargada sobre sus hombros… aquello era prácticamente imposible.

—Prepáralo todo —ordenó Cleopatra aApolodoro—. Partiremos al atardecer y, antes de que anochezca, estaré de vuelta en Alejandría —aseguró mientras su cabeza comenzaba a pensar en los argumentos que utilizaría ante el romano que pretendía convertirse en el amo del mundo. Puede que aquel hombre estuviera acostumbrado a someter a las naciones sin dificultad, pero aquél no iba a ser el caso de su país. Ella era descendiente del mismísimo Alejandro Magno y la representación de la diosa Isis en la Tierra así que haría prevalecer su condición.

«Ni Egipto, ni mucho menos su reina, se rendirán a los pies de César», pensó Cleopatra, sin saber lo equivocada que estaba.

11

Cleopatra dedicó unos segundos a contemplar el resultado final del laborioso trabajo que había realizado durante los últimos minutos. Ella misma se había encargado de aplicar sobre su rostro los productos necesarios para estar resplandeciente.

Su pueblo llevaba años utilizando todo tipo de sustancias para embellecer la piel del rostro y del resto del cuerpo. El clima de Egipto era cálido y seco, por lo que sus antepasados habían tenido que recurrir a los cosméticos para protegerse de los efectos del sol.

Ella sabía que los primeros egipcios maquillaban sus ojos para evitar las dolencias. El hecho de oscurecer los párpados protegía los ojos de la luz del sol y los aceites perfumados humedecían la piel, devolviéndole su tersura y flexibilidad. Sin embargo. Cleopatra había aprendido a utilizar esos productos para remarcar los rasgos del rostro en su propio beneficio. Al igual que la mayoría de las mujeres de Egipto, usaba una máscara negra llamada kohl para dibujar el contorno de los ojos y acentuar la forma almendrada de los mismos. Éste se obtenía de la piedra de la galena y, según se prensara el mineral, se obtenía de una tonalidad más o menos oscura. Ella usaba también otra máscara de color verde que resaltaba más aún el color de sus enormes ojos.

Cuando terminó de maquillarse, Adira entró en la habitación con la túnica que llevaría en su primer encuentro con el romano.

—¿Cómo crees que será César? —preguntó Cleopatra mientras Adira la ayudaba a vestirse.

—Todo el mundo alaba su valor e inteligencia —respondió ella, complacida ante la forma en que aquella

fina túnica blanca de muselina resaltaba el tono dorado de la piel de la reina.

—Me refiero al hombre que se esconde bajo el título del mayor conquistador de Roma —puntualizó ésta.

—¿Por qué pensáis que son dos personas distintas? —inquirió la sirvienta mientras colocaba alrededor de la cintura de su señora un cordón dorado que serviría para resaltar aún más la espléndida figura de la joven.

—Estoy segura de que no puede ser un hombre tan disciplinado y seguro de sí mismo como cuentan.

—César se ha pasado luchando los últimos años —comentó Adira—. Puede que el hombre autoritario y deseoso de ampliar sus conquistas no sea un disfraz, sino que realmente refleje su verdadera personalidad.

—Todo el mundo tiene alguna debilidad, Adira —objetó Cleopatra—. No creo que César sea diferente —añadió mientras la joven comenzaba a peinar su oscuro pelo. Cleopatra había decidido no recoger su melena porque estaba segura de que así impresionaría más fácilmente al romano—. Encontraré la forma de ganar la confianza de César.

—Por lo que he oído, la forma más fácil de acceder a él es compartir su lecho —señaló la sirvienta para tratar de adivinar cuáles eran las verdaderas intenciones de la reina —. César está acostumbrado a conquistar nuevos dominios. Me pregunto si también gozará de los favores de sus soberanas.

—Teniendo en cuenta todos los romances que se le atribuyen —dijo Cleopatra—, el interés por sus conquistas no es demasiado duradero. Te aseguro que no ocurrirá lo mismo conmigo —se apresuró a aclarar. Pretendía convencer a César de que la apoyara, pero esperaba hacerlo sin tener que entregarle un don tan preciado. Además, ella tenía otras muchas cualidades capaces de mantener la atención de un hombre.

Por un momento, las dudas comenzaron a asaltarle. En caso de que fuera necesario, si su país corriera peligro, ¿estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por salvarlo? Su

vida no valía nada sin Egipto. Aun así, se resistía a llegar tan lejos. Ella confiaba en poder seducir a César con su ingenio y no con su cuerpo.

—En Roma dicen que desciende de la misma diosa Venus —comentó a continuación, intentando así no dar la oportunidad a Adira de que cuestionara sus actos—. Los romanos aseguran que su genealogía se remonta a la diosa romana.

—Eso no debería impresionaros —advirtió Adira—. La reina de Egipto es la personificación de la diosa Isis. César no puede competir contra Cleopatra —le susurró al oído—, porque, con toda seguridad, perderá esa batalla —agregó después de comprobar el resultado final.

Cleopatra estaba deslumbrante. Su rostro, el tono de su piel, las insinuantes curvas de su cuerpo... Puede que César fuera el soldado más valiente, pero también era un hombre y no podría pasar por alto los encantos de quien, en esos momentos, parecía la viva reencarnación de una diosa.

La reina sintió cómo se detenía la barca y agradeció a Isis que le hubiera permitido llegar con vida al puerto de Alejandría. Según lo planeado, habían atravesado de noche el bloqueo de Aquilas y bordeado la costa hasta llegar a la capital egipcia.

Aunque habían retrasado todo lo posible el momento de introducirse en el interior de la alfombra, Cleopatra tenía la sensación de llevar demasiado tiempo en aquel escondite. Apenas podía respirar y sentía un calor espantoso. Todos sus esfuerzos por aparecer espléndida a los ojos de César habían resultado en vano porque estaba segura de que su rostro ya no conservaba ni una sola gota del maquillaje que pretendía mejorar su aspecto. En cuanto a su perfume, cuidadosamente escogido, habría quedado enmascarado por el fuerte olor de la alfombra. Pero ella contaba con otras cualidades y no dudaría en recurrir a ellas para lograr que el romano apoyara su causa.

Cleopatra oyó voces y supuso que Apolodoro debía de

estar conversando con los guardias que vigilaban el puerto, así que intentó relajarse para disminuir el peso que el siciliano debía transportar sobre sus hombros. Además, si se mantenía demasiado rígida, corría el riesgo de que el aspecto de la alfombra resultase sospechoso.

Tal como esperaban, Apolodoro conocía a varios de los hombres encargados de vigilar esa zona de la ciudad y no tuvo problemas para continuar su camino hacia el palacio real.

Aunque era un plan de lo más descabellado, él no había dudado a la hora de brindar su ayuda a Cleopatra. Desde su primer encuentro, Apolodoro percibió que aquella joven era especial. Cleopatra era valiente, inteligente y muy osada. No temía enfrentarse a su destino, por muy desalentador que éste se presentase. Prueba de ello era el plan que había trazado para reunirse con César. Ambos sabían que las posibilidades de llegar hasta sus aposentos eran escasas y, aun así, ella había preferido arriesgarse a permanecer esperando en Siria.

Él mismo le había dicho a Cleopatra que no tenía patria y, por lo tanto, no servía a nadie más que a sus propios intereses. Pero el entusiasmo de aquella joven le recordaba una etapa de su vida, ya muy lejana, en la que el peligro y el riesgo eran sus compañeros. Por eso, si todo salía según lo planeado, estaba dispuesto a que Cleopatra fuera la primera reina a la que serviría.

—Traigo un presente para César —informó Apolodoro en cuanto llegó a una de las puertas de acceso al palacio.

—Puedes dejarlo aquí —señaló uno de los guardias—. Nosotros nos encargaremos de que le sea entregado.

—Mis órdenes son dárselo en persona —insistió él—. Me azotarán si no me aseguro de que llegue a César esta misma noche.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó un oficial romano después de escuchar la conversación.

—Este hombre tiene un presente para César —informó el guardia—, pero tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie al interior del palacio.

—¿Quién lo envía? —quiso saber el romano.

—Cleopatra, la reina de Egipto —contestó Apolodoro, esperando que aquellas palabras hicieran, al menos, dudar al oficial.

—No creo que sean horas de importunar a César —opinó—. Deja aquí la alfombra y mañana se la entregaré personalmente.

—Si quieres conservar tu cargo —se atrevió a decir Apolodoro—, harías bien en conducirme ante César —insistió, dado que aquélla era su última oportunidad.

El oficial, que pareció dudar unos segundos, miró fijamente la alfombra que Apolodoro sujetaba sobre los hombros antes de tomar una decisión.

—Acompáñame —le indicó finalmente para alivio del siciliano.

Apolodoro lo siguió a través del palacio hasta los antiguos aposentos de Cleopatra, lugar escogido por César para alojarse.

A esas horas de la noche, el romano caminaba de un lado a otro de la habitación, tal como hacía cuando pensaba. El asesinato de Pompeyo aún no había sido vengado y él no pensaba abandonar Egipto sin que todos los culpables pagasen por su osadía. Pero antes tenía que solucionar el enfrentamiento entre los dos hermanos.

César deseaba conocer a Cleopatra. Aún recordaba la primera vez que escuchó ese nombre de labios del mismo faraón de Egipto. Durante los últimos días había oído todo tipo de comentarios sobre la reina y ansiaba comprobar por sí mismo si eran ciertos. Los varones de la dinastía Lágida parecían heredar ciertos rasgos comunes que él mismo había observado en los tres últimos Ptolomeos. Por eso se preguntaba si Cleopatra se parecería a ellos o si, por el contrario, poseería la misma belleza de su hermana pequeña.

—Un hombre desea entregaros un presente de la reina —le anunció el oficial romano, temiendo la reacción de César por importunarle de aquella manera.

—¿De Cleopatra? —preguntó él intrigado—. Hacedlo

pasar ahora mismo —ordenó.

Apolodoro pasó al interior y, sin decir una sola palabra, depositó la alfombra en el suelo. César tenía un gusto refinado y observó el presente atentamente. Aunque la alfombra era de una excelente calidad se sintió decepcionado.

Apolodoro se apresuró a desenrollar la alfombra sobre el suelo hasta que el cuerpo de una joven, cubierto únicamente por una fina tela de seda, apareció ante ellos.

—Bienvenido a mi palacio —dijo Cleopatra mientras trataba de mantener la compostura por la falta de aire.

Al escuchar el modo en que la reina había pronunciado esas palabras, remarcando que aquel lugar le pertenecía, César se echó a reír por su atrevimiento.

—Os esperaba —admitió, confundiendo a Cleopatra. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso su arriesgado plan no había logrado sorprenderlo? Pero el semblante del romano contradecía sus palabras. Él sabía que, si todo lo que había escuchado sobre la reina era cierto, ésta encontraría la forma de llegar a Alejandría. Aun así, aquel gesto le había pillado totalmente por sorpresa.

César hizo una señal al oficial romano para que se retirara y Cleopatra se vio obligada a prescindir de la presencia de Apolodoro.

—¿Cuáles son vuestras intenciones? —preguntó la joven una vez solos.

César, que no podía apartar la mirada de ella, se mantuvo en silencio unos segundos. Aquella mujer no sólo era muy atractiva, sino que era valiente y decidida y eso hacía que le gustara todavía más.

—Como ya sabréis, vuestro padre confió en Roma para hacer cumplir su testamento —respondió—. Yo represento la máxima autoridad romana y, por lo tanto, deseo la reconciliación de los dos reyes de Egipto —añadió a continuación sin convencer del todo a Cleopatra. Ella estaba segura de conocer la verdadera razón por la que continuaba en Alejandría—. Además —prosiguió—, recordaréis que vuestro padre prometió una buena suma de

dinero a Roma como pago de nuestra protección, por lo que también deseo cobrar esa deuda en nombre de la República.

Cleopatra no mostró la menor sorpresa al escuchar esas palabras.

—Os garantizo que Roma recibirá su dinero —aseveró ella—. Pero sólo podré asegurarme de que Egipto salda sus deudas si vuelvo a recuperar el trono.

—¿Acaso pensáis que no puedo llegar a un entendimiento con vuestro querido hermano? —inquirió él para provocarla.

—Los últimos acontecimientos deberían haberos enseñado la clase de trato que podéis esperar de Ptolomeo —se apresuró a decir ella, enojada ante el comentario de César—. Pienso recuperar mi trono —añadió después—, con o sin vuestra ayuda.

César miró divertido a la joven. El hecho de que estuviera tan segura de sus posibilidades de éxito le pareció osado, sobre todo porque Cleopatra no contaba con ningún ejército que luchara por sus intereses. Aunque ella había encontrado la forma de burlar la vigilancia de su hermano, y de una persona que actuaba así podía esperarse grandes logros.

Afortunadamente para Cleopatra, él había tomado una decisión sobre el conflicto antes incluso de conocerla. Roma estaba por encima de cualquier apreciación personal, como probaba el hecho de que se hubiera enfrentado a Pompeyo, al que consideraba como un hermano. Pero, en aquella ocasión, le agradaba que los planes de Roma favorecieran a aquella joven.

Cleopatra observó la forma en que César la miraba y, lejos de ruborizarse, intentó mantener la compostura. Era totalmente diferente a como ella le había imaginado. Era alto, delgado y el color de su piel, ligeramente bronceada, dejaba claro que había pasado numerosas jornadas expuesto al sol.

A pesar de sus cincuenta y dos años de edad, César era un hombre ciertamente atractivo. Y el hecho de que hubiera logrado gestas sólo comparables a las de Alejandro

Magno, le conferían un poder de seducción especial. Sí, aquel hombre estaba muy por encima de cualquier otro que hubiera conocido.

—Podéis estar tranquila —la tranquilizó César—. Pienso asegurarme personalmente de que recuperéis vuestra posición de inmediato.

—Egipto estará una vez más en deuda con Roma —señaló ella, sin poder ocultar la satisfacción producida por las palabras del general romano.

Después de un año de exilio, volvía a estar en Alejandría. Muy pronto sería ella y no Ptolomeo la que dirigiera el destino de su pueblo.

—Espero que vuestra estancia os esté resultando agradable —dijo Cleopatra, ya más relajada y fijando su vista en el faro, dado que desde aquella estancia se obtenía una vista increíble del mismo—. Sois un hombre que ha conquistado medio mundo pero decidme, ¿habéis visto alguna vez algo tan increíble?

—Si os soy sincero —reconoció él—, la belleza de Alejandría no deja de sorprenderme.

—¿Veis las cuatro estatuas situadas en lo alto? —preguntó Cleopatra. César asintió con la cabeza—. Una señala la trayectoria del sol —le explicó—. La segunda indica la dirección del viento y la tercera anuncia las horas del día.

—¿Y la cuarta? —inquirió intrigado César.

—Da la alarma si aparece una flota enemiga —respondió Cleopatra al romano, quien se había colocado tan cerca de ella para contemplar las estatuas que pudo sentir su respiración—. ¿Habéis tenido ocasión de visitar nuestra biblioteca? —le planteó después.

—Esperaba el momento oportuno de hacerlo —contestó César—. Ahora que la reina ya no tiene motivos para abandonar el palacio, espero que ella misma me muestre los tesoros de esta ciudad.

—¿Significa eso que estáis dispuesto a cederme de nuevo mis aposentos? —inquirió ella, consciente de que ambos iban reduciendo la distancia existente entre sus

cuerpos.

—Yo estaba pensando más bien en compartirlos... —sugirió César mientras acariciaba el cuello de la joven.

Cleopatra no estaba acostumbrada a mantener contacto físico con otras personas y no pudo evitar separar su cuerpo de la mano de César.

—¿Acaso mi presencia no le resulta agradable a la reina de Egipto? —preguntó él, extrañado por la reacción de la joven. Cleopatra fue incapaz de responder nada. Estaba tan nerviosa que, por primera vez en su vida, no pudo pronunciar una sola palabra. Aunque siempre se había sentido preparada para enfrentarse a cualquier peligro, acababa de comprender que en aquel momento se sentía totalmente indefensa.

La mirada de César dejaba claro qué era lo que deseaba. Ella se sentía preparada para desnudar su cuerpo, pero ¿realmente era capaz de desnudar su corazón frente a aquel hombre? Su pasado le había obligado a ser fuerte, a levantar una barrera que le protegiera de todo lo que sucedía a su alrededor. Todos conocían a la reina de Egipto, pero eran muy pocos los que conocían a la verdadera Cleopatra. Seguir adelante con lo que el romano le proponía implicaba despojarse de ese escudo y mostrarle quién era. Y eso le asustaba más que cualquier peligro al que se hubiera enfrentado nunca.

—¿Deseáis que os deje sola? —quiso saber César después de comprender qué era lo que le preocupaba a la joven.

—Todo lo contrario —confesó ella después de un largo silencio, tomando la mano del romano y colocándola nuevamente en su cuello.

Cleopatra percibió que el tacto de su mano era suave y delicado. César recorrió con uno de sus dedos el hermoso rostro de la reina para detenerse en sus apetecibles labios. Ella comprobó que aquellas caricias, al contrario de lo que había pensado, no le producían rechazo, sino una sensación placentera. Luego pensó en Adira y en si ésta aprobaría su comportamiento. Pero ella era la reina de Egipto y no tenía

que rendir cuentas ante nadie. Únicamente deseaba que César continuara acariciando su cuerpo como lo hacía en ese momento. No obstante, no fue el recuerdo de Adira sino el de otra persona el que la hizo dudar de nuevo. Aunque no quisiera reconocerlo, siempre pensó que sería Olimpo el primero en besar sus labios, en descubrir los placeres ocultos de su cuerpo... Por eso, cada vez que César le tocaba sentía que traicionaba a su corazón. Pero Olimpo había desaparecido de su vida. Durante los últimos diez años, no había sabido absolutamente nada de él. Era César y no su antiguo amigo el que la miraba con pasión. Entonces, ¿por qué no podía olvidarse del egipcio y dejar que el romano la amara?

Antes de que tuviera tiempo de pensar en lo que estaba sucediendo, César la atrajo hacia sí y, segundos más tarde, la besó. Cleopatra, que era la primera vez que sentía el contacto de los labios de un hombre, dejó que su cuerpo respondiera al beso. Los labios de César eran cálidos y buscaban insistentemente los suyos. A continuación, sus brazos la rodearon por completo, y Cleopatra sintió que César aumentaba la presión que ejercía sobre su cuerpo al tiempo que sus besos se hacían más intensos. Segundos después, él la despojó de su túnica y observó maravillado el cuerpo de Cleopatra mientras se preguntaba si estaría ante la diosa Venus y no ante una simple mortal.

Cleopatra también dedicó unos segundos a contemplar el cuerpo del romano. Los hombros cuya fuerza había podido sentir mientras la abrazaba, se estrechaban en las caderas que daban paso a unas piernas largas y musculadas. Cuando fue consciente de que quería sentir aquel cuerpo de nuevo, Cleopatra comprendió que César había conseguido derribar todas las barreras que le impedían entregarse a él.

Él le tendió la mano para que le acompañase hasta el lecho. Ella sabía que César la deseaba desde el primer momento en que la había visto salir de aquella alfombra. Percibía cómo ansiaba tenerla cerca. Si era capaz de conquistarle, tendría a Roma a sus pies y Egipto no tendría que preocuparse de mantener una alianza a costa del sudor

y trabajo de su pueblo. Sin embargo, en aquel momento, eso no le preocupaba. Las caricias y los besos de César habían despertado un deseo en su interior que no podía controlar.

César era un hombre atractivo, inteligente y muy poderoso. A pesar de que estaba segura de que deseaba tomarla rápidamente, se comportaba de una forma dulce y delicada, de manera que se acercó nuevamente a él. Después dejó que la estrechara entre sus brazos mientras ella buscaba sus labios con la firme intención de que el amor de aquel hombre pudiera protegerla de su hermano y borrara cualquier recuerdo de Olimpo de su corazón y de su mente. Pero, sobre todo, con el deseo de que el sentimiento que acababa de nacer en ella pudiera hacerla feliz.

12

Cleopatra se despertó y sonrió al ver de nuevo la imagen del faro desde su ventana. ¡Cómo había echado de menos aquella ciudad!

Después de un año era como un sueño volver a disfrutar de la comodidad de sus aposentos. Aun así, lo que realmente le parecía mentira era lo que había sucedido el día anterior.

A lo largo de toda la noche, César la había amado con tal intensidad que había conseguido disipar cualquier duda sobre si aquel hombre merecía un privilegio tan grande como el que ella le había ofrecido. Aunque estaba segura de que él había apreciado su inexperiencia, él la había guiado con paciencia para descubrirle un mundo totalmente desconocido para ella.

Su rostro se ruborizó al recordar los momentos de placer, lo que no hizo sino aumentar su deseo de disfrutar nuevamente junto al romano. Ella quería sentir otra vez cómo aquel hombre poseía su cuerpo, quería experimentar todo lo que llevaba años esperando descubrir.

—Espero que hayas pasado una buena noche —comentó César nada más apreciar que estaba despierta. Cleopatra asintió con la cabeza sin saber si él se refería a su plácido descanso o a las horas que habían compartido juntos. Mientras él terminaba de colocarse la toga púrpura, propia de los senadores de Roma, Cleopatra lo miró fijamente y tuvo la sensación de que su atractivo había aumentado desde la noche anterior. Aquella vestimenta le otorgaba un aspecto más distinguido que el uniforme con el que lo había visto a su llegada a palacio.

Hacía tan sólo un día estaba exiliada en Siria y ahora compartía lecho con el amo del mundo. Eso le hacía

sentirse poderosa. Estaba deseosa de recuperar sus funciones. Tenía muchos planes para convertir Egipto en un país tan poderoso como la propia Roma y para ello necesitaba la ayuda del hombre que la había amado con pasión durante toda la noche.

Al ver que César estaba ya vestido se preguntó cuál sería el motivo por el que habría abandonado el lecho tan temprano. ¿Acaso su compañía no le resultaba tan placentera como ella creía? Al fin y al cabo, la fama de conquistador de César no se debía únicamente a los territorios anexionados a Roma, sino a su afición a las mujeres. Pero los ojos del romano aclararon sus dudas: la miraba con más deseo que la noche anterior. Ansiaba tomarla de nuevo, respirar su perfume, sentir el latido de su corazón... Entonces, ¿por qué no acudía junto a ella?

La puerta de la habitación se abrió y las dudas de Cleopatra se disiparon por completo.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó Ptolomeo, sin poder creer lo que sus ojos veían. Potino, situado detrás del pequeño, no acertó a pronunciar una sola palabra, a pesar de que su rostro parecía más sorprendido que el del propio rey.

»¿Qué extraña magia has utilizado para poder entrar en palacio? —insistió Ptolomeo, cuya rabia no hacía sino aumentar.

—Me alegra ver que la reina de Egipto está sana y salva —consiguió decir el eunuco después de comprender que aquella joven, dadas las circunstancias, contaba con el favor de César. Pero Ptolomeo no era más que un niño y no pudo ocultar su malestar por la inesperada presencia de su hermana y más aún porque estuviera desnuda en la cama de César.

—¡Traición! —exclamó el faraón mientras abandonaba aquella estancia con la intención de gritar a todos los ciudadanos de Alejandría cuál había sido el comportamiento de su hermana.

César hizo un gesto a sus soldados para que detuvieran al muchacho, pero éste tuvo tiempo de llegar a una de las

puertas del palacio. Allí, ante varias decenas de personas, se quitó la diadema real y la arrojó al suelo mientras profería todo tipo de insultos hacia su hermana.

Antes de que el espectáculo tuviera mayores consecuencias, dos soldados romanos obligaron a Ptolomeo a regresar ante la presencia de César.

Potino, que durante la ausencia de su protegido no había podido apartar la mirada de Cleopatra, se acercó al rey para que comprendiera que no tenían más remedio que mostrarse cordiales. Cleopatra había demostrado que poseía más astucia de lo que él hubiera imaginado. No sólo había conseguido regresar a Alejandría, sino que había encontrado el modo de entrar en palacio y seducir a César. Sin duda, había subestimado a aquella joven y eso le costaría a Ptolomeo el gobierno de Egipto.

—No hay motivo para que desconfíes de tu hermana —fue lo primero que le dijo César a Ptolomeo—. Ella será tu futura esposa —añadió a continuación.

Aquellas palabras desconcertaron a Cleopatra.

—¡Jamás! —exclamó Ptolomeo mientras su hermana pensaba que aquello era lo mismo que ella habría gritado de no tener ocho años más que el muchacho. ¿Cómo era posible que se hubiera dejado engañar de aquella manera? ¿Acaso había sido tan ingenua como para pensar que César intercedería en su lugar?

—El rey está un poco confuso por el inesperado regreso de la reina —señaló Potino—. Egipto se alegrará de recuperar a sus dos soberanos —agregó antes de indicar a Ptolomeo que era el momento de abandonar aquel lugar.

Una vez solos, César observó el rostro enfadado de Cleopatra.

—Espero que la reina comprenda la necesidad de hacer cumplir la voluntad de su padre —señaló él—. Ptolomeo confió a Roma su testamento para que éste fuera cumplido a su muerte.

—Mi padre confió esa labor a Pompeyo —se apresuró a decir ella, tratando de contener su rabia. ¿Cómo pretendía aquel hombre que comprendiera lo que acababa de hacer?

—Y Pompeyo confió en Egipto, algo que le causó la muerte —repuso César para recordarle el peligro que suponía aliarse con un Lágida. Luego observó cómo Cleopatra abandonaba el lecho y sus ojos fueron incapaces de negar los sentimientos que aquel cuerpo le despertaba. Ella se volvió para buscar su túnica y sonrió complacida ante la reacción del general romano. Ahora estaba segura de que todo lo que había sucedido entre ellos la noche anterior, así como las palabras de amor de César, eran reales.

—Espero que el César comprenda —dijo ella mientras se alejaba del romano— que la reina deba ausentarse para encargarse personalmente de los preparativos de su boda —añadió finalmente mientras se disponía a abandonar la habitación ante la mirada sorprendida de César. No en vano, lo que había sucedido esa misma mañana le aclaraba que, por el momento, los intereses de Roma prevalecían por encima de los suyos en el corazón de aquel hombre. Pero ella era Cleopatra, la reina de Egipto, y también estaba segura de poder cambiar ese orden en muy poco tiempo.

13

Cleopatra sumergió su cuerpo por completo y dejó que el agua borrara cualquier huella de su exilio en Siria. Luego observó los cientos de pétalos de flores que flotaban sobre la superficie y sólo entonces fue consciente de cuánto había echado de menos las comodidades del palacio.

Antes de su huida, las obligaciones inherentes a su cargo así como la preocupación por lo que la muerte del faraón suponía le habían impedido disfrutar de momentos como aquél. Pero hacía una semana que el trono de Egipto había regresado a sus manos y ella debía estar más hermosa que nunca para mantener la atención de quien le había ayudado a recuperarlo.

Cleopatra sabía que su hermana Arsinoe la superaba en belleza, cualidad muy apreciada para César. Por eso debía esforzarse en acaparar todo el interés del romano, ya que su hermana continuaba en palacio, seguramente a la espera de una oportunidad que la permitiera arrebatarle el poder nuevamente, tal como había intentado un año atrás. Afortunadamente, Cleopatra contaba con los medios necesarios para esa empresa. Los conocimientos heredados de su pueblo y de su propia experiencia le proporcionaban una excelente ayuda para que su cuerpo se mostrara resplandeciente y deseable en todo momento. Y su dominio sobre diferentes materias, fruto de sus años de estudio en el Museion, le convertían en una excelente compañía para alguien como César.

No era ninguna ingenua y conocía la reputación amorosa del romano. Ella jamás aceptaría convertirse en una más de sus amantes ni pensaba dejar que él decidiera por sí solo el destino de su país. Egipto no era una provincia de Roma, por lo que debía dejarle claro cuáles eran las

condiciones que ella imponía desde el principio, sobre todo después de que él hubiera anunciado su matrimonio con Ptolomeo sin ni siquiera consultarle su opinión.

Mientras pensaba en el futuro que le aguardaba junto a César, una esclava se acercó a ella para anunciarle la inminente llegada del romano.

—Uno de mis hombres me ha informado de que la reina solicitaba mi presencia con urgencia —explicó él nada más cruzar los límites de aquella parte del palacio reservada para los cuidados de la reina.

—Deseaba tratar un asunto que requiere de vuestra intervención —reconoció ella.

—¿Y creéis que éste es el lugar apropiado para hacerlo? —inquirió César, intuyendo las intenciones de la reina, dado que era incapaz de apartar la mirada de la joven que se mostraba semioculta bajo un manto de agua y flores.

—He revisado las condiciones de la deuda que pesa sobre Egipto y deseo informaros de que lo que Roma pide es inaceptable —señaló Cleopatra, indignada ante las peticiones de los romanos.

—Os recuerdo que fue vuestro padre quien se comprometió a pagar a Roma por devolverle el trono que, gracias a mí, ahora ocupa su hija.

—Y yo os recuerdo también que esa deuda estaba firmada por Pompeyo —le recriminó ella.

—Lamentablemente, Pompeyo tuvo la mala fortuna de viajar a esta tierra

—¿También consideráis que vuestro viaje a Egipto es fruto de la mala fortuna? —inquirió ella, utilizando las mismas palabras.

—En absoluto —contestó él con toda seguridad—. Aunque bien podría decirse que la reina de este país trata de poner a prueba las habilidades de César.

—¿Eso creéis? —preguntó Cleopatra, dejando que su mano jugueteara con las flores, un gesto que hizo que se mostrara parte de su cuerpo desnudo.

—Quizá la reina encuentre oportuno compartir su baño

—sugirió el general romano, incapaz de dominar sus sentimientos por más tiempo.

—¿Consideráis apropiado hacer ese tipo de proposiciones a una mujer que va a desposarse esta misma mañana? —ironizó ella, dispuesta a jugar un poco más con el romano. Pero pronto se dio cuenta de que a ella también le costaba mantenerse alejada de él. Si cedía a lo que su corazón y su cuerpo le pedían, corría el riesgo de que perdiera el interés por verla. Debía ser fuerte. Si César, al igual que le ocurría a ella, sentía que cada día que pasaba aumentaban sus deseos de compartir sus vidas, ya tendrían tiempo de disfrutar de momentos como aquél.

—Cuando me conozcáis mejor —replicó él—, sabréis que todo lo que hace César es apropiado.

—¿Incluso tratar de hacer creer a la reina de Egipto que os interesa su seguridad?

—Si no fuera así, tened claro que, en este momento, Alejandría estaría a punto de celebrar la unión de Ptolomeo y Arsinoe —le respondió, recordándole con sus palabras que él era la única razón de que aún estuviera viva.

—Entonces, ¿por qué mostráis resistencia a ceder ante pequeños detalles como los que trato de negociar con Roma?

—Llamáis pequeños detalles a una suma de dinero ciertamente considerable —repuso él.

—Estáis en Egipto —le recordó Cleopatra—. Contemplando toda la belleza que os rodea, ¿no os parece que hay ciertas cosas que pierden importancia? —le planteó al tiempo que salía del agua, sin mostrar el menor pudor por la presencia del romano, quien estuvo tentado de olvidar la deuda de Egipto. Su único deseo era estar con aquella mujer—. ¿Aún pensáis lo mismo? —quiso saber la egipcia, acercándose tanto a César que éste pudo respirar su tentadora fragancia.

—Una reina debería saber que hay asuntos que están por encima de sus deseos —afirmó él, sin poder separarse del cuerpo de la joven.

—Tenéis razón —admitió Cleopatra mientras ordenaba

a dos esclavas que colocaran una túnica sobre ella—. Siguiendo vuestro sabio consejo —señaló a continuación—, la reina no os verá hasta después de la ceremonia. —Y dicho esto, abandonó aquella parte del palacio.

Una vez en sus aposentos, Cleopatra echó de menos la presencia de Adira. Apolodoro aún no había podido regresar a Siria en su busca. Sin duda, ella habría sabido aconsejarle sobre la elección más adecuada para un acto de tal envergadura. Además, su presencia le reconfortaba. Adira le había servido fielmente pero también había sido una amiga a lo largo de los últimos años.

El pasado le había enseñado que un Lágida no podía permitirse confiar en demasiadas personas, pero Adira había demostrado su lealtad, por lo que se había ganado toda su confianza.

Con gran pesar, se colocó la toga ceremonial, más pesada y recargada que el suave lino al que ella estaba acostumbrada. De color dorado, combinaba perfectamente con la doble corona, símbolo de la unión del alto y bajo Egipto. Luego tomó los dos objetos que simbolizaban el poder del faraón —el cayado y el flagelo— y los cruzó sobre su pecho, recordando todas las veces que, en su infancia, los había cogido en secreto mientras se imaginaba que ella era la reina de Egipto. Toda su vida había esperado aquel momento. Era como si hubiera nacido para convertirse en la mujer más poderosa de Egipto. Aun cuando su coronación parecía algo imposible años atrás, Isis le había ayudado a superar todos los obstáculos hasta cumplir su destino.

Como había hecho en cientos de ocasiones, depositó unas gotas de aceite de almendra sobre sus dedos y comenzó a extenderlas por su rostro. El baño y los aceites perfumados habían preparado su cuerpo, pero ahora tenía que encargarse de que su rostro estuviera igual de radiante. Para ello, después de aplicar el aceite de almendras, perfiló sus ojos, acentuando más que nunca su forma almendrada. Luego extendió una mezcla de color azulado por todo el párpado y avivó el tono de sus mejillas con un ligero toque

rosado.

Cleopatra quería que sus labios fueran una continua provocación para César, así que los pintó de un color rojo intenso. Satisfecha del resultado final, abandonó su habitación para dirigirse al lugar donde, con veintidós años de edad, se desposaría con su hermano para convertirse en la reina de Egipto.

Cuando llegó a la sala donde se celebraría la ceremonia, Cleopatra buscó la mirada de César y éste no pudo disimular su asombro ante la hermosura de la joven. En aquella ciudad había contemplado más belleza y suntuosidad que en cualquier otro lugar que hubiera visitado anteriormente.

La sala escogida para oficiar el matrimonio de los futuros reyes de Egipto era un claro ejemplo de las riquezas que escondía aquel país. El techo estaba recubierto de oro. Las tonalidades del mármol de cada una de las columnas abarcaban todos los colores que uno pudiera imaginar. Ébano, marfil, piedras preciosas... aquéllos eran sólo algunos de los elementos escogidos para adornar cada detalle de la estancia. Y todo ese lujo y esa belleza parecían fundirse en la mujer que ahora gobernaría Egipto.

Tal como era costumbre, el sacerdote comenzó a hablar en egipcio antiguo y Cleopatra se enorgulleció de ser la única persona que entendía sus palabras. Ella misma había insistido en que la ceremonia transcurriese siguiendo la tradición egipcia. Si tenía que casarse con su hermano para respetar esa antigua costumbre, al menos lo haría imitando a todos sus antepasados.

Mientras el sacerdote concluía la ceremonia, Cleopatra pensó en su padre y en todo lo que éste había tenido que hacer para conservar su trono. ¿Ése era el futuro que le esperaba?

Aquella ceremonia la convertiría en la reina de Egipto pero no aseguraba, ni mucho menos, el final de las conspiraciones para derrocarla. Pero había algo que

Cleopatra sabía con certeza: a diferencia de su padre, ella no concedería a Roma ningún poder sobre su país. A pesar de que todo el mundo parecía cuestionar su relación con César, sería el amor del romano el que garantizara su independencia.

Durante un breve periodo de tiempo, la mente de Cleopatra dejó de escuchar las palabras del sacerdote y recordó lo que ella misma le había dicho a Adira años atrás. Cleopatra le había asegurado que jamás se desposaría con uno de sus hermanos. En aquel entonces, ella estaba segura de que Olimpo sería la única persona a la que podría amar. Ahora, no sólo acababa de casarse con Ptolomeo sino que se había entregado a César por completo.

Ella deseaba saberlo todo sobre el romano. Le agradaba conversar con él durante horas y le fascinaba la determinación y valentía con que se enfrentaba a la vida, como si nada pudiera dañarle. Pero ¿era amor lo que sentía por aquel hombre? Desde la partida de Olimpo, aquél era un sentimiento al que temía. Pero también sabía que, por doloroso que pudiera resultar en ocasiones, el amor era algo contra lo que no se podía luchar.

Minutos después, Potino observó resignado cómo, desde aquel mismo momento, Cleopatra VII y Ptolomeo XIII no únicamente eran consortes, sino que ambos se habían convertido en los dos nuevos soberanos de Egipto.

Los dos hermanos, después de recibir la bendición de los dioses egipcios a través de aquel ritual, caminaron hacia el interior del palacio mientras una multitud arrojaba pétalos de flores a su paso.

César no había sido capaz de apartar la mirada de la joven esposa y mostró de buen agrado su conformidad ante la nueva unión, ya que garantizaría de momento la paz para Egipto. Al contrario de lo que ella pudiera pensar, aquél era un puro trámite para facilitar el reinado de Cleopatra. Egipto era un país de tradiciones y aquel matrimonio era lo que el pueblo deseaba. Los gritos de júbilo de los ciudadanos de Alejandría así lo reflejaban.

La mirada de Cleopatra se cruzó con la de Arsinoe y

ésta inclinó su cabeza en señal de sumisión. A lo largo de la última semana, Cleopatra apenas había conversado con ella unos minutos y siempre en compañía de Apolodoro, quien se había convertido en su más fiel protector.

Arsinoe había simulado alegrarse de su regreso y también se había apresurado a negar cualquier implicación en el incidente que estuvo a punto de costarle la vida la noche que abandonó Alejandría. Pero Cleopatra había aprendido la lección y jamás volvería a confiar en ella. Ahora más que nunca creía en la maldición de los Lágidas que obligaba a los miembros de su dinastía a traicionarse entre ellos.

Cleopatra llegó al lugar desde donde César había observado la ceremonia y le sonrió. Hacía tan sólo una semana de su regreso a Alejandría y de la apasionada noche en la que el romano le había iniciado en un mundo totalmente desconocido para ella.

Ella deseaba sentir de nuevo su cuerpo a su lado pero no estaba dispuesta a que él la tomara por una más de sus conquistas. A partir de ese momento, él debería tenerla presente en cada una de sus decisiones.

Consciente de que en los últimos días había torturado a aquel hombre con sus continuas provocaciones, la joven se sintió culpable. Había recurrido a todo tipo de artimañas para mantener su atención, tal como había hecho esa misma mañana. Pero aquella noche le concedería una pequeña tregua. Ella también quería besar de nuevo los labios de aquel hombre, escuchar cómo se quedaba sin respiración cuando lo acariciaba y creer sus promesas. César era el hombre más importante de Roma y ella era la reina de Egipto. ¿Qué podía esperarse de una unión tan poderosa? Cualquier enemigo temblaría ante una alianza como aquélla. ¿Y si realmente había una forma de sellar su unión para siempre?

Aquel pensamiento despertó en Cleopatra el deseo de consumar su amor por César de una forma más poderosa, pero las continuas quejas de su hermano ante su matrimonio le obligaron a centrar su atención en el

momento que estaba viviendo.

Después de la ceremonia, se celebraría un suculento convite al que estaban invitadas más de un centenar de personas.

Aunque estaba impaciente por desprenderse de aquella pesada vestimenta y de todas las joyas que adornaban su cuerpo, tuvo que esperar a que concluyeran todos los espectáculos organizados para honrar a los nuevos consortes.

Cuando llegó el momento de servir la cena, César tomó asiento junto a la reina. Ptolomeo estuvo tentado de mostrar una vez más su disconformidad ante el hecho de que su esposa fuera la amante del romano, pero la mirada del eunuco le previno de nuevo sobre las consecuencias de un enfrentamiento directo con el romano. Además, Potino se había encargado de tomar las medidas necesarias para que el hombre que había sometido las Galias no fuera también el conquistador de Egipto.

Siguiendo sus órdenes, Aquilas había movilizado su ejército hasta las afueras de Alejandría y esa misma noche atacaría la ciudad para conseguir la rendición de Cleopatra. Ella no contaba con ningún ejército, a excepción de los escasos hombres de César. El capitán, por el contrario, estaba al mando de veinte mil hombres armados y dispuestos a entregar la vida por su causa. La presencia de César resultaba amenazadora incluso en las circunstancias más desfavorables y él no había tenido más remedio que tomar medidas complementarias para deshacerse de él.

—Esta noche estáis más hermosa que nunca —le dijo el romano a Cleopatra cuando ambos estuvieron sentados—. Venus debe de haber palidecido ante vuestra belleza —añadió a continuación, firmemente decidido a ordenar que esculpieran una estatua de la joven en cuanto regresara a Roma.

—Es una lástima que mis nuevas obligaciones como esposa del faraón —se lamentó ella—, me mantengan tan ocupada, ¿no creéis?

—Eso me ha permitido reconsiderar los términos del

contrato que pesa sobre Egipto —afirmó él.

—La reina celebra que estéis recuperando la razón —confesó al tiempo que acercaba sus labios al rostro de César—. Hay otro asunto que me preocupa —reconoció acto seguido—. Me imagino que habréis tenido oportunidad de conversar con mi hermana Arsinoe. —Cleopatra trató de observar la reacción de César ante sus últimas palabras.

—Conocí a vuestra hermana el mismo día de mi llegada a Egipto —confesó el romano, despertando los celos de Cleopatra—. Permitidme deciros que es una joven realmente hermosa —agregó, lo que la enfureció todavía más.

¿Acaso César había compartido el lecho con Arsinoe del mismo modo que con ella? Luego recordó las palabras de Adira para advertirla sobre las numerosas conquistas del romano y sintió un deseo enorme de salir corriendo de allí.

—¿Os encontráis bien? —preguntó César aun cuando sabía perfectamente qué era lo que había airado a la joven.

—¿Por qué no habría de estarlo? —ironizó ella después de recuperar la compostura—. Soy la reina de Egipto y gobernaré un país que no volverá a necesitar la ayuda de Roma

—Puede que vuestra opinión cambie antes de que acabe la noche —comentó César sin que Cleopatra pudiera entenderle—. ¿Cuál era el asunto que os preocupaba? —inquirió a continuación, ya que la joven había decidido no mencionar más a su hermana. Cleopatra permaneció en silencio mientras César se sentía complacido de que la reina de Egipto no quisiera compartir su amor por él con ninguna otra mujer—. He dispuesto todo para que vuestra hermana abandone Alejandría tan pronto como sea posible —le expuso, captando la atención de Cleopatra—. Gobernará Chipre, un lugar lo suficientemente alejado de esta ciudad como para que su presencia no sea una amenaza para la reina de Egipto.

Al escuchar aquellas palabras, Cleopatra lo miró con más deseo que nunca. Sin duda César era el hombre más increíble que hubiera conocido jamás.

—¿Creéis que esta noche podríais ayudarme a desprenderme de todos estos adornos? —le propuso ella mientras sonreía a César de manera descarada.

—Mucho me temo que ésta será una noche que no olvidaréis fácilmente —le advirtió él. Ese comentario despertó la curiosidad de Cleopatra porque intuía que aquellas palabras se referían a algo más que a su próximo encuentro en la intimidad.

César tomó su copa y miró directamente a Potino.

—Brindemos porque esta unión marque una nueva y esperanzadora época para Egipto —propuso—, bajo la amistosa supervisión de Roma —añadió antes de probar el vino.

—Para que nuestro nuevo aliado —se apresuró a decir Cleopatra— nunca olvide el poder de este país —señaló la reina para advertir a César que no necesitaba que nadie supervisase su gobierno.

Potino alzó su copa y bebió por Egipto. Pero sus planes para aquel país eran totalmente diferentes a los de Cleopatra y, sobre todo, a los de César. Aquel romano se creía el dueño del mundo y él estaba dispuesto a demostrarle que tanto Roma como él no eran invencibles. Pero su rostro, en el que se dibujaba una pequeña sonrisa, se tornó rígido en el momento en que vio cómo entraba en aquella sala el hombre al que había encargado el asesinato de César.

El general hizo un gesto a uno de sus legionarios para que condujeran al prisionero hasta él.

—¿Qué es lo que sucede? —inquirió Cleopatra, sin poder entender el motivo por el que aquellos dos legionarios habían irrumpido en la sala.

—El hombre de confianza de vuestro esposo —explicó César—, deseaba haceros un regalo de boda un tanto inapropiado. —Cleopatra miró al eunuco y observó que su rostro estaba completamente pálido—. Como gesto de gratitud y de mi buena voluntad hacia él, deseo obsequiarle del mismo modo. —De inmediato, los dos legionarios se colocaron a ambos lados del eunuco.

Potino comprendió que no tenía más remedio que seguir a los soldados romanos, a pesar de ser consciente de que aquello significaba encaminarse a una muerte segura.

—¿Por qué estos hombres requieren vuestra presencia? —preguntó Ptolomeo.

—Nunca subestiméis el poder de César —le susurró al oído el eunuco—, y no olvidéis jamás que vuestra hermana es igual de peligrosa —agregó antes de levantarse de su asiento.

Mientras abandonaba la sala, Potino se volvió y contempló una vez más el rostro de Cleopatra. Aquella joven había conseguido derrotarlo. ¿Por qué favorecían los dioses a alguien que estaba dispuesto a entregar Egipto a los romanos? Sin duda, el espíritu de los antiguos faraones debía de protegerla porque el destino se había encargado de acabar con todos los obstáculos que se habían interpuesto en su ascenso al trono. Pero a Potino aún le quedaban aliados en palacio.

Cuando traspasaba el umbral de la sala, tuvo tiempo de hacer un gesto a uno de los esclavos para que se comunicara inmediatamente con Aquilas. Puede que su vida estuviera a punto de llegar a su fin, pero no pensaba abandonar este mundo sin asegurarse de que Julio César y Cleopatra lo siguieran en su viaje.

—¿No pensáis explicarme qué es lo que sucede? —exigió Cleopatra después de que la cena siguiera su curso normal.

—Potino quería asesinarme esta misma noche —le informó él—. Pensad cuál sería vuestro destino sin mi presencia aquí.

—Os recuerdo que la reina cuenta con hombres leales que darían su vida por defenderla —señaló ella con la intención de que César no la considerara como alguien débil.

—Me complace oír eso —admitió el romano—, porque el ejército de Aquilas acaba de rodear la ciudad.

—¡Aquilas dispone de más de veinte mil hombres! —exclamó ella ante la gravedad del asunto.

—Me temo que el número de hombres con los que cuenta es aún mayor —aclaró él—. Los alejandrinos, a diferencia de vuestros hombres de confianza —remarcó para hacer referencia al comentario de Cleopatra—, no tienen en alta estima a su reina y se han unido a la causa de Ptolomeo.

—El resentimiento se debe únicamente a cierto encuentro que la reina mantuvo con César la primera noche que regresó a Alejandría y que mi querido hermano se encargó de hacer público —le recriminó ella—. Si esos encuentros no vuelven a producirse, quizá recupere el amor de mi pueblo.

—¿Estáis segura de esa decisión? —preguntó él mientras de esforzaba en no dejarse llevar por el embriagador aroma de la joven.

Cleopatra miró a César y observó que aquel rostro estaba marcado por las arrugas, más profundas en torno a los ojos y a las comisuras de los labios. Pero también era el rostro de alguien que había vencido en todas las batallas libradas, que había hecho temblar Roma y el resto de las naciones. Ella se había esforzado en conquistar a César sin advertir que ella era la que verdaderamente había sido conquistada.

—Creo que deberíamos dar a nuestros invitados algo sobre lo que hablar esta noche —señaló ella mientras se levantaba—. Si mi pueblo me odia, al menos que lo haga por algo que sea cierto —añadió antes de abandonar la sala.

César no tardó en seguir a la joven, impaciente por encontrarse de nuevo a solas con ella.

—¡Nos atacan! —le advirtió la voz de uno de sus legionarios antes de que alcanzara los aposentos de la reina.

—Avisa a todos los hombres —le ordenó César—. Debemos impedir el acceso a palacio.

En cuanto César había tenido conocimiento de los planes de Potino, había solicitado refuerzos; no obstante, las tropas romanas tardarían varios días en llegar. Debía actuar con rapidez y cautela pero, sobre todo, impedir que Aquilas aumentara más su ventaja.

—Busca a los mejores hombres de los que dispongas y acompañadme hasta el puerto —le indicó antes de dirigirse a los aposentos de Cleopatra.

—Comenzaba a pensar que deseabais acallar los rumores —dijo ella mientras se acercaba a César y lo besaba suavemente. Aquel beso estuvo a punto de conseguir que el romano olvidara por completo sus obligaciones. Pero si no dirigía él mismo el ataque, la vida de la joven que lo abrazaba correría un grave peligro y era algo que no estaba dispuesto a permitir.

—Me temo que tendremos que aplazar este encuentro —confesó ante la mirada sorprendida de Cleopatra.

¿Acaso se había equivocado y César no la deseaba como ella pensaba? Su cuerpo le indicaba todo lo contrario. Entonces, ¿por qué quería apartarse de ella?

—Seguidme —le pidió César, capaz de leer sus pensamientos. Luego le acompañó a la ventana para que viera con sus propios ojos la delicada situación a la que se enfrentaban.

—¡Aquilas nos ataca! —exclamó ella asustada.

—En el palacio estaréis a salvo —aseguró César—. Los legionarios romanos son los mejores soldados que el mundo ha conocido.

—Pero ¡nos triplican en número!

—Logré conquistar las Galias después de derrotar a un enemigo mucho más numeroso —aseguró él.

—Entonces, venced a nuestro enemigo y regresad a mi lado —dispuso Cleopatra con voz firme. Ella no quería que pensara que era fácil asustar a la reina de Egipto. Sin embargo, la verdad era que estaba aterrorizada. César no sólo le había entregado el trono de Egipto, sino que le había devuelto la ilusión. Aún quería compartir muchas cosas con él y no quería ni pensar en la posibilidad de que el destino lo apartara de su lado.

—Así lo haré —prometió César antes de abandonar aquel lugar para encontrarse con sus hombres.

Él estaba acostumbrado a enfrentarse con la muerte. Los dioses le favorecían en cada batalla. Puede que Aquilas

pensara que se iba a limitar a esperar los refuerzos de Roma, pero estaba muy equivocado. Él era un hombre de acción y estaba dispuesto a demostrar a los egipcios por qué había sido capaz de conquistar el mayor imperio conocido desde la muerte de Alejandro.

Con la determinación y la confianza que suponía saber que aún debía hacer grandes cosas por Roma, desenfundó su espada, dispuesto a utilizarla si era necesario para llegar hasta el puerto.

Los hombres de Aquilas, apoyados por los alejandrinos, le impedían el paso y, tal como temía, se vio obligado a luchar para abrirse paso hasta el lugar donde descansaba la flota egipcia. Si el capitán se hacía con el control de aquellas embarcaciones, nadie podría detenerlo.

—¡Quemad los barcos! —ordenó con gran pesar. Las naves egipcias eran de una calidad excepcional, pero destruirlas era la única forma de evitar una derrota segura.

Sus hombres comenzaron a obedecer sus órdenes y el fuego se propagó con tal rapidez que pronto se volvió incontrolable.

Cleopatra se acercó a la ventana y contempló horrorizada cómo su flota estaba consumiéndose por el fuego. No obstante, lo que realmente la hizo palidecer fue ver que las llamas avanzaban hacia la biblioteca.

Rápidamente, salió de la habitación y fue en busca de Apolodoro.

—No creo que sea muy prudente abandonar el palacio en estas circunstancias —fue lo primero que dijo el siciliano después de que Cleopatra le pidiera que la acompañara hasta el Museion.

—Pienso ir —aseveró ella mientras se cubría con una capa—, con o sin tu compañía.

Apolodoro había aprendido a querer a aquella joven y no tuvo más remedio que seguir sus pasos hasta el exterior del palacio.

Una vez estuvo en las calles de Alejandría, comprobó el caos que reinaba en la ciudad. Cientos de personas corrían de un lado a otro para escapar del fuego y del

enfrentamiento entre Aquilas y los romanos.

—Tenemos que conseguir detener el avance del fuego —señaló Cleopatra, consciente de que, a cada minuto que pasaba, miles de manuscritos corrían el riesgo de quedar reducidos a cenizas.

Los manuscritos de aquel edificio habían sido sus compañeros durante gran parte de su vida. Cuando su padre huyó a Roma, aquellas paredes la ayudaron a soportar el dolor de su ausencia. Además, en una de las salas de aquella biblioteca, Olimpo le había leído los poemas de Homero. ¿Cómo podía limitarse a ver cómo se destruían?

—¡Traed más agua! —gritó impotente Cleopatra.

Al ver que no era suficiente, ella misma tomó un recipiente y lo llenó con agua, encaminándose hacia las llamas. Apolodoro, que había tenido que dejarla unos minutos sola, observó cómo aquella testaruda joven se dirigía a la zona de la biblioteca que ardía con más intensidad.

Aunque trató de advertirle sobre el peligro que suponía hacer algo así, la reina sólo podía pensar en recuperar el pergamino que Olimpo le había leído.

—¡Cuidado! —vociferó Apolodoro después de ver que aquella parte del edificio estaba a punto de desplomarse. Cleopatra alzó la vista y observó cómo la pesada viga que soportaba aquella estructura cedió ante el poder destructor del fuego. Pero un hombre apareció de repente y consiguió apartarla antes de que quedara aplastada bajo las llamas. Luego se apresuró a llevar a la soberana hasta una zona segura.

A pesar de que su rostro estaba completamente manchado por la ceniza, César pensó que no había visto nunca a nadie más hermoso. Con delicadeza, limpió sus mejillas y luego observó cómo las lágrimas anegaban los ojos de Cleopatra.

Después de ver cómo ella arriesgaba su vida por salvar algo que, al igual que él, apreciaba, supo que era la única mujer a la que amaría el resto de sus días.

—Os prometo que ganaremos esta guerra —le aseguró César mientras la abrazaba—, y que yo mismo me encargaré de reemplazar cada manuscrito —apostilló después, tranquilizando a la joven. Aunque estaban en clara desventaja, él se había enfrentado a retos mucho más peligrosos. Además, obtener el amor de Cleopatra no tenía precio y por una mujer así estaba dispuesto a conquistar el mundo entero, con o sin la aprobación de Roma.

Cleopatra lo miró fijamente y obtuvo la respuesta al interrogante que tanto le preocupaba: decididamente, estaba enamorada de ese hombre.

14

Arsinoe esperó pacientemente a que el sol se ocultara por completo y las sombras de la noche invadieran cada rincón del palacio. Estaba a punto de arriesgar su vida y debía asegurarse de que las condiciones eran las propicias para emprender la huida.

Hacía ya varios días que la guerra había empezado. Aquilas atacaba insistentemente y César se había visto obligado a destruir la flota egipcia para evitar que sus enemigos se adueñaran de ella. Aquélla había sido una jugada totalmente inesperada pero, sin duda, muy inteligente. Aunque le costara reconocerlo, el romano era un estratega brillante.

La ejecución de Potino dejaba claro que César tenía más aliados en palacio de lo que hubiera imaginado. Por eso debía huir cuanto antes.

En mitad de la noche, dejó atrás el palacio y las desiertas calles de Alejandría. Un grupo de hombres a los que había entregado una elevada suma de dinero la condujeron hasta el campamento de Aquilas. Allí, el capitán del ejército trataba de organizar sus tropas para asestar el golpe definitivo.

Después de la muerte de Potino, otro eunuco muy unido a Arsinoe, llamado Ganímedes, había asumido sus funciones. Su presencia inquietaba a Aquilas, ya que presentía que sus deseos de poder eran mayores que los del difunto.

El eunuco observó la llegada de los hombres que escoltaban a Arsinoe y se acercó a recibir a la joven.

—Sabía que conseguiríais llegar hasta aquí —admitió después de ver a la muchacha a salvo en el campamento.

—¿Cuándo podremos atacar? —fue lo primero que

quiso saber ella. César había pedido refuerzos y era absolutamente necesario lanzar una ofensiva antes de que alguna de las legiones acudiera en su ayuda.

—Me temo que debemos cambiar nuestros planes —contestó el eunuco, dispuesto a mentir para conseguir el mando del ejército—. Aquilas está considerando llegar a un acuerdo con Cleopatra.

—¡No es posible! —chilló Arsinoe alterada.

—Nuestro ejército supera en número al de César —afirmó él—. ¿No os parece sospechoso que no hayamos conseguido tomar el palacio?

—¿Estás seguro de tu acusación? —preguntó, incrédula, Arsinoe.

—Yo mismo vi cómo Aquilas se reunía con un hombre de César —mintió.

—No permitiré que me traicione —aseguró ella, mucho más afectada por las palabras del eunuco de lo que su rostro dejó entrever.

—Entonces debemos actuar con rapidez —señaló Ganímedes, deseoso de librarse de la amenazadora presencia del capitán.

—No tienes de qué preocuparte —lo tranquilizó ella, recuperando la compostura. Luego salió de la tienda, dispuesta a evitar que Aquilas pudiera traicionarlos. ¿Por qué su hermana siempre conseguía doblegar la voluntad de los hombres?

César ni siquiera había reparado en Arsinoe y, no obstante, parecía dispuesto a perder la vida por Cleopatra. En cuanto a Aquilas... Había sido ella quien había calentado su lecho y le había proporcionado todo tipo de placeres. Y, sin embargo, cuando estaban a punto de ganar él planeaba aliarse con Cleopatra y provocar su caída. Arsinoe sabía que el capitán siempre había deseado a Cleopatra. ¿Sería eso lo que le habría prometido su hermana a cambio de su rendición?

Arsinoe caminó con paso decidido hasta el lugar donde Aquilas fingía planear la estrategia de su próximo ataque con algunos de sus hombres.

—Dejadnos solos —ordenó nada más entrar en la tienda del militar.

—Has conseguido escapar —observó Aquilas, sorprendido.

—Deberías saber que siempre obtengo lo que quiero —le espetó ella, más segura que nunca de lo que se disponía a hacer—. ¿Cuáles son tus planes? ¿Atacarás mañana mismo?

—Estoy valorando todas las opciones —contestó Aquilas, sin querer decir nada más a la joven—. Pero no habrás venido a mi tienda sólo a conocer mis intenciones, ¿no? —insinuó él después de ver que Arsinoe acababa de desnudar parte de su cuerpo. Luego la joven se acercó a la mesa del capitán y, dándole la espalda, vertió vino sobre una de las copas. Con sumo cuidado y gran rapidez, extrajo una pequeña cantidad de veneno que llevaba oculta en el interior de su colgante y lo mezcló con el vino.

—Un día me dijiste que nunca sería como mi hermana Cleopatra —le recordó, al tiempo que le ofrecía la copa de vino—. ¿Aún piensas lo mismo?

Aquilas la miró extrañado mientras tomaba la copa en su mano.

—Cuando ganemos esta guerra, te convertirás en la nueva reina —se limitó a decir él—, y serás la mujer más poderosa de Egipto.

—Esa afirmación no contesta a mi pregunta —remarcó Arsinoe, desnudándose completamente para mostrar a Aquilas que su cuerpo era más perfecto que el de su hermana.

El silencio del capitán corroboró las sospechas de la egipcia, decidida a acabar cuanto antes con aquello.

—Por la victoria —brindó la joven después de servirse vino en otra copa.

Aquilas, excitado ante la idea de poseer a Arsinoe allí mismo, bebió el vino sin ni siquiera sospechar las malévolas intenciones de la princesa. Ésta se acercó a él y lo besó apasionadamente mientras el veneno comenzaba a hacer efecto.

Cuando Aquilas fue consciente de lo que sucedía,

intentó sacar su espada, pero apenas podía moverse. Aunque conocía la verdadera naturaleza de la joven, Arsinoe había ido más lejos de lo que nunca hubiera imaginado.

—Tenías razón en una cosa —le susurró ella al oído después de ver que le quedaba poco tiempo de vida—. Nunca seré como Cleopatra —añadió con una sonrisa maliciosa. No, Arsinoe nunca sería como su hermana porque era mucho mejor que ella y estaba dispuesta a demostrarlo consiguiendo el trono de Egipto.

Aquilas cerró los ojos mientras pensaba en lo irónico que resultaba el destino. Él, capitán de la guardia real, no perdía la vida a manos de ningún enemigo en el campo de batalla. Su único error había sido subestimar el poder de una mujer y eso le había costado caro. Pero había algo que Arsinoe desconocía y era el hecho de que, con su muerte, desaparecía también cualquier oportunidad de ganar esa guerra.

15

Olimpo se acercó a la parte más alta de la embarcación y contempló la imponente silueta del faro. ¡Cuánto había echado de menos esa ciudad! Hasta que la visión de un horizonte infinito fue sustituida por los blancos edificios de Alejandría, no comprendió lo que había extrañado pasear por sus calles. Las clases del Museion, los libros de la biblioteca, escuchar las discusiones de los filósofos... y a Cleopatra. El recuerdo de la joven le había acompañado cada día de los diez años que había pasado alejado de Alejandría.

El aprendizaje de los antiguos secretos de la medicina no había sido nada fácil y le había exigido una gran concentración y muchas horas de estudio. En los días más duros, la sonrisa de Cleopatra acudía en su ayuda. Olimpo recordaba los hoyuelos que se formaban en sus mejillas, el tono melódico de su risa y el brillo intenso de los ojos más bellos que él había visto jamás. Ella había sido su mejor apoyo, a pesar de los cientos de kilómetros de distancia que los separaban. Pero todos sus recuerdos pertenecían a una persona que había dejado atrás la niñez para convertirse en una mujer a la que no conocía. Al fin y al cabo, Cleopatra no era más que una niña la última vez que la vio y ahora era una joven de veintidós años que, después de ganar la guerra, se había convertido en la reina de Egipto.

Olimpo sabía que para mantenerse en el trono había tenido que superar todo tipo de pruebas y él se preguntaba si aquellos obstáculos habrían endurecido el corazón de la mujer a la que quería.

Cleopatra amaba Alejandría por encima de todo y no era difícil imaginar su dolor por haberse visto obligada a vivir en el exilio durante un año pero, sobre todo, por el

enfrentamiento con su propio pueblo. La guerra entre los partidarios de Ptolomeo y las tropas de César había teñido de sangre las calles de Alejandría, dejando una huella imborrable en la ciudad, como demostraba la pérdida de una buena parte de la biblioteca. ¡Cómo debía de haber afectado aquel incidente a la reina!

Cuando estaban a punto de atracar en el puerto, el capitán de la embarcación en la que viajaban se acercó a Olimpo y contempló la mirada del joven que había recogido en su barco tras viajar a Tebas por expreso deseo de la reina.

—Vuestros ojos expresan la emoción que acompañan a los que ven Alejandría por primera vez —señaló Apolodoro, interrumpiendo las reflexiones de Olimpo.

—Crecí en esta ciudad —explicó él—. Pero estáis en lo cierto, hoy tengo la sensación de que contemplo sus edificios por vez primera.

—Ni siquiera la guerra ha podido alterar su belleza —opinó el siciliano, recordando el incendio que casi se propagó por toda la ciudad—. ¿Sabéis que la reina de Egipto estuvo a punto de perder la vida para salvar alguno de estos edificios?

—Afortunadamente, los dioses no lo permitieron —se limitó a decir Olimpo sin querer imaginar ni por un momento que algo así pudiera sucederle a Cleopatra. Él había permanecido a cientos de kilómetros de allí, pero su corazón había sufrido al escuchar las noticias sobre el enfrentamiento entre los dos hermanos.

—¿Qué os trae de vuelta a Alejandría? —preguntó intrigado Apolodoro.

—He sido formado en medicina —expuso el joven—. Espero que esta ciudad me brinde la oportunidad de aplicar mis conocimientos.

—Vuestra mirada refleja más de lo que dicen vuestras palabras. ¿Acaso regresáis también por una mujer?

—En mi corazón no hay lugar para distracciones.

—¿Llamáis distracción al más bello de los sentimientos? —le planteó el siciliano—. Permitidme

deciros que si ignoráis a las mujeres, sin duda vuestra existencia carecerá de emoción alguna. ¿Acaso hay algo mejor que gozar del favor de una bella muchacha?

—Tendré en cuenta vuestro consejo —convino Olimpo al notar cómo Apolodoro colocaba, amigablemente, la mano sobre su hombro.

—Hacéis bien en tener presente las palabras de un hombre que ha pasado toda su vida disfrutando de los encantos de las mujeres —agregó antes de encaminarse al otro extremo del barco para ordenar a la tripulación que se preparase para desembarcar.

Cleopatra había cumplido su promesa, recompensándole por los servicios que le había prestado durante su exilio así como en la guerra librada contra su hermano. Aun así, se sentía incapaz de desprenderse del viejo navío sobre el que había surcado los mares durante los últimos años y todavía lo utilizaba para cumplir los deseos de la reina quien, en esa ocasión, le había ordenado viajar hasta Tebas.

Apolodoro era consciente de que las aventuras vividas junto a Cleopatra habían rejuvenecido su espíritu. Ahora gozaba de una época de tranquilidad, por lo que navegaba sin rumbo fijo, disfrutando de todos los placeres que la vida le brindaba. No obtante, Cleopatra era imprevisible y algo en su interior le decía que el destino no tardaría en proporcionarle nuevas emociones junto a la joven.

Mientras el barco atracaba en el puerto, el corazón de Olimpo comenzó a latir más de prisa. ¿Realmente estaba preparado para iniciar una nueva etapa de su vida en Alejandría?

Era consciente de que Tebas ya no tenía nada más que ofrecerle. La ciudad le había acogido con los brazos abiertos y le había obsequiado con el más preciado de los dones: el conocimiento necesario para convertirse en un excelente médico.

«Ahora la medicina es mi vida», se dijo a sí mismo,

intentando olvidar las palabras de Apolodoro. No en vano, habían sido necesarios muchos años de entrega y dedicación para dominar las artes curativas. Olimpo estaba seguro de que ese aprendizaje también le había servido para controlar todas sus emociones. Alejandría le brindaba la oportunidad de demostrar su valía, así que no pensaba desaprovecharla. Además, Cleopatra había decidido olvidarlo muchos años atrás. Ahora era la amante de César y la reina de Egipto mientras que él no era más que un súbdito que le debía obediencia.

Olimpo conocía la fama del hombre que había conseguido devolver el trono a Cleopatra. Aunque sus sentimientos le impedían mostrar el menor aprecio por el romano. César había demostrado que era un excelente estratega ya que, a pesar de la inferioridad numérica, había vencido al ejército de Ptolomeo. Aun así, era un extraño que pretendía conquistar Egipto pero, sobre todo, era el hombre que había conseguido el amor de Cleopatra. Y eso le dolía profundamente.

Al ver que la relación de su amiga con el romano despertaba de una forma tan intensa sus celos, Olimpo volvió a dudar de sí mismo. Si la sola idea de que Cleopatra hubiera entregado su corazón a César le alteraba de esa manera, ¿qué sentiría cuando los viera juntos?

Consciente de que era demasiado tarde para dar vuelta atrás, prosiguió su camino hacia el Museion. Antes de cruzar la puerta de entrada al mismo, se detuvo un instante para contemplar el palacio real mientras se preguntaba cuál sería el motivo por el que el destino había guiado sus pasos de nuevo a su hogar. Pero lo que más le intrigaba era la identidad de la persona responsable de su regreso.

Luego accedió al edificio donde había pasado su niñez sabiendo que no faltaba mucho para conocer la razón por la que la mismísima Cleopatra había requerido su presencia en Alejandría.

16

Adira entró en la habitación de Cleopatra y se enfadó al comprobar que la reina no se hallaba en ella. Adira la había buscado en todos los rincones del palacio sin éxito; ¿dónde estaría?

La soberana parecía haber olvidado con demasiada facilidad los peligros que le habían acechado durante la guerra. Después de obtener una rotunda victoria, se comportaba como si nada ni nadie pudiera dañarla. César se había convertido en su protector y, para la reina, aquello era suficiente garantía de seguridad. Incluso se había atrevido a realizar un viaje a través del Nilo para mostrarle la verdadera esencia de Egipto. La travesía había hechizado por completo al romano. Cleopatra sabía que las imágenes de aquel viaje quedarían grabadas en la memoria del general romano para siempre y eso le agradaba.

El hombre más poderoso del mundo había sucumbido a los encantos de Egipto y de su reina. Desde el regreso de aquella travesía, Cleopatra se mostraba más feliz que nunca. Había conseguido recuperar el trono y la paz para su país. Siguiendo las tradiciones egipcias, se había desposado nuevamente con su hermano Ptolomeo XIV, que tenía doce años de edad. Eso le permitía gobernar como si fuera la única soberana de Egipto. Pero ese estado de felicidad la había vuelto confiada y no debía olvidar que un Lágida siempre tenía que estar alerta. Ella, desde luego, no pensaba olvidarlo.

Durante la guerra, Adira se había visto obligada a permanecer alejada de Alejandría a la espera de que los enemigos de la reina cometieran un error que permitiera a César obtener la victoria. Inexplicablemente, Aquilas, el capitán del ejército, había muerto en extrañas

circunstancias. Los soldados habían proclamado a la hermana de Cleopatra reina de Egipto. Adira podía imaginar la satisfacción de aquella ambiciosa muchacha por el nombramiento que había deseado toda su vida.

César había conseguido arrinconar al ejército enemigo contra el Nilo gracias a una maniobra digna de elogio. El rey Ptolomeo había muerto cuando la barca en la que intentaba huir había naufragado.

Arsinoe fue hecha prisionera para ser exhibida en Roma durante la celebración de los triunfos de César. Ella había podido regresar antes de que embarcara para Roma y se había estremecido después de ver en sus ojos el odio que albergaba su corazón hacia Cleopatra. Aunque habían transcurrido varios meses desde el final de la guerra y desde la partida de Arsinoe, el recuerdo de la joven constituía por sí solo una amenaza porque Adira sabía que, mientras la hermana de la reina viviera, ésta estaría en peligro.

Sin embargo, después de la marcha de Arsinoe, Cleopatra se sentía a salvo. Quería recuperar el amor de su pueblo y para ello no sólo se estaba encargando personalmente de supervisar todas las obras de la ciudad, sino que había tomado otras medidas para mejorar la vida de todos los habitantes de Egipto.

Adira creía acertadas todas esas decisiones. Lo que realmente le preocupaba eran los planes que había elaborado junto a César. Ella había escuchado muchas noches la profecía que Cleopatra repetía entre sueños. La sacerdotisa le había advertido que debía desconfiar del poder que la encumbrara porque también sería el responsable de su caída. César le había devuelto el trono, ¿significaría aquello que también se convertiría en su verdugo? ¿Era él a quien hacía referencia la profecía? ¿Pensaba entonces traicionar a Cleopatra?

Adira había observado cómo miraba a la reina y creía haber visto amor y devoción en sus ojos. Aun así, Egipto era una tentación demasiado grande y quizá los sentimientos del hombre no fueran tan intensos como para aplacar los

deseos de conquista del general romano.

—¿De verdad creéis prudente montar a caballo en vuestro estado? —preguntó Adira después de llegar al patio y ver cómo Cleopatra bajaba de su caballo favorito.

—No estoy enferma, Adira —se apresuró a recordarle ella, ya que durante las últimas semanas la joven solía tratarle con excesivo cuidado. Cleopatra quería compartir con su futuro hijo la sensación de libertad que experimentaba cuando galopaba.

Por primera vez en su vida, era completamente feliz. César la amaba con todo su corazón y ella se había enamorado hasta el tuétano de él: había intentado conquistarlo, pero había sido ella la conquistada.

A pesar de su avanzado estado de gestación, Cleopatra conservaba su agilidad intacta. El embarazo había acentuado sus curvas, pero no le había restado ni un ápice de sensualidad. Adira creía que estaba más hermosa que nunca, al igual que César, que no había apartado su vista del rostro de la joven en el momento de su partida, varios días atrás.

César había pospuesto su regreso a Roma todo lo posible, pero otros asuntos reclamaban su presencia en la capital de su imperio. Cleopatra temía que César olvidara sus promesas al regresar a la metrópoli. Afortunadamente, Isis había bendecido aquella unión con un hijo que sellaría su amor para siempre.

—Deberíais descansar —señaló Adira, para recordarle a Cleopatra su estado.

—Estoy perfectamente —repuso ella—. Creo que nunca me he sentido mejor —añadió mientras se llevaba una mano al vientre para notar el movimiento del niño—. Mi hijo me hace más feliz de lo que he sido nunca.

—No deberíais adelantar acontecimientos —le advirtió Adira.

—Sé que será un niño —se apresuró a decir ella—, y sé que un día se convertirá en la persona más poderosa del mundo porque unirá bajo su reinado a Roma y a Egipto.

—Para eso debemos asegurarnos de que nazca sano y

salvo —remarcó Adira, quien no quería que Cleopatra tuviera tantas expectativas puestas en aquella criatura. Egipto podía aceptar a ese niño como soberano, pero el caso de Roma era totalmente diferente: las leyes de esa ciudad no permitían el matrimonio con una mujer extranjera, por lo que los hijos nacidos de una relación semejante nunca serían considerados legítimos. Por mucho que César amara a Cleopatra, estaba obligado a cumplir la ley romana.

Uno de los esclavos se acercó a Adira y le comunicó que el médico cuya presencia había solicitado Cleopatra, acababa de llegar a palacio.

—Conducidle hasta los aposentos de la reina —ordenó Adira al esclavo mientras ambas se dirigían al mismo lugar. Luego ayudó a la joven a quitarse la ropa que llevaba para ponerse algo más adecuado.

En cuanto Cleopatra supo que esperaba un hijo de César, ordenó a los mejores médicos de Egipto que acudieran a palacio para supervisar el embarazo. Hacía pocos días que había tenido conocimiento de la existencia de un médico de Tebas que curaba las más raras afecciones. Ella deseaba que su hijo contara con los mejores cuidados, por lo que había hecho llamar a aquel hombre con la intención de convertirlo en su médico personal.

Tras contemplar los ojos azules del joven que acababa de entrar en la habitación, Adira admitió que era realmente apuesto. Cleopatra, que estaba junto a la ventana, se volvió para conocer al hombre que debería velar por su salud y la de su futuro hijo.

—Es un placer tener ante mí a la reina de Egipto —señaló el joven.

Al ver el rostro de Olimpo, Cleopatra sintió que se mareaba y tuvo que sujetarse para no caer al suelo.

—¿Os encontráis bien? —preguntó la sirvienta mientras ayudaba a la reina a recostarse sobre el lecho—. Os dije que no debíais salir a cabalgar en vuestro estado —le recriminó—. Vuestra llegada ha sido providencial —le dijo a Olimpo advirtiendo que el joven parecía totalmente

sorprendido.

¡Estaba embarazada! Ése era el motivo de que la reina quisiera a los mejores médicos de Egipto en palacio. Olimpo había tenido que aceptar que Cleopatra amara a otro hombre, pero se sentía incapaz de asimilar que tuviera un hijo con él.

Se acercó al lecho y tomó la mano de la soberana para sentir su pulso. Cleopatra intentó tranquilizarse porque no quería que él percibiera que su corazón se había acelerado con su presencia.

Mientras tomaba su pulso, él temió que ella pudiera advertir que su corazón no era el único que latía con rapidez. En Tebas le habían enseñado a poner fin a las enfermedades de la gente. Por agresivos que fueran los síntomas, él siempre encontraba un remedio eficaz; pero nadie le había preparado para encontrarse de nuevo con Cleopatra. ¿Cómo había sido tan ingenuo de creer que los años transcurridos serían suficientes para borrar sus sentimientos?

Luego observó el rostro de la reina y comprobó que su antigua amiga se había convertido en una mujer realmente hermosa.

—Espero que mi visita no os haya importunado —señaló colocando su mano sobre el vientre de Cleopatra para valorar mejor su estado.

—Ya me encuentro mejor —admitió ella mientras apartaba la mano del médico de su cuerpo y sin poder creer que el destino fuera tan caprichoso como para que ella hubiera convertido a Olimpo en su médico personal—. Creo que no será necesario continuar con el reconocimiento —agregó después, incapaz de disimular que aquel reencuentro le había pillado totalmente desprevenida.

—Tenéis razón —convino Olimpo—. Os encontráis perfectamente —anunció mientras sonreía, lo que turbó más aún la mente de la egipcia. ¿Cómo era posible que aquel joven lograra confundirla de aquella manera? ¿Por qué su corazón se detenía cuando él le sonreía?

Ella no sólo esperaba un hijo de César, sino que le

amaba profundamente. Se había enamorado de su espíritu ganador y de su afán de conquista, que lo habían convertido en alguien a quien todas las naciones temían y respetaban por igual. César era inteligente, audaz y no conocía la derrota pero, sobre todo, la amaba en cuerpo y alma. Entonces, ¿por qué sentía que nada de aquello importaba cuando Olimpo la miraba como lo hacía en aquel momento?

—¿Consideráis entonces apropiado que me convierta en vuestro médico personal? —preguntó Olimpo mientras se dirigía a la puerta de aquella estancia siguiendo los pasos de Adira.

—No veo qué razón podría existir para que no fuera así —comentó ella una vez que recuperó la compostura. A continuación se acercó a Olimpo y trató de mostrarse lo más indiferente posible en su respuesta—. Vuestros logros han llegado hasta nuestra ciudad —prosiguió—. Todo el mundo habla del joven médico de Tebas capaz de curar las más terribles afecciones.¿Qué mujer en mi estado no querría vuestra presencia a su lado? —inquirió.

—Me complace escuchar esas palabras de la reina de Egipto —declaró él con la misma actitud distante de Cleopatra—. Soy vuestro súbdito y, por lo tanto, os serviré tal como habéis ordenado.

Cleopatra escuchó atentamente las palabras de Olimpo. Él había dicho «vuestro súbdito», no «vuestro amigo», que es lo que ella habría deseado escuchar. ¿Es que había olvidado por completo todos los momentos que compartieron durante su infancia? Adira los había dejado solos. Ya no tenían por qué fingir que no se conocían. Entonces, ¿por qué él se empeñaba en continuar con aquella farsa? ¿Acaso era aquél el comportamiento que pensaba mantener siempre con ella?

—La reina no desea que permanezcáis en Alejandría si ése no es vuestro deseo —señaló ella, dolida por la actitud del joven.

—¿Qué medico no querría estar al servicio de una reina? —planteó Olimpo. Después miró fijamente a

Cleopatra y, por un momento, sintió un fuerte deseo de abrazarla y decirle cuánto la había echado de menos. Pero la joven que él recordaba se habría alegrado de verle, preguntándole a continuación todo tipo de cosas sobre su estancia en Tebas. Sin embargo, la que tenía delante se comportaba de una forma distante—. Será un placer velar por vuestra salud —manifestó antes de abandonar la habitación.

Una vez fuera, Olimpo sintió que el tiempo retrocedía hasta el momento en que abandonó Alejandría. Dentro de la habitación de Cleopatra se había sentido igual de perdido que en aquel entonces. ¿Es que todos los años que habían pasado distanciados no habían servido para nada? Hasta sus manos, acostumbradas a realizar los cortes más precisos sin que su pulso se alterara, habían temblado ante su presencia.

Olimpo había regresado a aquella ciudad convencido de poder dejar atrás el pasado. Hasta que tuvo el rostro de Cleopatra a escasos centímetros de él, pensaba que la medicina era su vida pero, por más que se empeñara en negarlo, acababa de comprender que su vida era la joven a la que acababa de ver.

Cleopatra permaneció inmóvil varios minutos. Ella estaba segura de sus sentimientos hacia César. Entonces, ¿por qué dudaba de aquella manera? Además, estaba esperando un hijo de él, del hombre que le había devuelto el trono y que le había demostrado su amor. Olimpo, por el contrario, se alejó de ella sin ni siquiera despedirse. En tal caso, ¿por qué dudaba? ¿Por qué había sido incapaz de mirarle a los ojos?

Mientras la incertidumbre se apoderaba de ella, Cleopatra supo que tenía que ver a César cuanto antes. Necesitaba sentir su tranquilizadora presencia y sus fuertes brazos rodeando su cuerpo. Luego cerró los ojos y trató de dibujar el rostro de su amante en su mente, lo que la ayudó a tomar una decisión: viajaría a Roma en cuanto diera a luz a su hijo.

17

Arsinoe se acercó a los barrotes de su celda y vio cómo se alejaba el vigilante hasta perderse entre las sombras de la prisión. Luego pensó en cada una de las palabras que aquel hombre había pronunciado.

Cleopatra navegaba hacia Roma en esos momentos. Después de más de año y medio separados, César esperaba su llegada para celebrar sus últimos cuatro triunfos sobre la Galia, el Ponto, los hijos de Pompeyo y... Egipto.

Desde la derrota del ejército de Ptolomeo y su posterior viaje a Roma, dos años atrás, Arsinoe sabía que formaría parte de las celebraciones, ya que sería exhibida durante el desfile preparado para rendir honores al César. La obligarían a caminar encadenada a la espera de que la multitud la humillara con sus insultos. Pero ella sabría sacar partido de esa situación. Convertiría aquel acto tan deshonroso en una oportunidad de convencer a los romanos de la crueldad de Cleopatra. Mostraría un aspecto totalmente inofensivo, fingiendo ser una víctima de las ambiciosas aspiraciones de su hermana. Sólo así la multitud intercedería a su favor para que le perdonaran la vida. Sus compañeros de prisión, entre los que estaban Vencingetorix, el jefe de las tribus galas que se habían rebelado contra Roma, no gozarían de la misma suerte. Ellos estaban condenados a morir, pero Arsinoe sabía sacar el mayor partido a los dones con los que había sido bendecida. Su belleza y el papel de víctima que había representado desde su llegada a Roma, cautivaba a la mayoría de los guardias, quienes le daban un trato diferente al del resto de los prisioneros. Y eso le había permitido conocer todo lo que había sucedido en Alejandría desde su partida.

Cleopatra había dado a luz a un hijo de César, algo

que, desde luego, perjudicaba sus planes, puesto que le garantizaba el respaldo del gobernador. Pero la situación política de Roma no era nada clara. Mientras que el pueblo mostraba un apoyo incondicional a César, una gran parte de los senadores desconfiaban de sus pretensiones. Roma era una república y un líder como él representaba una amenaza para ese sistema.

Ella misma se había encargado de difundir todo tipo de rumores entre las mujeres que visitaban a los prisioneros. Gracias a sus comentarios, toda la sociedad romana pensaba que su hermana era una mujer manipuladora que había hechizado a César y que sólo deseaba adueñarse de todo cuanto éste poseía.

Arsinoe sonrió al recordar el desconcierto de las mujeres después de que ella les asegurase que acabaría convenciendo a César para que repudiase a Calpurnia y la convirtiera en su legítima esposa.

En Roma, como en cualquier otra ciudad donde la mitad de sus habitantes conspiran contra la otra mitad, los rumores circulaban con gran rapidez. Ese hecho le garantizaba que todo romano conociera las pretensiones de Cleopatra. Además, sus comentarios no perjudicaban únicamente a su hermana, sino que también iban en contra de César. Aquel hombre no sólo había conseguido derrotarla: también se había atrevido a conducirla hasta Roma para humillarla. Pero ella había sido capaz de sacar partido de esa situación, alimentando las sospechas sobre su deseo de convertirse en rey.

Faltaba poco tiempo para que Cleopatra llegara a esa ciudad, pero sus acciones lograrían que su hermana tuviera una acogida totalmente diferente a la que ella esperaba.

18

Cleopatra observó su imagen una última vez antes de decidir si aquél era el aspecto que deseaba lucir esa noche. Si aquélla iba a ser su presentación en la sociedad romana, quería asegurarse de que su aparición en la cena no dejara indiferente a nadie.

Adira acabó de colocar los pequeños aros dorados sobre el pelo que había trenzado con paciencia a lo largo de la tarde. La sirvienta sabía que, con cada movimiento de Cleopatra, aquellos adornos resaltarían sobre su pelo oscuro, embelleciendo su imagen. Luego buscó en un pequeño cofre un colgante dorado que colocó con suavidad alrededor del cuello de la soberana.

—Los dioses de Egipto os acompañarán esta noche —señaló después de ver cómo resplandecía la enorme amatista que representaba el ojo de Horus sobre la piel de Cleopatra. Los romanos, y en especial César, apreciaban aquellos adornos y una joya así no pasaría desapercibida entre los invitados.

Aunque la mayoría de las mujeres de Alejandría lucían túnicas griegas, Cleopatra prefería vestirse siguiendo las antiguas tradiciones egipcias. En esa ocasión, había elegido una fina y sencilla túnica de color púrpura. Ella sabía que aquél era el color de la toga de César, por lo que aquella decisión constituía toda una provocación a la sociedad romana, algo que le causaba un enorme placer.

Cleopatra era consciente de que esa noche sería objeto de todo tipo de comentarios y no pensaba mostrar ningún signo de debilidad. César le había enseñado que la mejor defensa era un buen ataque y ésa sería su actitud durante la velada.

—Una reina que se encuentra tan lejos de su hogar no

debería mostrarse muy confiada en que Roma la acepte —la advirtió Adira.

—No necesito la aprobación de Roma —se apresuró a decir ella—. Sólo necesito el amor de un romano —añadió ante los continuos reproches de Adira. Cleopatra sabía que la joven estaba en contra de su viaje a esa ciudad. Alejarse de Egipto había sido muy duro para ella, que no sabía si la protección de Isis podría ayudarlas en tierras tan lejanas a los santuarios de la diosa.

—Deberíais llevar la doble corona —le aconsejó.

—No necesito que un adorno les recuerde mi condición de soberana —repuso ella—. Dejaré que mi aspecto y mis palabras les demuestren que soy la reina de Egipto —agregó, intentando aparentar una seguridad que, desde luego, no sentía.

Adira la conocía demasiado bien como para dejarse engañar por sus palabras. Aun así, admiraba el coraje con el que se enfrentaba a todas las situaciones. Cleopatra era más fuerte de lo que hubiera imaginado. Por asustada que estuviera, siempre trataba de mantenerse segura y confiada. Ella sabía que temía haber perdido el amor del romano, pero nunca se atrevería a confesarlo.

—Estoy convencida de que César espera ansioso el momento de veros de nuevo.

—Entonces, ¿por qué no acudió a recibirme al puerto? —preguntó ella. En las cartas que se habían escrito durante su separación, César no dejaba de comunicarle sus deseos de verla a ella y al pequeño Cesarión. Si sus palabras eran sinceras, ¿por qué no había acudido hasta la villa donde se alojaba para disfrutar de su presencia y de la de su hijo?

—Debéis recordar que estáis en Roma —repuso Adira.

—¡Él fue quien me invitó a venir! —exclamó ella enfadada—. ¡Y ahora parece haberse olvidado de mí!

Adira miró a Cleopatra, sorprendida por sus palabras. ¿Cómo podía ser tan testaruda como para no ver el enorme gesto de amor que César había realizado al pedirle que viajara a Roma?

—Os estáis comportando como una chiquilla

caprichosa —le recriminó la sirvienta—. Por si no lo recordáis, César tiene una esposa romana y, aun así, os ha pedido que celebréis con él su victoria. ¿No os parece que estáis siendo demasiado dura con él?

Cleopatra no contestó. En el fondo, sabía que Adira tenía razón. Era el temor de que la distancia hubiera borrado los sentimientos de su amado lo que la hacía actuar así.

Antes de partir, Cleopatra se acercó a donde dormía su hijo y contempló su rostro. Aunque su verdadero nombre era Ptolomeo César, el pueblo le había bautizado como Cesarión. Nadie podía negar que aquel niño fuera hijo de César: había heredado muchos de sus rasgos. Tan sólo el tono de su piel, algo más moreno que el de los delicados niños romanos, dejaba constancia de que procedía de una de las regiones más prósperas y exóticas del mundo. Transcurridos unos segundos, se separó de la cuna y se dispuso a acudir a la residencia del hombre que dirigía el destino de Roma.

Después de que el nombre de la reina de Egipto resonara en la entrada, un silencio se adueñó de aquel lugar. Todas las miradas se posaron en ella y, por un momento, se sintió algo incómoda. No obstante, pronto recordó que aquél era su destino. Había nacido para acaparar toda la atención, para doblegar voluntades y para obtener todo cuanto deseaba, así que continuó caminando de una manera altiva y provocadora, algo que no le costaba el menor esfuerzo.

En cuanto su mirada se cruzó con la de César, supo que los meses de separación no habían alterado en absoluto los sentimientos del romano. Para su sorpresa, ella también sintió un incontrolable deseo de abalanzarse sobre aquel hombre y cubrirlo de besos. Quería decirle cuánto había extrañado su presencia y todos los planes que había trazado para ambos. ¿Cómo podía haberle asaltado la menor duda sobre sus sentimientos hacia ese hombre? En Alejandría,

todo resultaba confuso. La presencia de Olimpo había sembrado la incertidumbre en su corazón. Ahora la visión de César disipaba cualquier temor. Sin duda, ella amaba al general, al conquistador, al político pero, sobre todo, amaba al hombre que se escondía bajo todos aquellos títulos.

—Es un honor recibir en mi villa a tan insigne invitada —señaló César tomando la mano de Cleopatra.

—En Alejandría acostumbramos a recibir en persona a nuestros insignes invitados —remarcó ella con actitud distante. Puede que Adira tuviera razón, pero no quería que él supiera la intensidad con la que ella le amaba.

—César pide disculpas por no ser más considerado —se excusó él, divertido ante el tono que empleaba la joven. Cleopatra era capaz de mostrarse dulce y amenazadora al mismo tiempo. Él nunca sabía cómo iba a reaccionar y eso lo fascinaba—. La reina de Egipto debería saber que mi corazón no ha dejado de soñar con este encuentro desde el mismo momento en que ella llegó a nuestra ciudad.

—También deberíais saber que valoro más los hechos que las palabras.

—Entonces encontraré la forma de demostraros que no miento —prometió él—. ¿Compensaría así mi falta de diplomacia por no haber podido visitaros antes?

—Lo sabréis al final de la velada —dijo ella con una tímida sonrisa en los labios—. Deberíais presentarme a todas estas personas —añadió en un tono lo suficientemente alto como para que los presentes pudieran oírla—. Si van a continuar mirándome así, al menos debería saber quiénes son, ¿no creéis?

—Permitidme ser vuestro anfitrión —intervino un hombre tomándola por el brazo con tanta familiaridad que Cleopatra no pudo ocultar su sorpresa.

—Marco Antonio sabrá divertiros durante mi breve ausencia —señaló César después de que uno de sus soldados solicitara su presencia con urgencia.

—En Alejandría no acostumbramos a abandonar a nuestros invitados de una forma tan precipitada —replicó

ella, ofendida por el comportamiento de César.

—Es el precio de ser el amo del mundo —remarcó Marco Antonio al quedarse a solas con Cleopatra.

—Permitidme recordaros que hay lugares que no pertenecen a Roma —le aclaró ella.

—Tenéis razón —admitió él—, pero estaréis de acuerdo conmigo en que ni siquiera Egipto escapa al control de César. —El rostro de la reina se alteró por el atrevimiento de Marco Antonio, lo que no pasó desapercibido para el lugarteniente de César—. Si hubiera sabido que os convertiríais en una mujer tan hermosa, jamás habría abandonado Alejandría —afirmó Marco Antonio, ya que había conocido a aquella mujer cuando no era más que una muchacha de catorce años de edad. Pero habían transcurrido diez años desde entonces y ahora Cleopatra era una atractiva mujer cuyo encanto no pasaba desapercibido para nadie.

—Os perdonaré vuestro descaro en virtud del servicio que prestasteis a mi padre —anunció ella, dado que aquel hombre era el general que lideró las tropas romanas que derrotaron a Berenice.

—Vuestro padre fue declarado amigo de Roma —recordó él—, y Roma siempre acude en ayuda de sus aliados.

—Deberíais decir más bien que siempre auxilia a quienes pueden pagar esa ayuda —lo corrigió ella de una manera tan natural que Marco Antonio dejó escapar una carcajada que llamó la atención del resto de los invitados.

—Dejadme que os presente a algunas de las más importantes damas de la sociedad romana —le propuso Marco Antonio mientras la conducía hasta el otro extremo de la sala, donde varias mujeres la miraban totalmente intrigadas porque todas conocían los rumores difundidos por Arsinoe.

—La esposa de César no necesita presentación —se apresuró a decir Cleopatra después de advertir que aquella mujer la miraba de una forma totalmente diferente a las demás—. Debéis de ser Calpurnia —añadió de manera

gentil.

Durante meses se había preguntado qué aspecto tendría esa mujer. No era ni mucho menos atractiva, pero tenía que reconocer que su aspecto inspiraba una sensación tranquilizadora.

—La esposa de César os recibe con el mismo afecto que os dispensa mi marido.

Cleopatra escuchó atentamente esas palabras y no pudo reconocer odio en las mismas. En varias ocasiones, había oído hablar de las virtuosas mujeres romanas. Calpurnia representaba, sin duda, un ejemplo perfecto de ese grupo. Ella jamás hubiera mantenido la compostura de esa manera ante la mujer que había dado un hijo a su esposo.

—Es un honor conocer a la mujer que ha mantenido a César tan ocupado durante los últimos meses —reconoció otra mujer, mucho más hermosa, situada junto a Calpurnia.

—Es Alejandría —se apresuró a puntualizar Cleopatra, convencida de que ese mordaz comentario sólo pretendía herir a Calpurnia —y no su reina quien consigue doblegar la voluntad de los hombres.

—Permitidme que os presente a Servilia —intervino Marco Antonio, divertido ante el modo que Cleopatra respondía a las provocaciones de aquellas mujeres.

—Soy la madre de Bruto —aclaró Servilia—, a quien, como ya sabréis, César quiere como un hijo. —Cleopatra trató de disimular el rechazo que aquella mujer le producía. A diferencia de Calpurnia, tenía la mirada envenenada. Los rumores aseguraban que Bruto era hijo de César, dado que aquella mujer era una de sus amantes más antiguas.

¿Cómo podía Calpurnia mostrar esa serenidad? Debía de amar a César más de lo que habría imaginado y prefería compartirlo a perderlo definitivamente.

—Debe de resultar incómodo para alguien que aprecia a César que su hijo le traicionara —señaló Cleopatra. Aquel comentario consiguió que el rostro de Servilia adquiriera una expresión totalmente diferente.

—Veo que Cicerón reclama nuestra presencia —intervino Marco Antonio apartando a Cleopatra de aquel

grupo de mujeres, dado que el enfrentamiento parecía inevitable.

—Espero tener la oportunidad de continuar con esta conversación más adelante —dijo Cleopatra con una actitud totalmente natural, como si hubiera disfrutado de aquel encuentro.

—Admiro vuestro atrevimiento —reconoció Marco Antonio mientras avanzaban hacia el lugar donde Cicerón conversaba con un grupo de romanos—. Con ese tipo de comentarios, tardaréis en hacer amigas en Roma.

—No tengo ninguna intención de estrechar vínculos con una mujer así —aseguró ella—. No entiendo qué pudo ver César en ella.

—Veo que os habéis tomado la molestia de investigar en la vida de César.

—Si algo me ha enseñado el pasado es que conviene conocer el terreno que uno pisa —confesó ella—. Como soldado experimentado en la guerra, ¿no opináis lo mismo?

—Reconozco que vuestra teoría es del todo cierta —convino Marco Antonio clavando su mirada en la profundidad de los ojos verdes de Cleopatra—. No conviene lanzar un ataque si antes no se ha estudiado previamente al enemigo.

—Si continuáis mirándome así —se atrevió a decir ella—, tendré que pensar que es a mí a quien consideráis vuestro oponente —se sinceró ella después de observar que Marco Antonio parecía estudiar cada uno de sus movimientos.

—Espero que la reina sepa disculpar los bastos modales de este pobre soldado —comentó él, sin avergonzarse lo más mínimo por su comportamiento—. Las largas campañas de guerra hacen que uno valore en mayor medida la belleza cuando la tiene ante sí, tal como me ocurre a mí en estos momentos —explicó antes de llegar al lugar donde Cicerón defendía fervorosamente los valores de la República.

—Espero que Marco Antonio os haya tratado como merece vuestro cargo —fue lo primero que dijo Cicerón, remarcando sus últimas palabras, sin duda para hacer

referencia al desagrado que le producían las monarquías.

—La compañía del general está resultando de lo más reveladora —aseguró ella. Luego observó con interés al hombre que se había convertido en uno de los críticos más severos de César.

—Debo felicitaros por vuestro dominio del latín —reconoció Cicerón.

—Alejandría recibe con los brazos abiertos a visitantes de los más lejanos lugares. Considero apropiado para una reina —ella también remarcó este término—, poder hablar a sus súbditos en su propio idioma. Además, la necesidad de recurrir a un intérprete, además de incómoda, puede resultar confusa. ¿No creéis que en ocasiones resulta fácil malinterpretar las palabras?

—Hacéis bien en dar tanta importancia a esos detalles, majestad.

—Alguien con vuestros conocimientos seguramente disfrutaría de una visita a nuestra biblioteca —opinó Cleopatra—. Cuando deseéis, puedo ordenar que traduzcan cualquier texto que anheléis leer —remarcó ella para recordarle su capacidad de leer casi cualquier manuscrito en su idioma original.

Cicerón sonrió de manera forzada mientras agradecía la propuesta de Cleopatra, quien se vio obligada a desplegar todo su ingenio para acallar los malintencionados comentarios de todas las personas con las que hablaba.

¿Dónde estaba César? ¿Por qué la estaba obligando a defenderse de toda aquella gente sin su ayuda?

—Decidle a vuestro gobernador que la reina de Egipto agradece su invitación —habló en voz lo suficientemente alta para que todo el mundo pudiera escuchar sus palabras—, pero sus deberes como madre de Ptolomeo César —Cleopatra pronunció el nombre de César con más énfasis para aclarar quién era el padre del niño— reclaman su presencia —concluyó antes de dirigirse a la puerta de la villa.

¿Quién se creía César para despreciarla de aquella manera? Había viajado durante días para llegar hasta allí y

ahora él ni se molestaba en dedicarle algo de su tiempo. Puede que hubiera sido una ingenua al pensar que correría a refugiarse en sus brazos en cuanto ella desembarcara en Italia pero, desde luego, no estaba dispuesta a permitir que la tratara con aquella indiferencia ni un día más.

Antes de que abandonara la Domus Publica, Marco Antonio la tomó nuevamente por el brazo y la condujo hasta uno de los jardines más apartados de la villa. Cleopatra lo miró desconcertada. ¿Tal vez aquel hombre pretendía tomarse más confianzas de lo que le correspondía?

—Podéis estar tranquila —la sosegó él, como si hubiera leído el pensamiento de la joven—. Los dioses no son tan benévolos conmigo —le susurró al oído antes de alejarse de allí mientras se repetía a sí mismo que aquella mujer era la amante de César y él su general. Entonces, ¿por qué le resultaba tan difícil apartar sus ojos de ella?

—Espero que sepáis perdonar mi ausencia —se disculpó César después de mostrarse ante la reina. Esa misma noche había tenido conocimiento de una conspiración para acabar con la vida de Cleopatra. Afortunamente, había podido tomar las medidas necesarias para mantenerla a salvo.

—Podéis continuar con esos asuntos que os mantienen tan ocupado —le recriminó Cleopatra enfadada—. La soberana de Egipto y su hijo regresarán mañana a Alejandría, donde son tratados con respeto y admiración —agregó acto seguido mientras volvía la espalda a César para dirigirse de nuevo a la salida de aquel lugar. Pero, mientras lo hacía, rogó a Isis que César la detuviera antes de que abandonara la villa.

—¿Acaso ya no deseáis mi compañía? —preguntó el romano tras la reacción de la egipcia.

—No si os comportáis de este modo —afirmó ella—. El hombre a quien conocí en Alejandría mantendría esta conversación en el interior de la villa y no a escondidas en el jardín —le reprochó Cleopatra, reprimiendo sus deseos de abrazarlo. ¿Cómo podían haber estado separados tanto

tiempo?

—¿Creéis que si os acompaño personalmente a vuestra residencia compensaría la actitud que me he visto obligado a adoptar durante los dos últimos días?

—Vuestros invitados se extrañarían ante la ausencia —advirtió Cleopatra satisfecha con el plan propuesto.

—César no tiene por qué dar explicaciones sobre sus decisiones —aclaró él acercándose nuevamente a la joven.

—Aún no se si os he perdonado por vuestro comportamiento —le advirtió ella ante la mirada atónita del romano. Luego le sonrió al tiempo que dejaba que sus brazos la rodearan por completo. César la miró con pasión y ternura a la vez.

Él, que había combatido en cientos de batallas, que se había enfrentado a innumerables peligros, estaba totalmente desarmado ante aquella mujer. La sola presencia de la reina de Egipto conseguía que olvidara quién era. Borraba incluso su pasado para pensar únicamente en el futuro que le aguardaba junto a aquella mujer.

Después de besarla con pasión, César ordenó a dos esclavos que los condujeran hasta la villa para conocer al hijo que Cleopatra le había dado, consciente de que ese gesto sería considerado como una ofensa entre los romanos. Aun así, se mantuvo sereno. Amar a la reina de Egipto de la forma en la que él lo hacía significaba poner en peligro su vida y, por lo tanto, arriesgar el futuro de Roma. No obstante, por una mujer así, estaba dispuesto a hacerlo.

19

Adira se acercó a una de las ventanas de la villa y vio que Apolodoro conversaba con una de las esclavas romanas en actitud cariñosa. Aquella imagen consiguió alterarle de tal manera que abandonó la casa segundos después para ir en busca del siciliano.

Cuando estaba a punto de llegar a su lado, se detuvo. ¿Por qué había reaccionado de esa forma? Ella nunca solía actuar de modo tan impulsivo. Siendo así, ¿por qué había ido en busca de Apolodoro?

Aquel hombre despertaba su interés. En cierto modo, era como Cleopatra. Apolodoro no se detenía ante nada. Cuando quería algo, no cejaba en su empeño hasta conseguirlo. Además, contaba con un humor excelente. Por mal que fueran las cosas, siempre conseguía hacerla sonreír y eso le gustaba. Adira también sabía que era muy atractivo y eso le permitía gozar de los favores de muchas de las mujeres, pero él se resistía a atarse a ninguna. Le gustaba moverse con la libertad que implicaba su actual estado. Además, eso le permitía tener el tiempo suficiente como para velar por la seguridad de la reina, algo que ella valoraba y agradecía.

—¿Cleopatra necesita mi ayuda? —preguntó él después de ver a la joven en el jardín.

Adira, consciente de que no tenía ninguna excusa para reclamar la presencia del siciliano, no supo qué contestar y regresó corriendo a la villa. Apolodoro, extrañado, se despidió de la joven y fue al interior de la casa.

Ésta, que aún no comprendía qué le había podido llevar a comportarse de aquella manera, no fue capaz de

mirarle a los ojos. Apolodoro la conocía bien y se acercó a ella para averiguar lo que le sucedía.

—No deberías temer por la vida de Cleopatra —la tranquilizó él, pensando que ése podía ser el origen de la preocupación de la joven.

—Sé que cuenta con tu protección —afirmó ella—, y eso me tranquiliza.

—Muy pronto regresaremos a Egipto —aseguró él, ya que sabía lo duro que había sido para Adira abandonar su país. Su estancia en Roma se había prolongado más de lo que hubieran imaginado cuando llegaron a aquella ciudad, un año y medio atrás.

Intentando tranquilizarla, Apolodoro se acercó a la sirvienta y la abrazó. Aquello la pilló por sorpresa; como movida por un resorte, se apartó de él y abandonó aquella estancia sin dar tiempo a que el siciliano pudiera decir o hacer nada más.

Al ver como la silueta de Adira desaparecía, él se preguntó qué era lo que podía haber molestado a la joven. Mientras regresaba al jardín pensó en la cantidad de mujeres que conocía y llegó a una conclusión: nunca llegaría a entenderlas.

Mientras la litera que la transportaba hasta el foro avanzaba por las calles de Roma, Cleopatra recordó el desfile celebrado allí mismo para conmemorar las cuatro últimas victorias de César. Los romanos habían disfrutado de cada uno de los espectáculos preparados para rendir honores a su gobernador.

Aunque su hermana era una traidora, había sido incapaz de disfrutar viendo cómo desfilaba encadenada. Si Isis no hubiera velado por su victoria hubiera podido ser ella, y no Arsinoe, la prisionera de Roma.

La multitud se había apiadado del rostro inocente de su hermana y pidió a César clemencia para la joven. Éste no había tenido más remedio que ser magnánimo y enviar a Arsinoe a un templo en Éfeso, donde pasaría el resto de sus

días expiando sus faltas. El resto de los prisioneros no habían gozado de la misma suerte y fueron ajusticiados en público.

Cleopatra había quedado sorprendida con la actitud de Vercingetorix, el jefe de una de las tribus que más problemas había ocasionado a César durante la guerra de las Galias. A pesar de que sabía que estaba a punto de morir, no había bajado la mirada ni un solo momento, mostrando que jamás se arrodillaría ante Roma. Era él y no su hermana, el que merecía la clemencia de César, pero el destino no siempre se aliaba con los valientes, algo que, a partir de ese momento, recordaría para siempre. Aun así, si algún día era ella la que se encontraba a merced de Roma, esperaba tener un comportamiento tan digno como el de aquel cabecilla galo.

En cuanto la litera llegó al nuevo foro levantado por César, Cleopatra observó complacida que el romano había intentado reproducir todo lo que había visto en Alejandría. A su regreso, había dispuesto todo tipo de mejoras para Roma. Quería construir bibliotecas y teatros. Había remodelado el calendario siguiendo los consejos de uno de sus astrónomos

César, que la esperaba en la parte más alta del templo de Venus, sintió que su corazón latía con más fuerza en cuanto Cleopatra bajó de la litera. Sin duda, amaba a aquella mujer. Ella le hacía sentir más joven. Cuando la egipcia estaba a su lado, el peso que recaía sobre sus hombros parecía más liviano.

—Me agrada ver que habéis aceptado mi petición.

—Y a mí me duele ver que no intentáis cumplir las mías —le reprochó ella, logrando que César sonriera. Cleopatra no desistía hasta obtener lo que quería y él la admiraba por ello.

—Os equivocáis —la corrigió. Si con la decisión de invitar a la reina de Egipto a Roma había obtenido las críticas de gran parte de la ciudad, con su última acción desataría la furia de muchos de los que aún no le habían juzgado—. Seguidme —le pidió mientras tomaba su mano

para conducirla hasta el interior del templo donde había ordenado levantar una estatua de Venus.

Una vez dentro, Cleopatra lo miró sin comprender qué era lo que él esperaba de aquella visita. ¿Debía mostrarse sorprendida?

Los templos de Alejandría eran igual de ostentosos que el que César había erigido en el foro. Así las cosas, ¿por qué la miraba expectante?

—He decidido que este templo sea la prueba que Roma necesita sobre mis futuras intenciones —confesó César con voz firme. Luego se acercó a la estatua que representaba a la diosa Venus y comprobó que el artista que había tallado aquella obra merecía cada uno de los sestercios pagados por su trabajo.

Cleopatra lo siguió hasta colocarse a los pies de la estatua, comprendiendo entonces el motivo por el que Julio César la había llevado hasta aquel lugar.

¡Una estatua suya! César había decidido consagrar aquel templo a Cleopatra, la reina de Egipto. Emocionada ante aquel gesto de amor, se acercó al rostro del general romano y besó suavemente sus labios. Acto seguido recordó que Apolodoro le había advertido sobre una posible traición a César y la emoción se transformó repentinamente en preocupación.

—¿Acaso no os agrada la sorpresa? —le preguntó César después de advertir el cambio en su mirada.

—Vuestro pueblo os acusará de traición —aseguró ella mientras se separaba de él—. Debéis retirar la estatua de inmediato —le ordenó después. Con aquel gesto, él acababa de demostrarle que era capaz de desafiar a Roma por ella. Ahora no tenía la menor duda de que encontraría el modo de legitimizar su unión y reconocer a Cesarión como su futuro heredero. Pero nada de eso ocurriría si César permitía que antes acabaran con su vida.

—Los dioses han permitido que me convirtiera en el hombre que soy ahora —expuso él sin mostrar la menor preocupación por las palabras de Cleopatra—. Ellos me han conducido hasta la victoria en cada una de mis batallas.

¿Por qué deberían volverme la espalda ahora?

—No dudo de la protección de vuestros dioses romanos —confesó Cleopatra, quien había contado con la ayuda de Isis toda su vida—. Son los hombres que empuñaron su espada contra César y que ahora besan su mano los que me preocupan.

El romano observó el rostro de Cleopatra y advirtió verdadera inquietud en su mirada. Nunca una mujer le había fascinado del modo en que lo hacía aquella joven. Por eso se alegraba de que hubiera visitado Roma, puesto que quienes le criticaban habían podido comprobar por sí mismos que la reina de Egipto no dejaba indiferente a nadie.

Todos cuantos habían conversado con ella alababan su inteligencia y elocuencia. Cicerón había quedado tan impresionado de sus habilidades como oradora que no había tenido más remedio que criticar otros aspectos, únicamente porque no soportaba la existencia de una mujer que pudiera expresarse mejor que él. ¿Qué mujer podía hablar a los etíopes, hebreos, árabes, sirios, medos o partos en su propio idioma? Y los que no caían rendidos ante su mente lo hacían por su belleza. Él mismo había observado la mirada de Marco Antonio cada vez que estaba junto a ella. Pero ¿cómo reprocharles su comportamiento si él mismo había quedado prendado de sus encantos?

—¿Creéis que la vida de César habría corrido menos peligro de no conocer a la reina de Egipto?

—Sin duda —contestó él—, pero no habría sido ni la mitad de interesante —agregó mientras acariciaba su hermoso rostro—. Os hice una promesa —le recordó César —. Encontraré el modo de que mi pueblo acepte nuestra unión y Cesarión será un día el hombre que gobierne un imperio mayor que el de Alejandro Magno —aseguró después, con tal decisión que Cleopatra olvidó sus temores.

Delante de ella estaba el hombre que, contra todo pronóstico, había vencido al ejército de su hermano. Aquél era el general que había conquistado la Galia, que había sobrevivido a dos guerras civiles. Si él estaba tan seguro de

poder cumplir su promesa, ella no tenía motivos para temer por su vida. Luego lo abrazó con fuerza, sintiéndose totalmente a salvo entre aquellos brazos y sin ni siquiera sospechar lo cerca que estaba el destino de poner a prueba, una vez más, su fortaleza y demostrarle así lo equivocada que estaba.

20

Olimpo se acercó a una de las plantas que crecían en el jardín del palacio real y trató de cortar una de sus delicadas flores. Pero ésta estaba protegida por unas pequeñas espinas que le produjeron un intenso dolor en el dedo.

Al ver el modo en que aquella flor tan hermosa se defendía, Olimpo pensó en Cleopatra. Bajo la belleza de aquella joven se escondía un espíritu rebelde y guerrero.

¡Cómo la echaba de menos! No había un solo día en que no extrañara su presencia. ¿Cómo podía haber permanecido tantos años alejado de aquella mujer?

Practicar el arte de la medicina le reportaba grandes satisfacciones pero una parte de él se preguntaba como sería su vida si jamás hubiera abandonado Alejandría, pero, sobre todo, si el paso del tiempo habría conseguido cambiar su relación con Cleopatra. ¿Habría podido llegar a despertar el interés de la mujer a la que amaba si él no se hubiera ido?

Aunque Olimpo sabía que ahora Cleopatra amaba a César, desde su regreso a Alejandría, se había conformado con verla a diario. Ahora no sólo debía enfrentarse a su ausencia, sino que tenía que soportar la idea de que, en aquellos momentos, sería César quien estaría junto a ella.

La sola idea de que el romano la besara, le alteraba de tal manera que le impedía concentrarse en su trabajo.

Al ver el modo en que una muchacha, a la que había curado días atrás, le sonreía, Olimpo deseó poder olvidar a Cleopatra. Alejandría estaba llena de mujeres bonitas, ¿por qué no podía amar a ninguna de ellas? ¿Acaso estaba condenado a vivir encadenado al amor que sentía por Cleopatra?

Continuó caminando mientras pensaba en los

preocupantes rumores que llegaban de Roma. La situación era peor de lo que hubiera imaginado. César amenazaba con proclamarse rey y eso ponía en grave peligro a su amada.

Si algo le ocurriera a César, Cleopatra estaría indefensa en una ciudad tan lejana como Roma. El destino era tan irónico que le obligaba a desear que César no corriera ningún peligro porque sólo así podría proteger a Cleopatra.

En aquellos momentos, únicamente deseaba que regresara sana y salva. La posibilidad de perderla era mucho peor que el hecho de no tenerla, así que se prometió a sí mismo que aprendería a vivir con su amor hacia la reina si ella regresaba a su lado, sin ni siquiera sospechar que llegaría un día en que eso no sería suficiente.

21

Apolodoro observó el interior de la taberna y se dio cuenta de que era el único lugar donde uno no diferenciaba en qué país estaba. Allí siempre se podía disfrutar de una jarra de vino y de la compañía de las mujeres.

Aunque una hermosa joven se acercó a él y llenó su copa, Apolodoro apenas se fijó en ella. Hacía semanas que una extraña sensación se había apoderado de él. Desde que abrazara a Adira, no podía dejar de pensar en ella. Tal vez aquella ciudad estuviera confundiendo sus sentidos.

Cuando se disponía a beber de su copa, un hombre entró en el establecimiento y gritó algo que hizo que se levantara inmediatamente. Transcurridos unos segundos salió a la calle y comprobó que las palabras de aquel desconocido eran ciertas.

La situación era mucho peor de lo que hubiera imaginado. Sin duda, el desconcierto se había apoderado de Roma, sumiéndola en un caos que impedía incluso el acceso a las principales calles de la metrópoli.

Con gran dificultad, trató de abrirse paso entre la gente. Debía llegar cuanto antes a la villa y asegurarse de que todos estaban en perfecto estado. Pero ¿cómo hacerlo si apenas podía moverse entre una enloquecida multitud que reclamaba venganza por el asesinato de César?

Tal como aseguraban los rumores, los enemigos del gobernador habían consumado su traición de la forma más vil y cobarde. Durante una reunión del Senado, César había recibido cuarenta y cuatro puñaladas bajo la estatua de Pompeyo. Irónicamente, el gobernante había perdido la vida bajo la atenta mirada del que fue a la vez un buen aliado y un poderoso enemigo.

El pueblo amaba a César y la noticia de su muerte

había causado ya cientos de heridos, porque eran muchos los que, movidos por sus deseos de venganza, habían castigado a quienes consideraban responsables de aquel magnicidio. Pero el bienestar de los romanos no le importaba en absoluto. Su única preocupación era poner a salvo a las dos mujeres con las que había pasado los últimos cuatro años de su vida. La reina no contaba con la aprobación de la sociedad romana y, tras la muerte de César, debía abandonar la urbe lo antes posible. Además, si los asesinos habían tenido el valor de traicionar a la persona que perdonó sus antiguas faltas, ¿qué serían capaces de hacer a la joven soberana y a su hijo?

A pesar de sus esfuerzos por avanzar, Apolodoro acabó aceptando que estaba atrapado en mitad del tumulto.

Adira se acercó a la cuna y tomó a Cesarión en sus brazos. Normalmente aquello era suficiente para calmar al niño, pero en aquella ocasión el llanto del pequeño continuó resonando en mitad de la noche. ¿Realmente aquella criatura era capaz de percibir lo que había sucedido?

Ella siempre había mostrado su desacuerdo con aquel viaje. El lugar de Cleopatra no estaba entre los romanos, sino en Egipto. El poder de Isis era inimaginable, así que esperaba que la diosa pudiera protegerlos estando tan lejos de su hogar.

Cleopatra se acercó al niño, que aún no había cumplido los tres años de edad, y acarició uno de sus pequeños brazos. Aquélla era la única razón de que todavía se mantuviera en pie. Cuando la noticia de la muerte de César llegó a la villa, el dolor se apoderó de su corazón y de su mente de tal manera que creyó volverse loca.

—¿Por qué César fue tan confiado? —inquirió una Cleopatra desolada—. ¿Por qué no escuchó mis advertencias?

—Los hombres como César forjan su propio destino —contestó Adira—. No es fácil para alguien así seguir otros

consejos que no sean los que le dicta su propia intuición.

—Los dioses en los que tanto confiaba lo abandonaron cuando más les necesitaba —sentenció ella—, reservándole la peor de las suertes.

—No fueron los dioses, sino otros romanos quienes alzaron sus puñales contra él.

—Y yo les maldigo por ello —musitó Cleopatra con la mirada llena de ira, después de recordar cómo aquellos hombres, a los que César había perdonado, habían sido capaces de traicionarlo.

El hombre con el que había planeado vivir toda su vida ya no estaba. Una vez más, el destino le arrebataba a alguien a quien amaba. ¿Cómo iba a sobreponerse a la muerte de César? ¿De dónde iba a sacar las fuerzas necesarias para seguir adelante sabiendo que no volvería a verlo?

Cleopatra se acercó a la ventana y contempló el caos que asolaba aquella ciudad: desde la villa podían distinguirse numerosos incendios en muchos de los edificios de Roma.

—Si las casas que arden son las de los implicados en la traición, espero que sus dueños se consuman con ellas —deseó la reina. A continuación se alejó de la ventana y regresó junto al pequeño Cesarión.

La mayoría de los soldados que protegían la villa habían abandonado su posición nada más conocer la noticia de la muerte de su líder. Hasta el último de los romanos había querido comprobar por sí mismo si el rumor que circulaba por la ciudad era cierto. Y eso la había dejado en una posición muy delicada porque estaba totalmente a merced de sus enemigos.

—¿Qué ha sido eso? —quiso saber Cleopatra, preocupada después de oír un ruido procedente del otro extremo de la villa—. No salgas de aquí —le ordenó a Adira después.

Luego abandonó aquella estancia para dirigirse al comedor principal de la villa y comprobó que el ruido no procedía de allí. Acto seguido, avanzó hacia el peristilo, el

patio central que tenían todas las casas romanas.

Al ver sobre el frío suelo el cuerpo inerte de un soldado romano, palideció. No obstante, el temor por la vida de su hijo le hizo reaccionar rápidamente y coger la espada del legionario.

Antes de que pudiera regresar a sus aposentos, alguien, situado a su espalda, la inmovilizó por completo. Aunque intentó gritar para alertar a Adira, el agresor la silenció colocando la mano sobre su boca, obligándola después a avanzar hasta la parte posterior de una estatua de Júpiter.

—No os conviene hacer ruido —le susurró al oído Marco Antonio mientras le señalaba la presencia de dos hombres en el extremo opuesto del patio.

Por un momento, las dudas comenzaron a asaltarla. ¿Significaba aquello que Marco Antonio sólo pretendía protegerla? O por el contrario, ¿habría acudido también a la villa con la intención de hacerle daño?

Al notar que el romano aumentaba la presión que ejercía sobre ella, como si disfrutara de aquel contacto entre sus dos cuerpos, se estremeció. Marco Antonio tenía un cuerpo fuerte y vigoroso y desprendía un aroma diferente a cualquier otro que ella hubiera percibido nunca. El romano presumía de descender del mismísimo Hércules y ella se preguntaba si aquel olor se debería a su masculinidad.

—No os mováis de aquí —le pidió él mientras desenvainaba su espada. Luego se apresuró a seguir a los dos hombres que se encaminaban hacia los aposentos de la reina.

El ataque de Marco Antonio les pilló por sorpresa y el romano no tuvo problemas para desarmar y herir a uno de ellos. Cuando trataba de deshacerse del segundo oponente, dos hombres más llegaron a la villa y lo rodearon en cuestión de segundos.

Después de percatarse de que su protector estaba en clara desventaja, Cleopatra echó a correr para tratar de llegar hasta el lugar donde Adira y Cesarión permanecían escondidos.

Uno de los hombres que luchaban contra Marco Antonio advirtió la presencia de la reina de Egipto y se olvidó del romano para centrar su atención en ella. No en vano, sus órdenes habían sido claras: debían matar a Cleopatra y al hijo nacido de su unión con César. Acatándolas, se apresuró a seguir a aquella mujer para acabar cuanto antes con la misión encomendada.

Cleopatra, consciente de los planes de aquel hombre, se detuvo ya que no tenía intención de conducirlo hasta su hijo.

—Deberíais bajar esa espada y permitidme que acabe con vuestra vida de una forma rápida —le aconsejó—. Si os resistís, os aseguro que vuestra muerte será lenta y dolorosa.

—El niño al que pretendéis hacer daño es hijo de César —remarcó ella—. ¿Quizá ese hecho no significa nada para un romano? —preguntó mientras levantaba su espada para demostrar que no se daba por vencida. Si debía morir, lo haría de la misma manera en que había transcurrido su vida: luchando.

—César está muerto —repuso él—. Su agradecimiento me valdría muy poco mientras que quienes desean vuestra muerte pueden recompensarme con algo más valioso. Comprenderéis que es más sensato aliarse con los vivos —añadió al tiempo que golpeaba la espada de Cleopatra con su arma, decidido a acabar con aquello cuanto antes.

»Deberíais saber que os hago un favor —aseguró el hombre una vez la soberana estuvo completamente desarmada—. Matándoos en primer lugar, os ahorraré presenciar cómo muere vuestro hijo —agregó mientras se disponía a hundir su espada en el pecho de ella.

Cleopatra, impotente, cerró los ojos y se encomendó a Isis. Pero un grito ahogado le hizo abrirlos de nuevo para comprobar que el rostro de aquel hombre dejaba entrever una mezcla de dolor y sorpresa.

—El agradecimiento de los asesinos de César tampoco os servirá de mucho —señaló ella mientras el cuerpo de aquel hombre caía al suelo, lo que le permitió ver el puñal

que tenía clavado en su espalda el cual, sin duda, lo había detenido cuando estaba a punto de atravesarla con su espada.

Luego levantó la mirada y contempló el rostro de Apolodoro a escasos metros de ella.

—Temí no llegar a tiempo —confesó el siciliano—. ¿Vuestro hijo está a salvo? —quiso saber.

—Adira está con él en mis aposentos —respondió Cleopatra mientras se encaminaba hacia allí para comprobar por sí misma que ambos estaban fuera de peligro.

En cuanto escuchó el llanto de Cesarión, no pudo contener las lágrimas. La muerte de César, el ataque de aquellos hombres, el temor por la vida de su hijo... Sin embargo, todavía continuaban en Roma, lo que significaba que todavía corrían peligro. Así las cosas, se enjugó las lágrimas.

—Debéis abandonar la ciudad lo más rápido posible —fue lo primero que dijo Marco Antonio en cuanto pudo reunirse de nuevo con Cleopatra.

Apolodoro, alarmado por la presencia del romano, llevó una de sus manos hasta el puñal que había utilizado para proteger a la reina.

—Marco Antonio es un amigo —le aclaró ella después de advertir las intenciones del comerciante. Luego fijó su vista en la mano derecha del general y comprobó que estaba herido.

—No son más que arañazos —le restó importancia él con una sonrisa, complacido ante el hecho de que aquella mujer mostrara signos de preocupación por su estado—. El único dolor que siento es el que alberga mi corazón por verme obligado a levantar la espada contra otros romanos.

—Un auténtico romano jamás alzaría su arma contra el hijo de César —se apresuró a decir Cleopatra.

—No seáis tan dura con mis compatriotas —le reprochó Marco Antonio, cuyo rostro se había tornado frío y serio—. Puede que alguno de esos hombres combatiera a nuestro lado. La muerte de César ha sido un duro golpe que

ha dividido el corazón de los romanos.

—Olvidáis que ese corazón lleva años dividido —repuso Cleopatra, recordando todos los enfrentamientos que habían llevado a los propios romanos a luchar entre sí—. César fue un ingenuo al pensar que había conseguido el amor de su pueblo.

—Os equivocáis —replicó Marco Antonio—. La mejor prueba de ello es la locura que se ha apoderado de Roma. —La tomó del brazo para que contemplara la desolación que reinaba en su ciudad—. El nombre de César inspiraba admiración y respeto en cualquier romano.

—¿Incluidos los que no han dudado en acabar con su vida?

—En ellos más que en nadie —aseguró Marco Antonio—. Esos hombres conocían las virtudes de César, pero su amor por los ideales de la República los apartó de su lado. —Cleopatra lo miró dubitativa—. No os quepa la menor duda de que cada uno de ellos admiraba a César, algo que les impedirá morir con la conciencia tranquila por la traición infligida.

—Espero que el momento de pagar por sus actos tenga lugar lo antes posible —fue lo único que pudo decir Cleopatra.

—Yo mismo me encargaré de que así sea —anunció él—, pero antes debo poner a salvo a la reina de Egipto.

—He dispuesto todo para zarpar en cuanto lleguemos al puerto —expuso Apolodoro.

—Mucho me temo que eso no será fácil —comentó Marco Antonio—. Debéis cubriros para ocultar vuestra identidad —le recomendó a continuación—. Eso evitará nuevos ataques durante el camino.

—La presencia de Cesarión alertará a quienes os busquen —remarcó Apolodoro—. ¿Hay alguna forma más segura de llegar al puerto?

—Conozco otro camino —manifestó el general—, pero estaríais indefensos ante una emboscada.

—¿Qué debemos hacer entonces? —La mente de Cleopatra se veía incapaz de pensar en nada más por esa

noche.

—Atravesar Roma —contestó Marco Antonio—. Nadie os creerá tan osada como para hacerlo y eso os salvará la vida.

—De acuerdo —aceptó ella—. Confío mi vida, y la de mi hijo, a vuestro buen juicio —sentenció mientras ocultaba su rostro gracias a una larga túnica que cubría también su cabeza, lo que mantendría a salvo su identidad. Luego se apresuró a seguir a Marco Antonio hasta las afueras de la villa.

—Si voy con vosotros —observó él—, levantaría sospechas sobre mis acompañantes.

—Ya habéis hecho bastante por mí —admitió ella, dado que sabía que el romano estaba en lo cierto. Marco Antonio era el hombre de confianza de César, por lo que cualquier romano podría suponer la identidad de una mujer y un niño que viajaran junto a él—. Tenéis el agradecimiento de la reina de Egipto —le hizo saber Cleopatra antes de proseguir su camino hacia el puerto.

—No lo olvidaré —aseguró él mientras la imagen de aquella mujer se perdía entre la multitud.

Aunque Cleopatra no recordaba su primer encuentro, él había sido incapaz de olvidar a la muchacha que lo había reprendido por su comportamiento durante su visita a Alejandría. Ya entonces mostraba la misma determinación y seguridad que la habían convertido en la irresistible mujer que era ahora. César era su hermano, si no de sangre, de espíritu, por lo que jamás había mostrado envidia por nada de lo que él hubiera conseguido... a excepción del amor de Cleopatra.

Luego se dispuso a cumplir con sus obligaciones, sabiendo que visitaría Alejandría en cuanto todo se solucionara. Él sabía cómo acorralar a los asesinos de César, por lo que dejaría que fuera el pueblo, y no su espada, el que les mostrara la terrible equivocación que habían cometido.

22

Cleopatrá notó que la suave brisa de Alejandría acariciaba su rostro y cerró los ojos, tratando de imaginar que eran las manos de César las que tocaban su delicada piel. Pero pronto comprendió que aquello era algo que no volvería a suceder: César estaba muerto y nada de lo que ella hiciera podría cambiar ese hecho. Aunque había trascurrido un año desde su fallecimiento, Cleopatra era incapaz de asumir que jamás sentiría de nuevo su cálida presencia junto a ella, ni contemplaría aquellos ojos que la miraban con fascinación y deseo, ni mantendría largas discusiones con él sobre los antiguos filósofos.

—¡¿Por qué me abandonaste de esta manera?! —gritó mientras se incorporaba. Pero nadie respondió a su pregunta, así que se dejó caer nuevamente sobre el suave lecho de plumas en el que llevaba días acostada.

Sin el amor de César se sentía vacía. Desde su regreso, no había hecho más que preguntarse si su visita a Roma habría influido en los conspiradores para decidir consumar su traición. Ella había sido demasiado ambiciosa y quizá eso hubiera perjudicado a César.

Adira entró en la habitación con el pequeño Cesarión a su lado. El niño, de cuatro años de edad, era la viva representación de su padre. La sirvienta sabía que, cada vez que Cleopatra lo veía, algo se desgarraba en su interior. Pero también era conocedora de que ésa era una herida que terminaría cicatrizando. A sus veintiséis años de edad, Cleopatra aún tenía muchos proyectos que realizar. Sólo era cuestión de tiempo que recordara quién era. La reina de Egipto no necesitaba la protección de ningún romano porque contaba con la inteligencia necesaria para gobernar su país. Además, los romanos estaban inmersos en una

nueva lucha por el poder y eso les beneficiaba. Mientras peleasen entre ellos, Egipto permanecería a salvo.

—El pueblo está inquieto —le informó Adira—. Vuestros súbditos apenas han tenido la oportunidad de veros desde que regresasteis, lo que ha levantado ciertos rumores.

—¿Qué rumores? —quiso saber ella—. ¿Acaso debo temer una nueva rebelión? —inquirió a continuación. El tono de sus palabras no dejaba entrever emoción alguna. Ni siquiera la posibilidad de que existiera una nueva conspiración contra ella le producía el menor efecto.

—Podéis estar tranquila, majestad —la calmó Adira—. Vuestro pueblo os ama y manifiesta la misma devoción por vuestro hijo.

—¿Aunque sea hijo de un romano? —se apresuró a preguntar Cleopatra.

—César, al igual que Alejandro Magno, fue representado como la reencarnación del dios Amon —le recordó la joven—. Para Egipto, Cesarión es hijo de dos de sus dioses más queridos y respetados.

—Entonces, ¿qué es lo que les inquieta?

—La salud de la reina —respondió la sirvienta—. El día de vuestro regreso, cientos de personas acudieron a recibiros al puerto. —Cleopatra recordó aquella mañana, así como la mezcla de sentimientos que albergó su corazón por su vuelta a Alejandría. El dolor por la pérdida de César, la emoción de retornar a su hogar, el caluroso recibimiento de su pueblo...

»Todo Egipto conocía lo ocurrido en Roma y quiso mostraros su apoyo —continuó diciendo Adira—. El aspecto que ofrecía vuestro rostro era totalmente diferente al que vuestros súbditos estaban acostumbrados a ver. Aun así, gritaron vuestro nombre y os obsequiaron con todo tipo de bendiciones —rememoró—. Pero la reina no ha vuelto a mostrarse en público desde ese día y el pueblo teme que ya no seáis capaz de dirigir el país.

—Que se lo entreguen a mi hermano Ptolomeo si ése es su deseo —dijo Cleopatra sin inmutarse lo más mínimo.

Adira no soportaba ver cómo su señora mantenía aquella absoluta indiferencia por todo, así que tomó la mano de Cesarión y abandonó la estancia. La muerte de César le había afectado como mujer y como reina. Ella sabía que había perdido al hombre que amaba, pero también se había quedado sin su mayor aliado político.

¿Cuánto tiempo tenía que pasar para que la soberana recuperara el espíritu inquieto y luchador que le había hecho conseguir todo cuanto se había propuesto? Ella había intentado ayudarla de todas las formas posibles pero sin éxito. Ni siquiera la presencia de Cesarión parecía tener el menor efecto en Cleopatra. Sin embargo, Adira no estaba dispuesta a que esa situación se prolongase más tiempo, por lo que dejó al niño al cuidado de una nodriza para ir en busca de alguien que quizá pudiera encontrar un remedio para los males que afligían a la reina.

—Debéis ayudar a Cleopatra —le rogó Adira a Olimpo, después de acudir a sus aposentos. A pesar de la ausencia de la reina, había permanecido en palacio desde su regreso a Alejandría, cuatro años atrás—. Se niega a salir de su habitación —añadió—. Apenas prueba la comida y se comporta como si ya nada le importara.

—¿Tan grande era su amor por César? —preguntó el médico, dolido ante los sentimientos de Cleopatra.

—No sabría deciros —admitió la joven—. Yo desconfiaba del romano —confesó después, omitiendo sus temores por la profecía de la sacerdotisa de Isis—. Sin embargo, debo reconocer que era diferente a cualquier otro hombre que haya conocido jamás. La mano de César era capaz de empuñar una espada con fuerza pero, al mismo tiempo, podía acariciar con suavidad y ternura —agregó—. Con César no existían los términos intermedios: se le quería o se le odiaba, se le seguía con fervor o se conspiraba contra él. Puede que no contara con mi aprobación, pero desde luego no merecía un final así, sobre todo porque puedo aseguraros que el romano amaba con locura a la reina. —Olimpo se sintió tentado de añadir que aquélla era la única forma en que se podía amar a Cleopatra.

—Aun así, no mencionó a Cesarión en su testamento —recordó él, ya que César había designado a Octavio como su legítimo heredero.

—Sin duda la soberana no esperaba algo así.

—¿Creéis que ése es el motivo por el que está tan abatida?

—Cleopatra conocía las leyes romanas pero confiaba en que César encontrara la forma de legitimizar su unión —contestó Idira.

—Estoy seguro de que ella hubiera conseguido ese propósito si hubiera contado con más tiempo —señaló Olimpo, sin que sus ojos pudieran ocultar sus sentimientos hacia la reina.

Aquel detalle no pasó inadvertido para Adira, quien se preguntó cuál sería exactamente la relación que existía entre aquel joven y Cleopatra. Ella había sido testigo de su primer encuentro y de la extraña reacción de la soberana al ver el apuesto rostro de su médico. Durante los primeros meses de su estancia en palacio, Cleopatra siempre evitaba quedarse a solas o hablar con él.

Con el transcurso de los días, la relación se había hecho más cordial. Aun así, tenía la sensación de que ninguno de los dos era sincero con el otro.

—Sé que encontraréis la forma de ayudar a la reina —señaló Adira antes de continuar su camino hacia el templo de Isis, donde se encontró con Apolodoro.

—Hemos tenido conocimiento de que Arsinoe intenta que Ptolomeo se subleve contra su hermana —le informó el siciliano mientras contemplaba el rostro de Adira y apreciaba una vez más que era realmente hermosa. Apolodoro admiraba la lealtad que mostraba hacia su señora. A diferencia de ésta, que actuaba guiada por sus impulsos, Adira era más reflexiva y sopesaba cada uno de sus actos, por lo que actuaba siempre de manera acertada.

—Esa mujer no se detendrá hasta acabar con Cleopatra —reconoció la joven, agradeciendo que se encontrara en Éfeso, donde su poder se debilitaba por la distancia que la separaba de Alejandría.

—Las plagas han comenzado a azotar Egipto y las inundaciones no han sido suficientes para garantizar una buena cosecha.

—Los canales no deberían haber sido descuidados —se lamentó Adira porque ésa era una de las causas de la escasa crecida del Nilo.

—La situación comienza a tornarse peligrosa —admitió el siciliano—. Tú conoces a esa mujer y sabes que Arsinoe no se detendrá hasta conseguir el trono.

—Egipto nunca le ha pertenecido —remarcó Adira—. Fueron los soldados los que la nombraron reina de Egipto, título que no tiene validez en estas circunstancias.

—Aun así, podría convencer a Ptolomeo de su derecho a gobernar junto a él.

—Alejandría no puede permitirse un enfrentamiento entre hermanos— remarcó Adira, mostrándose abatida. Cleopatra no se encontraba en condiciones de ganar una nueva guerra. Además, dada la delicada situación que atravesaba el país, un nuevo enfrentamiento entre los egipcios supondría el fin de su independencia política frente a Roma.

Ella intentaba ser fuerte para ayudar a la reina, pero Egipto tenía graves problemas y no se sentía capaz de hacerlos frente sola. Apolodoro le sonrió dulcemente y Adira agradeció a Isis que aquel hombre aún permaneciera junto a ellas. Sin Apolodoro, ella estaría perdida

—Puedes estar tranquila —aseguró él mientras llevaba una de sus manos al rostro de la joven. Adira sintió que la piel le quemaba cuando la mano de aquel hombre acarició su rostro—. Haré lo que sea necesario para evitar una nueva guerra —afirmó después.

Luego, el siciliano continuó su camino. Adira se quedó en la entrada del templo para contemplar una vez más a aquel hombre. Desde que Apolodoro la abrazó en Roma, había intentado mantenerse alejada de él. Pero eso no impedía que su interés por el siciliano aumentara día a día.

Olimpo permaneció unos segundos inmóvil frente a los aposentos de la reina, pensando en las palabras de Adira y en la forma de conseguir que su antigua amiga recordara quién era.

—¿Puede un antiguo amigo hablar contigo? —preguntó nada más entrar en la habitación.

Cleopatra lo miró sorprendida ya que el joven, por primera vez desde su reencuentro, se había dirigido a ella como solía hacerlo en su niñez, prescindiendo del trato cortés que utilizaba ahora.

—¿Debo suponer que esta visita no se debe a tu condición de médico de la reina? —quiso saber ella.

—Como médico —se apresuró a decir él—, has desatendido todos mis consejos —añadió mientras señalaba los platos de comida así como las medicinas que permanecían intactas sobre la mesa—. Espero tener más suerte como amigo.

—No hay nada que puedas decirme que me haga recuperar el interés por la vida. —Al escuchar aquello, Olimpo se dio cuenta de que Adira tenía razón: Cleopatra se comportaba de una forma totalmente impropia de la mujer que él conocía—. Al fin y al cabo, estoy condenada a sufrir la misma suerte de todos los que han pretendido dominar el mundo.

—Ninguna de esas personas era como tú.

—¿Sugieres que estoy por encima de César o del mismísimo Alejandro Magno?

—Sólo digo que el destino es caprichoso e incierto, pero no por eso debes perder las oportunidades que te brinda —aclaró él mientras se acercaba a la joven para colocar las manos sobre sus hombros, intentando que entrara en razón—. Estoy seguro de que aún tienes un largo camino por recorrer.

Al sentir a Olimpo tan cerca de ella, se estremeció. En aquellos momentos, necesitaba unos brazos que la reconfortaran, unos labios que le regalaran un cálido beso y un cuerpo que la hiciera sentirse viva de nuevo.

A pesar de ello, su mirada continuaba sin el brillo que

la caracterizaba. Puede que su cuerpo reaccionara frente a la presencia de Olimpo, pero su mente aún seguía dormida. Fue entonces cuando el joven comprendió que sólo había una forma de ayudar a Cleopatra: ni las palabras dulces, ni los cumplidos, ni siquiera las caricias o los abrazos servirían para despertar el espíritu rebelde de la reina.

Cleopatra fijó su atención en los azules ojos de Olimpo y sólo entonces fue consciente de lo mucho que había echado de menos a su amigo. En aquellos momentos, se sentía demasiado frágil y vulnerable como para intentar controlarse, así que se acercó al joven y besó su mejilla, esperando que el médico reaccionara como ella deseaba. Por una fracción de segundo, el corazón de Cleopatra dejó de latir. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo ante la proximidad de Olimpo.

Al ver que su amigo se mostraba dubitativo, Cleopatra se despojó de su túnica. En aquel instante, no quería ser la reina de Egipto, únicamente anhelaba ser una mujer que necesitaba la compañía de alguien que había permanecido en su corazón durante los últimos años.

Olimpo observó el cuerpo desnudo de Cleopatra como si se tratara de una diosa. Por un momento, él también estuvo tentado de olvidar quién era esa mujer para abandonarse a un mundo de placeres junto a ella. Durante años, había soñado con poseer lo que Cleopatra le ofrecía. ¿Por qué no dejar que, al menos una vez en su vida, aquella mujer fuera suya? Pero Olimpo no sólo deseaba a Cleopatra. Él la quería de una forma que no podía describirse con palabras: había amado a la Cleopatra niña y amaba a la mujer en que se había convertido. Por eso sabía perfectamente que era su estado el que la llevaba a actuar así y, por mucho que la deseara, no quería conseguirla de esa manera.

—Debes saber... —comenzó diciendo la reina. Pero Olimpo llevó su mano hasta los labios de ella para evitar que pronunciara unas palabras que seguramente no sentía. El corazón de Cleopatra se recompondría nuevamente y ella lo odiaría por aquel encuentro. Aunque sabía que hacía lo

correcto, Olimpo dudó antes de tomar la túnica del suelo para cubrir parte de su cuerpo.

—Una vez conocí a una joven excepcional —comenzó diciendo Olimpo—. Veía el mundo de una forma totalmente diferente al resto de las personas. Ansiaba vivir, quería experimentar todo lo que el mundo podía ofrecer... —Olimpo se contuvo para reprimir sus sentimientos—. Esa joven se llamaba Cleopatra y me duele comprobar que ya no existe —dijo finalmente antes de darle la espalda para abandonar la habitación segundos después.

Una vez fuera, Olimpo se preguntó por qué el destino lo ponía a prueba de esa manera. Aun cuando fuera lo correcto, rechazar a Cleopatra había sido más difícil de lo que hubiera imaginado. Su cuerpo deseaba intensamente unirse al de aquella mujer. Pero él quería que Cleopatra le entregara también su amor. Y en aquellos momentos, actuaba guiada por el dolor y el despecho. Por eso esperaba que el odio que debía de sentir la soberana hacia él en aquel preciso instante se transformara en agradecimiento cuando ella fuera consciente de que su única intención era ayudarla.

Cleopatra se limitó a permanecer inmóvil en su habitación, sin poder creer que Olimpo la hubiera rechazado. Luego la incredulidad dio paso a otro sentimiento mucho más fuerte que la llevó a tomar una valioso jarrón de porcelana y estrellarlo contra la pared.

¿Cómo podía Olimpo haberla humillado de esa manera? No sólo se había limitado a rechazar su cuerpo, sino que había cuestionado quién era y eso le dolía todavía más.

Después de unos minutos en los que sintió una intensa rabia, Cleopatra comenzó a despertar del letargo en que su mente había permanecido durante los últimos meses. ¿Acaso la muerte de César le había afectado de tal modo como para olvidar quién era?

Cleopatra pensó en su padre y en lo que él opinaría si

la viera en ese estado. Ella le había prometido seguir hacia adelante y no mostrar sus debilidades, algo que acababa de hacer con Olimpo. ¿Cómo había pretendido que su amigo sintiera algo por ella? Avergonzada, se cubrió de nuevo con la túnica que Olimpo había colocada sobre sus hombres.

Las palabras de Olimpo habían conseguido hacerla reaccionar. Aún continuaba siendo esa mujer. El dolor y la decepción le habían confundido durante los últimos meses.

El testamento de César había supuesto una enorme traición para ella. Octavio era simplemente el nieto de una de sus hermanas, mientras que Cesarión era su hijo. ¿Cómo podía César haber olvidado eso cuando redactó aquel documento? No obstante, lo que realmente le dolía era que ni siquiera hubiera reconocido a Cesarión como hijo legítimo.

Ella había viajado hasta Roma para que toda la ciudad viese con sus propios ojos al hijo de César y él ni siquiera se había molestado en reconocer su paternidad; un hecho que, desde luego, le habría permitido contar con una posición más favorable frente a sus enemigos. Pero aún ansiaba vivir. Ahora su hijo sólo contaba con ella para protegerle y garantizarle el trono de Egipto. Pero para eso, debía mantener su país a salvo. Ella seguía siendo la reina de Egipto y la vida de todos los habitantes de su país dependía de sus actos, así que salió de su habitación. Luego ordenó que se informara, en cada rincón de Alejandría, que al día siguiente, la reina desfilaría sobre una carroza dorada para que todos pudieran cerciorarse de que se encontraba perfectamente y que, tal como había hecho siempre, encontraría la forma de mantener Egipto a salvo.

23

Cleopatra fijó la mirada en la inmensidad del océano y comprobó que, a diferencia de su última travesía, el mar parecía un lugar tranquilo y apacible, lo que, sin duda, favorecía sus planes.

La muerte de César, ocurrida tres años atrás, había provocado un enfrentamiento entre los romanos. Ella había apoyado al bando liderado por Marco Antonio, enviándole parte de su ejército para luchar contra los asesinos de César. Pero su flota había naufragado cuando se disponía a acudir en ayuda del general, después de que una tormenta les sorprendiera en mitad de la travesía.

Afortunadamente, Marco Antonio había conseguido derrotar a Bruto y a Casio, quienes decidieron quitarse la vida quizá con la misma arma con la que apuñalaron a César. Con esa última victoria, concluía la venganza por el asesinato del gobernador. Pero no terminaba, ni mucho menos, con los enfrentamientos entre los romanos, dado que Marco Antonio y Octavio habían mostrado sus diferencias desde el principio.

César dejó su imperio a un muchacho de diecinueve años, de carácter débil y enfermizo, mientras que Marco Antonio, después de veinte años junto a César, se consideraba la persona apropiada para continuar los planes del gobernador.

Al vislumbrar la costa de Tarso, Cleopatra ordenó a toda la tripulación que ocupara las posiciones que ella misma había establecido. Marco Antonio era el nuevo dueño de los dominios de Roma en Oriente y había llegado a esa ciudad como el nuevo Dionisos y ella tenía la intención de que su entrada superase en espectacularidad a la del romano.

Aunque estaba acostumbrada a ser tratada como una diosa, en aquella ocasión necesitaba que todos los que la vieran llegar a Tarso tuvieran la sensación de que era Venus, y no Cleopatra, quien los visitaba.

Para su propósito, navegaba sobre una galera con popa de oro. Las velas eran de color púrpura e impulsaban la nave remos de plata. Ella iba recostada en un trono dorado y le abanicaban los más bellos muchachos disfrazados de Cupidos. Varias doncellas, vestidas de Nereidas, la flaqueaban mientras esparcían pétalos de flores por toda la nave, creando un impacto visual y aromático sin precedentes.

Cleopatra observó complacida los rostros sorprendidos de todos cuantos acudían a la orilla para contemplar el suceso del que todo el mundo hablaba en Tarso y se preguntó si Marco Antonio reaccionaría de la misma manera.

El general romano había solicitado su presencia hacía varios meses para que explicara su posicionamiento durante la guerra contra los asesinos de César, puesto que sus naves no habían acudido en su ayuda debido a la tormenta. La reina encontró aquella petición doblemente inapropiada. Por un lado, Marco Antonio se creía con el derecho de ordenarle que acudiera hasta él. Cleopatra había demorado su partida para que el romano comprendiera que ella no recibía órdenes de nadie. En segundo lugar, le había molestado que dudara sobre sus intenciones. ¿Cómo iba ella a aliarse con los asesinos del padre de su hijo?

Tenía la intención de reprenderle por su actitud y a la vez conseguir su apoyo, algo que necesitaba si quería que el Senado reconociera a Cesarión como sucesor de César.

Mientras la embarcación atracaba en el puerto, Cleopatra pensó en el aspecto que tendría ahora Marco Antonio. Habían pasado tres años desde que lo hubiera visto por última vez. A pesar del tiempo transcurrido, recordaba con claridad cada uno de los rasgos del romano y su cuerpo seguía estremeciéndose cuando pensaba en la forma en que Marco Antonio había rodeado su cuerpo

cuando trataba de protegerla en la villa.

—¿Qué haréis si Marco Antonio no acude a recibiros? —preguntó Adira, vestida como una hermosa ninfa que velaba por la seguridad de Venus.

—Ésa es una posibilidad que no admito —reconoció Cleopatra. Ella confiaba en que el romano deseara verla y, de no ser así, esperaba que la curiosidad por la escena tan magistralmente recreada lo hiciera acudir al muelle.

—Espero que vuestros propósitos obedezcan únicamente al bienestar de Egipto —señaló la sirvienta, demostrando así que cuestionaba su actitud.

Después de casi dieciocho años juntas, Adira se permitía la libertad de hablarle como nadie más, a excepción de Apolodoro, lo hacía. Cleopatra sabía que sus consejos eran fruto del afecto que le profesaban y nunca les reprendía por sus palabras.

—Egipto y Cesarión son mis únicas prioridades —aseguró la soberana. Después de la muerte de su hermano menor, debida a una extraña enfermedad que ni siquiera Olimpo había podido curar, su hijo Cesarión había sido nombrado corregente—. Conseguiré que Marco Antonio lo reconozca como hijo legítimo de César ante el Senado.

—Olvidáis que su padre no le otorgó tal privilegio —remarcó la joven—. ¿Por qué creéis que Marco Antonio desafiará a Roma con una petición como ésa?

—Porque será la reina de Egipto quien se lo pida —contestó ella con tal determinación que Adira no pudo decir nada más.

Aun así, Cleopatra albergaba ciertas dudas. Marco Antonio era un mujeriego. Él mismo presumía delante de sus hombres de haber poseído a las más bellas mujeres. ¿Cómo despertar el interés de un hombre así? La combinación de los colores, la disposición de las joyas o la indumentaria no estaban dispuestas al azar, pero ¿sería aquello suficiente para cautivarlo?

Su corazón había sufrido demasiado como para exponerlo una vez más. Ella se sentía muy sola y añoraba un compañero con quien compartir sus días. Pero Marco

Antonio no era César y ella no quería correr el riesgo de enamorarse de nuevo. Por eso esperaba deslumbrar al romano con las riquezas de Egipto. Él necesitaba su dinero y ella su apoyo para que el Senado reconociera a su hijo. Cleopatra ya no era una chiquilla inexperta por lo que, si no tenía más remedio, tendría que seducir a Marco Antonio. Pero eso no significaba, ni mucho menos, que se implicara sentimentalmente con el romano Todos deseaban a la reina de Egipto pero ella solo abriría su corazón de nuevo a alguien dispuesto a amar a la mujer que se escondía bajo ese título.

Minutos después, una voz anunció la llegada de Marco Antonio al barco. Tal como esperaba, el romano no pudo menos que demostrar su admiración por todo cuanto le rodeaba.

—Debo de estar soñando —fue lo primero que dijo—, pues tengo ante mí a la mismísima diosa Venus —añadió a continuación mientras comprobaba que el paso del tiempo no había arrebatado a Cleopatra ninguna de las cualidades capaces de conquistar la voluntad de cualquier hombre que, como él, cometiera la insensatez de prendarse de ella—. Vuestra llegada ha movilizado a toda la ciudad —admitió el romano—. Debería mostrarme celoso, ya que mi llegada a Tarso no fue recibida tan calurosamente, pero la alegría de veros de nuevo desvanece cualquier otro sentimiento —confesó mientras tomaba asiento junto a la reina.

—Venus y Dionisos —intervino Cleopatra—. ¿No os parece una unión del todo acertada? —preguntó ella de manera provocadora.

—¿Por qué habéis tardado tanto tiempo en acudir a mi llamada? —quiso saber él, intentando resistirse al juego de la egipcia.

—¿Vuestra llamada? —inquirió ella—. Parecía más bien una exigencia y deberíais saber que la reina de Egipto no recibe órdenes, sobre todo de quien duda de su palabra.

—Perdonad mi atrevimiento —se excusó él—. Sólo deseaba veros de nuevo.

—¿Y no se os ocurre otro pretexto que exigirme

demostrar mi lealtad? —remarcó ella—. Os creía más ingenioso.

—Quizá vuestro recuerdo nubló mi cordura —reconoció él, acercándose tanto a Cleopatra que ésta pudo sentir su agitada respiración.

—Olvidemos entonces el pasado —propuso ella mientras ordenaba que les sirvieran el mejor vino de Egipto.

Marco Antonio sostuvo en la mano la copa de oro que acababan de entregarle y dedicó unos segundos a contemplar la cantidad de piedras preciosas que recubrían la misma.

—Había olvidado que en Egipto todo tiene este exquisito sabor —se atrevió a decir después de probar la bebida.

—Entonces seré yo quien os recuerde todas las maravillas del país bañado por el Nilo —se ofreció Cleopatra.

—Nada me complacería más —admitió él mientras un esclavo se apresuraba a llenar de nuevo su copa.

—¿Me concederíais el honor de ser mi invitado por esta noche? —preguntó Cleopatra, quien no había descuidado ni un solo detalle para aquella ocasión. La bodega estaba repleta de los mejores manjares de Egipto. Todos debían sucumbir a los placeres que ella les ofrecía pero, sobre todo, esperaba que comprendieran que Egipto era una región poderosa con la que convenía aliarse.

Tal como estaba previsto, la sala de los banquetes, situada bajo la cubierta, se convirtió en un desfile de esclavos que transportaban los más suculentos manjares. Codornices asadas dentro de faisanes que conservaban intactos su plumaje, pavos reales rellenos de dátiles y aderezados con especias de todas las clases, jabalíes, ostras y frutas exóticas transportadas desde los más lejanos lugares sólo para el deleite de aquellos hombres.

Durante horas, los romanos que acompañaban a Marco Antonio dejaron que sus estómagos y el resto de sus sentidos comprobaran por sí mismos el motivo por el que

César había sucumbido ante aquella mujer.

Después de la velada, Cleopatra regaló a todos los presentes las copas de oro en las que habían bebido. Luego se despidió de manera apresurada después de repetir la invitación para el día siguiente.

—He disfrutado de vuestra compañía —reconoció ante Marco Antonio—. Espero que mañana podamos tratar temas más... —Cleopatra se detuvo para aumentar la expectación del romano—... personales —añadió finalmente.

Marco Antonio tuvo que limitarse a observar cómo abandonaba la sala sin poder creer que aquella noche terminara de aquel modo.

Cleopatra se dirigió a sus aposentos, donde se apresuró a despojarse de todos los adornos que Adira había colocado sobre su cuerpo para embellecer más aún su aspecto.

De momento, todo había salido según lo previsto. Marco Antonio había sido incapaz de apartar su mirada en toda la noche. Si estaba en lo cierto, su rápida despedida habría desconcertado al romano. A diferencia de César, Marco Antonio nunca tenía en cuenta qué era lo correcto. Simplemente, se dejaba llevar por sus instintos, motivo por el cual estaba segura de que el general llamaría a su puerta en escasos minutos. Y si eso ocurría, sabía que Marco Antonio accedería a todas sus peticiones. De lo contrario, tendría que aceptar que había sido demasiado confiada y regresaría a Alejandría para encontrar la forma de proteger el país sin la ayuda del romano.

Tal como suponía, un esclavo entró en su habitación para anunciarle que Marco Antonio deseaba hablar con ella en privado. Cleopatra ordenó que no le hicieran pasar inmediatamente. Marco Antonio no era un hombre paciente y esos minutos de espera aumentarían el deseo de encontrarse con ella a solas.

Ella aprovechó ese tiempo para verter unas gotas de su mejor perfume sobre su cuello y cambiar la elegante túnica con la que había representado a Venus por una fina gasa de muselina azul con la que se recostó sobre el lecho,

aparentando así que el romano le había sorprendido cuando estaba ya acostada.

—Disculpad mi atrevimiento por importunaros a estas horas —fue lo primero que dijo Marco Antonio al cruzar el umbral de la puerta—, pero hay asuntos que necesito tratar con urgencia esta misma noche.

—¿Qué clase de asuntos podrían ser tan importantes como para que no puedan esperar al nuevo día? —inquirió ella mientras se incorporaba con suavidad para levantarse y acercarse al romano.

Marco Antonio llevaba años deseando ese cuerpo e imaginando cómo sería contemplarlo desnudo. La fina gasa que vestía a Cleopatra le permitió entrever el cuerpo de aquella mujer en la que parecían reencarnarse todas las diosas del Olimpo.

A pesar de sus veintiocho años y de haber dado a luz, sus músculos seguían tan firmes como cuando no era más que una muchacha. Su piel, que ella cuidaba con esmero, estaba tersa pero tenía un tacto suave y aterciopelado gracias a los remedios que su pueblo había practicado durante años.

Ella misma había descubierto otros métodos para embellecer su cuerpo, entre los que estaban los baños en leche de burra, y había redactado un tratado de cosméticos que, irónicamente, era muy demandado por las mujeres romanas.

—¿Y bien? —le espetó Cleopatra después de situarse enfrente del romano, quien acababa de olvidar qué era lo que pretendía discutir con la reina. Sólo deseaba atraerla hacia él para sentir su cuerpo y dar rienda suelta a su deseo.

—Como sabéis, los asesinos de César ya no son un problema para Roma —declaró finalmente mientras se esforzaba por controlar sus instintos—, por lo que creo que ha llegado el momento de preocuparse de otros asuntos que se han prolongado más tiempo del necesario.

—¿A qué os referís? —preguntó Cleopatra, fingiendo no saber cuál era su propósito. Ella conocía cómo

funcionaba la mente del general e intuía que pretendía continuar con el sueño de César de llegar a la India y dominar Oriente.

—Quiero conquistar Partia —constestó él.

—Imagino que necesitáis que Egipto financie vuestra campaña, ¿me equivoco?

—Olvidaba que es imposible sorprenderos —admitió Marco Antonio mientras sonreía—. Hoy habéis demostrado que contáis con los medios necesarios para hacerlo.

—Una cosa es que Egipto pueda ayudaros —se apresuró a puntualizar ella—, y otra diferente es que le interese hacerlo.

—La reina parece haber olvidado que yo acudí en su ayuda cuando su vida estuvo en peligro.

—Os equivocáis —repuso ella—. Tengo bien presente aquel recuerdo en mi memoria, pero no sería una buena soberana si dejara que mis deseos personales influyeran en el destino de Egipto —remarcó después—. ¿Olvidáis acaso que César también me lo pidió y yo se lo negué?

—No me importaría que me negarais lo mismo que a César —confesó él—, si a cambio obtengo los mismos privilegios que le otorgasteis.

Al ver que el romano colocaba las manos sobre su espalda, Cleopatra comenzó a dudar de sí misma. Hasta entonces, se había creído capaz de mantener el juego con Marco Antonio sin perder en ningún momento el control sobre sí misma. Pero el general de César había llamado su atención desde su primer encuentro. Nadie podía negar su atractivo, pero era su descaro y su alegría por la vida lo que lo hacían irresistible a sus ojos.

—Estoy segura de que podremos llegar a un entendimiento —fue lo único que pudo decir antes de que Marco Antonio recorriera con sus ojos cada parte de su cuerpo antes de detener la mirada en su boca. Luego la envolvió con sus brazos y hundió su cara en el cuello de la reina para aspirar su perfume antes de besarla apasionadamente.

Cleopatra, que llevaba casi cuatro años sin sentir el

cuerpo de un hombre a su lado, no lo rechazó, sino que le devolvió el beso con tal intensidad que Marco Antonio pudo percibir que ella también lo deseaba. Fue entonces cuando comenzó a acariciar el resto de su cuerpo de una forma tan apasionada que estuvo a punto de conseguir que enloqueciera de placer. César también era un hombre experimentado con las mujeres, pero sus besos y caricias no tenían la misma intensidad que Marco Antonio imprimía a cada uno de sus movimientos. Cleopatra recordó que no era la joven inexperta que llegó a César envuelta en una alfombra para solicitar su ayuda. Ahora era Marco Antonio quien necesitaba sus barcos y su dinero, y ella no estaba dispuesta a hacer absolutamente nada con él hasta que accediera a cumplir sus peticiones. Años atrás, ya había entregado su amor a un romano del que únicamente obtuvo promesas.

—Estaréis de acuerdo conmigo en que la noche suele ser mala consejera —fue lo único que acertó a decir Cleopatra, cuya respiración se había vuelto entrecortada—. Quizá deberíamos continuar esta conversación mañana —recapacitó mientras se alejaba del romano, ya que, si continuaba a su lado, corría el peligro de sucumbir a la tentación.

—Tenéis razón —convino él, decidido a seguir el juego de Cleopatra. Marco Antonio había podido percibir el deseo de la reina. Su cuerpo expresaba algo totalmente diferente a lo que decían sus palabras.

El romano se dispuso a abandonar los aposentos de su anfitriona por esa noche. Si había esperado tantos años para disfrutar del cuerpo de la egipcia, podría soportar prolongar aquella espera un día más. Pero cuando no había hecho más que llegar a la puerta, regresó junto a Cleopatra y la besó con más intensidad que antes. Él no era famoso por su capacidad de dominio y, desde luego, aquella mujer anulaba cualquier intento por controlarse.

Cleopatra, que apenas podía resistirse ante los encantos del romano, se alejó de él rápidamente, por lo que Marco Antonio no tuvo más remedio que encaminarse de nuevo a

la salida de la habitación.

Antes de irse, se volvió para contemplar una vez más a Cleopatra. La dulzura de su voz, su perfume, su cabello trenzado... Todo en ella incitaba al deseo. En aquel momento, el calor producido por los besos del romano había encendido sus mejillas, otorgándole un aspecto realmente encantador. Fue entonces cuando Marco Antonio comprendió que había sido un ingenuo al pensar que podía ganar esa partida a la soberana porque en aquel mismo instante acababa de comprender que había perdido la batalla nada más iniciarla.

24

Arsinoe salió al exterior del templo y recapacitó sobre las últimas noticias procedentes de Alejandría. Una vez más, su hermana había conseguido el apoyo de Roma. Al igual que hiciera con Julio César, Cleopatra había conquistado a Marco Antonio y ahora el general romano garantizaba su seguridad. Pero lo más sorprendente era que su hermana había logrado que Marco Antonio convenciera al Senado de la legitimidad de Cesarión, y eso suponía un inconveniente para sus planes.

Arsinoe había conseguido sobornar al capitán de una pequeña embarcación que acudía semanalmente a Éfeso para negociar con su mercancía. Si todo salía según lo previsto, al día siguiente abandonaría ese templo donde llevaba recluida los últimos cuatro años.

Mientras acariciaba el arma que siempre llevaba bajo su túnica, Arsinoe pensó en Aquilas, porque era a él a quien pertenecía. Había sido difícil conservarla durante tanto tiempo, pero la joven conocía el aprecio que el capitán sentía por la daga y no había dudado a la hora de sobornar a los guardias romanos para que le permitieran quedarse con ella.

Sin duda, el asesinato del capitán había sido un error que le había costado la guerra. Aquélla era la única ocasión en toda su vida en que había actuado cegada por los celos y el despecho, pero también le había hecho comprender que jamás debía actuar guiada por sus sentimientos.

—Requieren vuestra presencia en la Sala de los Sacrificios —le informó uno de los sacerdotes del templo.

Arsinoe se mostró sorprendida. En cuanto llegó a la sala, comprobó que apenas estaba iluminada. Aun así, pudo reconocer una presencia en la parte más alejada de la

entrada. Intrigada, se acercó un poco más y fue entonces cuando observó con total claridad no sólo la silueta de una mujer, sino la doble corona que llevaba sobre su cabeza.

—Veo que mi visita te ha sorprendido —fue lo primero que dijo la visitante después de contemplar el rostro paralizado de Arsinoe—. ¿Acaso no te parece normal que desee encontrarme con mi hermana? —preguntó a continuación, manteniendo una distancia prudencial de la joven.

—Has pasado del lecho de un romano al de otro para conseguir tus pretensiones —se atrevió a acusarla Arsinoe —. Creo que ya no hay nada de ti que pueda sorprenderme.

—No tengo intención de discutir contigo mis decisiones —le espetó la soberana—. Soy la legítima reina de Egipto y nada de lo que hagas podrá cambiar ese hecho.

—¡Engañaste a nuestro padre para que te entregara el trono! —gritó Arsinoe. Llevaba mucho tiempo esperando la oportunidad de decirle todo lo que pensaba—. Siempre te las has arreglado para ser el centro de atención, pero llegará un día en que tus artimañas no podrán salvarte.

—Compartimos la misma sangre —le recordó Cleopatra —, ¿acaso no habría sido más lógico defendernos juntas de nuestros enemigos que enfrentarnos entre nosotras?

—Yo habría clavado un puñal en el pecho de cualquier romano que pretendiera apoderarse de Egipto —aseguró ella—. Sin embargo, tú prefieres convertirte en su amante.

—¡Todo lo he hecho por el bien de Egipto! —se justificó la reina.

—Pareces olvidar que fue Roma quien exprimió a nuestro padre de tal manera que acabó con su vida —le echó en cara Arsinoe—. ¿Cuándo comprenderás que aliarse con Roma supondrá el final de la independencia de Egipto?

—Puede que nunca llegues a entender que cada una de las decisiones que he tomado estos últimos años ha tratado de evitar ese final del que hablas —aseveró Cleopatra—. Tú, por el contrario, has pasado todo ese tiempo conspirando contra mí.

—¡Para recuperar un trono que nunca me debió ser

negado! —exclamó ella sin poder contener la rabia que había acumulado a lo largo de los años.

—Sólo los dioses saben qué habría sido de Egipto si tú lo hubieras gobernado —ironizó la reina—. Pero eres la única familia que me queda.

—Aún tendrías un hermano menor si no lo hubieras asesinado —replicó Arsinoe, interrumpiendo a su hermana.

—Te equivocas una vez más —intervino la soberana—. Puedo asegurarte que mis manos están limpias de la sangre de los Lágidas. ¿Acaso puedes decir tú lo mismo? —La joven se mantuvo en silencio—. Estoy dispuesta a perdonarte la vida —le comunicó después—, siempre y cuando prometas jurarme lealtad de ahora en adelante.

Arsinoe la miró extrañada. ¿Realmente Cleopatra era tan ingenua como para perdonarla?

—Antes de contestar —añadió a continuación—, deberías saber que casi todos los que están dispuestos a morir por sus ideales cambian de opinión en cuanto notan el filo de su espada contra su garganta.

Arsinoe sonrió. Ella no tenía la menor intención de abandonar un propósito al que había dedicado toda su vida. Y menos aún cuando el destino parecía facilitarle de un modo asombroso sus planes.

—Valoro más mi vida que el trono de Egipto —mintió mientras llevaba nuevamente su mano hasta la daga de Aquilas—. Estoy dispuesta a servirte, hermana —agregó mientras se acercaba a ésta lo suficiente como para hundir el puñal en su pecho. Cleopatra captó sus intenciones pero no se movió.

Había dado su palabra y debía mantenerse firme hasta el final.

—Me alegra que por fin muestres quién eres —se limitó a decir, sin que su hermana apreciara el doble sentido de sus palabras.

—Nunca seré tu aliada —fue lo último que dijo Arsinoe antes de levantar el arma. Pero la mano de Apolodoro inmovilizó su brazo con tanta fuerza que el dolor que sentía la obligó a dejar caer la daga en el suelo. Fue entonces

cuando se percató de que aquella mujer no era su hermana. De inmediato se volvió y vio quién era la persona que había evitado que consumara su venganza.

—Sabéis que yo habría tomado otra decisión —señaló Adira—, pero vuestra hermana estaba dispuesta a perdonaros.

—Debería haber ordenado que te mataran en cuanto llegaste a Alejandría —se lamentó Arsinoe—. Puedes decirle a mi hermana que mis últimos pensamientos fueron para maldecirla —añadió después, sabiendo que ya nada podría salvarla. Sufriría el mismo destino que todos los que habían intentado acabar con Cleopatra: la muerte.

Adira la miró una vez más tratando de comprender el origen de aquel odio tan intenso. Luego abandonó la sala en compañía de Apolodoro mientras varios romanos, a la orden de Marco Antonio, entraban en el templo para ejecutar a la que fuera prisionera de César.

El siciliano miró una vez más a la sirvienta y comprobó que parecía una auténtica reina. Pero era su inteligencia la que no dejaba de sorprenderle. Sólo ella había sido capaz de encontrar la forma de que la muerte de Arsinoe no pesara sobre la conciencia de Cleopatra, proponiéndole a la reina que fuera el comportamiento de su hermana el que decidiera si debía o no continuar con vida.

Cleopatra llevaba una vida de excesos junto a Marco Antonio. Para poner a prueba a Arsinoe, debía mantenerse alerta, razón por la que Olimpo le había desaconsejado iniciar un viaje mientras no fuera capaz de dominar sus impulsos, liberados por la vida que llevaba junto al romano.

Después de numerosos ruegos, Cleopatra había aceptado la proposición de Adira. Ambas tenían la misma complexión e incluso el tono de su voz podía confundirse, por lo que no sería difícil engañar a Arsinoe si su aspecto acompañaba a sus palabras.

—Hoy te has comportado de una manera muy valiente —señaló Apolodoro. Él había estado en desacuerdo con aquel plan desde el principio debido al riesgo que entrañaba.

—Estaba segura de cuál sería la reacción de Arsinoe, pero también sabía que contaba con tu protección —reconoció la sirvienta, quien no había podido evitar sentir un escalofrío ante la maldad que emanaba de cada gesto y cada palabra de Arsinoe—. No dejo de pensar en la posibilidad de que esa mujer hubiera conseguido los favores de César antes que Cleopatra.

—Arsinoe sólo contaba con su belleza para impresionar a César —opinó el siciliano—, mientras que la reina es capaz de cautivar un corazón únicamente con pronunciar unas palabras. —Adira sabía que aquello era cierto pero eso no evitó que se entristeciera por la respuesta de Apolodoro. Todos los hombres que conocía caían rendidos a los pies de Cleopatra. Por alguna razón que no lograba comprender, su mente siempre había preferido pensar que el caso de Apolodoro era diferente.

—La reina tiene mucha suerte de contar con alguien como tú a su lado —le dijo ella con cierta nostalgia en sus palabras.

Apolodoro no respondió a su comentario, sino que se detuvo para mirar fijamente a la joven. Adira aceleró el paso, pero sus ropajes le impedían subir al barco todo lo rápido que ella habría deseado.

—Debes de pensar que estoy ridícula con estas ropas —comentó, deseando despojarse de la túnica ceremonial y de aquella corona cuyo peso era tan grande como la responsabilidad que implicaba.

El siciliano se limitó a acercarse a ella con decisión y tomarla en sus brazos para ayudarla a subir al barco. Adira no esperaba una reacción así y se sonrojó ante el modo en que aquel hombre acababa de apoderarse de ella.

—Tienes razón —convino finalmente Apolodoro mientras comprobaba que la egipcia era tan ligera como una pluma—. He servido a la reina durante los últimos ocho años —reconoció mientras subía al barco con ella en sus brazos—, pero deberías pensar que puede que haya algún otro motivo además de mi lealtad para continuar a su lado.

Adira mostró de nuevo su decepción. ¿Acaso no acababa de insinuarle que podía sentir algo por Cleopatra?

—Al fin y al cabo —prosiguió él, acercando los labios a su rostro para susurrarle aquellas palabras—, la compañía de la soberana no es la única de la que he disfrutado en todo este tiempo —agregó finalmente mientras depositaba nuevamente a Adira en el suelo sin poder advertir que el corazón de la joven latía con más intensidad que nunca.

25

Adira entró en la habitación y se enojó al ver el estado en el que se encontraba Cleopatra.

El sol estaba en el punto más alto del firmamento y lucía con intensidad, pero la reina de Egipto continuaba en el lecho. Adira observó que estaba completamente desnuda y quizá bajo los efectos de alguna de esas sustancias que tenían la propiedad de transportar la mente a lugares tan placenteros que uno no deseaba regresar jamás.

¿Es que la pasión de Marco Antonio seguía influyendo en la reina aun cuando el romano ya no estuviera en Egipto?

Durante los últimos meses, el romano y Cleopatra habían cometido todos los excesos imaginables para dos amantes cuyo apetito por los placeres de la vida parecía no tener límites. Incluso habían fundado una sociedad, a la que llamaron «de la vida inimitable». Y eso era algo que la preocupaba. La soberana se había dejado llevar por los impulsos apasionados del general. La muerte de César le había recordado la fugacidad de la vida y ella quería aprovechar cada uno de los minutos que pasara junto al romano. Además, todo lo que compartía con Marco Antonio le ayudaba a olvidar los recuerdos dolorosos del pasado. Cuando estaba con él, sólo le importaba disfrutar incluso cuando ello le llevara a cometer ciertos excesos que Adira, desde luego, no aprobaba.

—¿Por qué acudes a despertarme a una hora tan temprana? —se quejó la reina después de que Adira la obligara a incorporarse—. ¿Y Marco Antonio? —preguntó a continuación—. ¿Dónde está mi dios Apolo?

Después de escuchar esas palabras, Adira comprendió que haría falta algo más que una buena reprimenda para

que su señora despertara de aquel estado, ya que ni siquiera recordaba que el romano había abandonado Alejandría hacía unos meses.

Adira fue hasta la mesa y vertió un poco de agua sobre una copa. Luego se acercó a Cleopatra y le lanzó el líquido al rostro.

—Debería castigarte por tu insolencia —la amenazó Cleopatra.

—Ya que no os comportáis como una reina, no veo por qué tengo que trataros como tal —replicó Adira—. Lleváis semanas sin preocuparos del estado de las cosechas. Tenéis suerte de que este año el Nilo nos haya bendecido con una buena crecida.

—Los dioses velan por mí —aseguró ella.

—No por mucho tiempo —repuso Adira—. ¿Cuánto hace que no visitais el santuario de Isis? —La reina se mantuvo en silencio, pero Adira la miró fijamente: Cleopatra parecía haber olvidado cuales eran sus prioridades.

—Hay otros asuntos que han reclamado mi interés —fue lo único que acertó a decir ella.

—¿Llamáis otros asuntos al hecho de celebrar banquetes cada día? ¿O a pasaros jornadas enteras con Marco Antonio sobre el lecho?

—Deberías alegrarte porque nunca he sido más feliz que en estos meses —aseguró ella, recordando cómo había sido su vida desde que acudiera a reunirse con el general en Tarso.

Tal como había planeado, día tras día, deslumbró al romano con los más suculentos banquetes. Además de la vajilla, regaló caballos y otros valiosos presentes a cada uno de los invitados, resistiendo la tentación de caer rendida ante Marco Antonio hasta asegurarse de que aquel hombre cumpliría sus peticiones. Luego regresó a Alejandría sabiendo que el romano la seguiría poco después. Y desde ese momento, habían sido amantes, abandonando sus cuerpos a un mundo de continuos placeres.

—Recordad que os previne sobre vuestros planes —

remarcó Adira—. Por mucho que hayáis pretendido que cambiara, Marco Antonio siempre será un romano casado con una mujer romana, tal como sucedió con César.

—Él me ha prometido que regresará en cuanto solucione su conflicto con Octavio. —Aquellas palabras no consiguieron que Adira cambiase la mirada de reprobación que tanto le disgustaba—. ¡Olvidas que fui yo misma quien le incitó para que abandonara Alejandría! —exclamó a continuación para recordarle cómo había acabado con la ociosidad del romano.

Sabiendo que Marco Antonio se había aficionado a la pesca, ordenó a sus esclavos que engancharan un pez sin cabeza en su anzuelo. Cuando Marco Antonio lo vio, ella le pidió que dejara la pesca para las gentes de allí.

—«¡Si deseas apoderarte de algo, que sean ciudades, provincias, imperios!» —exclamó Cleopatra—. Yo misma pronuncié esas palabras para que volviera a comportarse como un soldado. —No obstante, Cleopatra sabía que Adira tenía razón. Al igual que le ocurriera con César, su propósito de conseguir el apoyo del romano se había vuelto en su contra, ya que había terminado enamorándose de aquel hombre, quien le había mostrado cómo era vivir sin más necesidades que los brazos de la persona amada. Ella había aceptado sin reparos ese tipo de vida. Ahora, la marcha de Marco Antonio y las palabras de Adira le había devuelto a la realidad. Y esa realidad era lo más precioso que poseía, motivo por el que no debía permitir que nada ni nadie dejara a Egipto en segundo lugar.

Después de que Adira la ayudara a vestirse, salieron al jardín para que el aire de aquella mañana pudiera ayudar a la soberana a pensar con claridad. Pero la presencia de Olimpo, que jugaba con Cesarión, desvió su atención. Ésta pudo apreciar las huellas que el paso del tiempo comenzaba a dejar en su amigo. Pero las pequeñas arrugas que se dibujaban tenuemente alrededor de sus ojos y en torno a su boca le conferían un aire más maduro que no hacía sino aumentar su atractivo. Aun así, no había tomado esposa. Cleopatra se había preguntado en más de una ocasión qué

sentiría al ver a Olimpo con otra mujer. ¿Por qué si ella era feliz con Marco Antonio no deseaba esa misma felicidad para su amigo?

Olimpo sintió que lo observaban y su mirad se cruzó con la de la reina, quien le dedicó una encantadora sonrisa. Durante los últimos meses, ambos habían decidido, en un pacto no pronunciado, olvidar su pasado en común. Ello les había permitido entablar una nueva amistad. Ahora podían conversar sobre cualquier cosa, igual que hicieran en su juventud. Pero nada de eso conseguía cambiar sus sentimientos. Él continuaba amándola como cuando no era más que una muchacha.

La reina se volvió para continuar su conversación con Adira, pero Olimpo fue incapaz de desviar su mirada. Apolodoro, que acababa de llegar al palacio, avanzó hasta el médico y se detuvo a su lado.

—Egipto cuenta con una reina fascinante, ¿no creéis? —preguntó.

—Sin duda ese adjetivo describe tanto a la soberana —se apresuró a contestar él— como a la mujer.

—Llevo muchos años a su lado y confieso que nunca deja de sorprenderme. ¿Sabéis cómo consiguió que Marco Antonio accediera a sus peticiones?

—Lo desconozco —reconoció Olimpo.

—Hizo una apuesta con el romano —respondió Apolodoro—. Aseguró que era capaz de gastar en un banquete una suma tan elevada que parecía descabellada: por muy elevado que fuera el número de comensales, éstos no podrían consumir tanto. Así, Cleopatra sirvió una cena exquisita pero no se gastó la cantidad pactada. —El rostro de Olimpo mostró su interés por conocer a qué habría recurrido Cleopatra—. Cuando todos pensaban que la reina había perdido, ella se quitó uno de sus pendientes y disolvió la perla, de un valor incalculable, en una copa de vinagre. Luego bebió su contenido, ganando así la apuesta.

—Eso es algo que, sin duda, sólo se atrevería a hacer la reina de Egipto —comentó el médico.

—Hace años os pregunté cuál era el motivo que había

guiado vuestros pasos hasta Alejandría —señaló Apolodoro.

—Lo recuerdo perfectamente —convino Olimpo.

—En aquel entonces asegurasteis que la medicina era vuestra vida. ¿Todavía pensáis lo mismo?

—Sin ella no soy nada —respondió de manera tan ambigua que Apolodoro no supo si hablaba de su oficio o de la mujer a la que continuaba mirando.

—¿No os parece curioso el modo en que el capricho de los dioses convierte nuestro amor en una condena? —preguntó mientras observaba con atención a Adira.

—Curiosas palabras —se apresuró a decir Olimpo—, para ser pronunciadas por un hombre que me aseguró que, sin el amor de las mujeres, la vida carecía de emoción alguna.

—Continuo pensando lo mismo —aseguró Apolodoro —. El amor por las mujeres endulza nuestro camino. Es el amor por una sola mujer el que parece truncarlo a cada paso —señaló con un tono de voz que permitió a Olimpo comprender que compartía con el siciliano algo más que su deseo de proteger a Cleopatra. Ambos sufrían por un amor no correspondido y la forma en la que el hombre miraba a la sirvienta delataba sus sentimientos hacia ella.

Antes de que Olimpo pudiera decir nada más, un legionario romano acudió al jardín con un mensaje urgente que entregar a la reina. El romano, que conocía el contenido de la misiva, se mantuvo serio mientras cumplía sus órdenes. Por el contrario, Cleopatra corrió hacia el soldado, segura de que aquel hombre le entregaría una carta de Marco Antonio. En cuanto tuvo en su poder el mensaje, la joven se apresuró a abrirlo, ya que deseaba leer que su amado regresaba junto a ella o, al menos, ver las palabras escogidas por el romano para expresarle cuánto la echaba de menos. Pero lo que leyó era totalmente diferente. Cleopatra palideció y, por un momento, estuvo a punto de caer desfallecida. Luego recordó las palabras de Adira advirtiéndola sobre que algo así podría sucederle. ¿Por qué no la había escuchado? ¿Por qué había dejado que un hombre le rompiera el corazón de nuevo?

César le había abandonado en contra de su voluntad, pero el caso de Marco Antonio era totalmente diferente. Aun así, los dos romanos a los que había amado le habían traicionado en beneficio de una misma persona: Octavio. Ella jamás olvidaría que César lo nombró su heredero y, desde luego, tampoco perdonaría a Marco Antonio. Éste acababa de quedarse viudo de Fulvia, su esposa romana y, en vez de regresar a Alejandría para desposarse con ella, había optado por contraer matrimonio con Octavia, la hermana de su enemigo político, quizá para sellar la paz con él.

Cleopatra recuperó la compostura y sonrió a todos los que la observaban. Puede que su corazón acabase de romperse una vez más, pero no debía permitir que nadie lo advirtiera. Al fin y al cabo, era algo que había hecho toda su vida. ¿Por qué el destino no le permitía ser feliz? ¿Por qué apartaba de su lado a todos los que quería?

Cleopatra abandonó el jardín para dirigirse a sus aposentos recordándose a sí misma que ella era la reina de Egipto y, por lo tanto, debía mostrar la misma fortaleza que el país que gobernaba.

Una vez en su habitación, sintió que se mareaba y tuvo que sujetarse para evitar caer al suelo. Cuando se disponía a llamar a Olimpo, sintió un dolor en el vientre que le hizo presentir qué era lo que le sucedía.

¿Por qué Isis la ponía a prueba de esa manera? Si estaba en lo cierto, una nueva vida crecía en su interior, lo que no hacía sino aumentar su dolor por la decisión de Marco Antonio. Pero Cleopatra sabía cómo debía actuar. Por dura que fuese la pérdida del romano, no podía permitirse ser débil de nuevo porque ahora Egipto sólo contaba con ella para protegerlo de todos los peligros que lo acechaban.

26

Cleopatra miró a sus dos hijos mientras se daba cuenta de lo rápido que transcurría el tiempo. Los gemelos acababan de cumplir tres años. Cleopatra Selene y Alejandro Helios eran dos hermosos niños que habían heredado el espíritu alegre de un padre al que no conocían.

El dolor por el abandono de Marco Antonio seguía presente en su corazón. No había un solo día en que no extrañase su presencia. A pesar de ello, no se había permitido mostrar el menor signo de tristeza por la traición del romano. Siempre había intentado ser fuerte para mantener la independencia política de Egipto y para garantizar que su hijo Cesarión, que acababa de cumplir diez años, heredara el imperio soñado por sus padres. Ahora tenía dos razones por las que seguir luchando, así que debía olvidar las caricias del romano al igual que Marco Antonio había olvidado sus promesas para refugiarse en los brazos de Octavia.

Del mismo modo que se había preguntado en infinidad de ocasiones cómo sería la mujer de César, ahora sentía curiosidad por Octavia. Todos alababan su belleza y también los esfuerzos por mediar entre su esposo y su hermano. Cleopatra creía conocer a Marco Antonio y aquellas cualidades no parecían suficientes para el hombre que ella recordaba. ¿Lograría Octavia complacer a Marco Antonio de la misma forma que ella? Cleopatra había utilizado los más extraños recursos para mantener el interés del romano. ¿Habría encontrado también Octavia la forma de ganarse su amor?

Por mucho dolor que le causara, Cleopatra creía conocer la respuesta a esos interrogantes. De otro modo, Marco Antonio no habría permanecido más de tres años

lejos de Alejandría y de su reina. Ahora el romano llevaba una vida ejemplar en Atenas junto a Octavia, quien le había dado una hija, Antonia. Y, a diferencia de sus dos hijos, esa niña contaría con el amor de su padre.

—¿Qué es lo que preocupa a la reina? —preguntó Apolodoro después de avanzar hasta ella y contemplar su rostro. Cleopatra tenía treinta y dos años pero el siciliano creía que el tiempo no hacía sino aumentar su atractivo

—¿Por qué crees que el destino desea que mis hijos crezcan sin la presencia de sus padres? —se lamentó. Cesarión había crecido junto al siciliano y Olimpo era como un padre para los gemelos.

—El amor de la reina de Egipto compensa con creces esa ausencia —afirmó Apolodoro.

—Pero no parece suficiente para el pueblo que desea la presencia de un hombre en el trono —reconoció Cleopatra, ya que conocía los últimos rumores llegados a palacio—. ¿Tú también lo crees necesario?

—Si algo me habéis demostrado —contestó él—, es que contáis con las cualidades necesarias para gobernar sola este país. —Cleopatra lo miró complacida—. Lo que desconozco —prosiguió—, es si es vuestro corazón el que necesita alguien a su lado —concluyó mientras fijaba su mirada en Olimpo, quien jugaba con los gemelos.

—Lo que tengo ante mí —comenzó diciendo ella—, llena por completo ese espacio —añadió sin que Apolodoro supiera si aquella afirmación dejaba entrever algo más que lo que parecían indicar sus palabras—. ¿Y vuestro corazón? —preguntó ella tomando por el brazo al siciliano—. ¿Mi capitán no ha encontrado a una mujer que lo aparte de mi lado?

—Sabéis tan bien como yo que el mar es el único amor de un marinero —respondió él sonriendo—. Si existiera esa mujer de la que habláis —añadió después de unos segundos de silencio— estoy seguro de que ella querría que permaneciera a vuestro lado —concluyó finalmente antes de alejarse de allí, sin que Cleopatra pudiera decirle nada más sobre sus últimas palabras. No en vano, ella había

observado el modo en que aquel hombre miraba a Adira y había reconocido en sus ojos el mismo sentimiento que había destrozado su corazón en más de una ocasión. ¿Por qué era el amor un sentimiento tan peligroso? ¿Por qué un día parecía cubrirte de dicha y poco después no era más que la peor de las torturas?

Olimpo, que se había hecho esa misma pregunta en infinidad de ocasiones, miró una vez más a Cleopatra.

Desde su regreso a Alejandría, disfrutaba de todas las comodidades de palacio. Allí disponía de todo lo necesario para ejercer la medicina, pero lo que realmente le hacía feliz era tener a Cleopatra a su lado. Desde su reencuentro, la joven había entregado su amor a César y a Marco Antonio. Pero ahora ninguno de los dos estaba a su lado. Por consiguiente, ¿por qué no confesarle todo cuanto sentía?

El amor de una reina estaba destinado a príncipes y soberanos. Él era consciente de que jamás podría conquistar su corazón del modo en que César o Marco Antonio lo habían hecho, pero le bastaba con poder sentir, al menos una vez en la vida, su cuerpo entre sus brazos. En infinidad de ocasiones, había imaginado cómo sería besar sus labios, recorrer la suave piel de su espalda con sus dedos, sentir su calor. Él sabía que en el pasado había rehusado poseer lo que deseaba. Aun así, no se arrepentía debido al enorme amor que sentía por ella.

Cleopatra advirtió la forma en la que Olimpo la miraba y, por un momento, deseó que su amigo hubiera correspondido sus sentimientos. Por mucho que intentara negarlo, necesitaba sentirse amada de nuevo y ella estaba segura de que el amor que Olimpo podía ofrecer conseguiría hacer feliz a cualquier mujer.

El médico avanzó decidido hacia ella y Cleopatra percibió algo diferente en su amigo.

—¿Te acuerdas de la primera vez que fuimos al faro? —fue lo primero que le preguntó él. Cleopatra asintió con la cabeza, extrañada por aquella pregunta, dado que Olimpo nunca hablaba de su pasado en común. Siempre se

comportaba como si aquella etapa de su vida nunca hubiera tenido lugar y ella se limitaba a respetar su silencio—. Yo tenía miedo de seguir ascendiendo porque pensaba que el fuego de la torre nos quemaría si nos acercábamos demasiado.

—Y yo me mostraba tan decidida que me hiciste detenerme para preguntarme por qué no tenía miedo —recordó ella sonriendo.

—¿Recuerdas lo que me contestaste? —inquirió Olimpo.

—Te dije que estaba aterrorizada —contestó ella—, pero que si me detenía por el miedo, jamás sabría cómo era el faro.

—Y luego añadiste que la única forma de vencer nuestros temores es enfrentarnos a ellos —concluyó él, desconcertando más a Cleopatra—. ¿Aún piensas así? —preguntó mientras acercaba su mano a la joven para apartar un mechón del rostro de la reina quien, por un momento, tuvo la sensación de que Olimpo iba a besarla. Luego apartó rápidamente aquel pensamiento de su mente. Ella misma le había ofrecido su cuerpo y él la había rechazado. Jamás volvería a cometer el error de pensar que Olimpo podría amarla de esa forma, por lo que apartó su rostro de la mano de su amigo Pero él estaba decidido a confesarle sus sentimientos y tomó sus manos.

—Majestad —la voz de Adira irrumpió en aquella zona del palacio, obligando a Olimpo a separarse de Cleopatra—, Marco Antonio desea reencontrarse con la reina de Egipto —añadió la joven mostrando la carta en la que éste solicitaba ver de nuevo a Cleopatra.

Después de tres años de separación, en los que el general había reafirmado su alianza política con Octavio, Marco Antonio viajaba de nuevo a Oriente para reunirse otra vez con ella. ¿A qué se debería aquel repentino interés del romano por verla? ¿Extrañaría su presencia del mismo modo en que ella añoraba sus caricias? ¿O tan sólo necesitaría la ayuda de Egipto?

Cleopatra acudió rápidamente a tomar la carta que

Adira le ofrecía y Olimpo sintió que aquel documento no sólo le impedía declararse, sino que acababa con cualquier posibilidad de conseguir el amor de Cleopatra.

27

Cleopatra escuchó cada una de las palabras que Adira le había revelado y sintió que el dolor por el abandono de Marco Antonio regresaba a su corazón.

Habían trascurrido dos años desde que ella y el romano se reencontraran en Antioquia. Cuando Marco Antonio le pidió que se reuniera de nuevo con él, Cleopatra estuvo a punto de negarse. Pero le echaba de menos. Añoraba su risa, sus caricias, su arrojo y su descaro. Finalmente, cedió a sus deseos pero impuso sus condiciones: Marco Antonio debía desposarla y cederle muchas de sus posesiones orientales. El romano accedió gustosamente a sus peticiones reanudando una relación que jamás debió interrumpirse.

—Tengo que hallar el modo de que Marco Antonio no se encuentre con Octavia —afirmó Cleopatra, cuya mente no podía dejar de pensar en que, en aquel mismo momento, la romana navegaba para encontrarse con su esposo—. Octavia viaja con el pretexto de entregarle dos mil soldados a Marco Antonio para su próxima guerra contra el rey de Armenia —añadió a continuación—, ¡mientras que la reina de Egipto ha puesto a sus pies todas las riquezas de su país!

—Sabéis que Octavio es el verdadero responsable de esa acción —señaló Adira—, y también conocéis lo que ocurrirá si Marco Antonio no se reúne con ella —le recordó la sirvienta, dado que que estaba segura de que Octavio había enviado a su hermana con la esperanza de que Marco Antonio humillara a su esposa romana y le facilitara una excusa para declararle la guerra.

—¡No puedo permitirlo, Adira! —exclamó Cleopatra—. Recuerda que dejó a la reina de Egipto embarazada para casarse con esa mujer.

—Pero luego dejó a Octavia encinta para reunirse

nuevamente con la soberana de este país —repuso Adira, que podía leer en los ojos de Cleopatra el temor a que Marco Antonio la abandonara de nuevo.

—Él no desea un nuevo enfrentamiento entre romanos —afirmó Cleopatra—. Si regresara con Octavia, el Senado no tendría motivos para declararle enemigo de Roma.

—¿Acaso no os ha demostrado su amor accediendo a todo lo que le habéis pedido? Ni siquiera César estuvo dispuesto a casarse con una reina extranjera. En cambio, Marco Antonio os desposó cuando le asegurasteis que no volveríais a ser la amante de un hombre que tuviera una esposa romana al otro lado del océano —le recordó la sirvienta—. Debéis permitir que acuda al encuentro de Octavia y que tome los hombres que su hermano le envía. De otro modo, estaríais proporcionándole la excusa perfecta para declararos la guerra.

Cleopatra escuchó atentamente las palabras de Adira. Pero luego recordó los tres largos años en los que tuvo que criar a sus dos hijos gemelos sin la presencia de su padre. Su rostró se demudó. Marco Antonio le había asegurado mil veces que aquel matrimonio fue tan sólo una maniobra política, pero ella no aceptaba esa explicación.

—Recordad también quién le consoló cuando regresó, vencido y abatido, de la guerra contra los partos —insistió Adira para despejar cualquier duda de la mente de la reina.

Después de desposarse con Cleopatra, Marco Antonio le había pedido hombres y dinero para continuar el sueño de César y Alejandro Magno. Quería recuperar las águilas de Craso, en poder del pueblo de los partos desde que vencieran al aliado de César y Pompeyo. Cleopatra accedió a sus peticiones. Incluso lo acompañó en su travesía y sólo regresó a Alejandría después de conocer que estaba embarazada de su cuarto hijo.

—¿Qué mujer se habría comportado de esa manera después de que él la abandonara para vivir en Atenas junto a otra mujer? —le planteó Adira.

Cleopatra sabía que la joven tenía razón. Después de la derrota contra los partos, ella había acudido en ayuda del

romano, encontrándolo en un estado lamentable.

—Fue vuestro amor el que le ayudó a recuperar el ánimo para prepararse para una nueva guerra —concluyó Adira, ya que ella sabía que Cleopatra había incitado a Marco Antonio a enfrentarse al rey de Armenia para que éste recuperase la confianza en sí mismo.

—Por eso soy yo, y no Octavia, la que se merece el amor de Marco Antonio —sentenció Cleopatra—. No le permitiré que me arrebate a mi esposo de nuevo —aseguró antes de salir de aquella habitación.

Cleopatra necesitaba encontrar el modo de retener al romano a su lado. Pero ¿cómo hacerlo? Años atrás, le había ofrecido todo lo que un hombre podía desear y, aun así, él se había ido. Si en el pasado ya la abandonó por Octavia, ¿sería ahora su amor suficiente para mantener a Marco Antonio junto a ella? Olimpo vio que la reina caminaba de un lado a otro del pasillo y se dirigió a su encuentro para comunicarle que había decidido regresar a Tebas. Vivir junto a Cleopatra era demasiado doloroso como para prolongar por más tiempo esa agonía. Disfrutaba viéndola cada día pero su corazón se rompía cada vez que pensaba que jamás podría tenerla del modo en que quería.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmado después de ver el estado de la soberana.

Cleopatra trató de tranquilizarse, así que sonrió a Olimpo para demostrarle que se encontraba perfectamente. Pero luego recordó que Olimpo conocía todo tipo de plantas cuyas propiedades podían provocar diferentes síntomas. ¿Y si le pedía ayuda? ¿Y si él encontraba el modo de conseguir que Marco Antonio permaneciera a su lado?

—He decidido regresar a Tebas —le comunicó él antes de que los ojos de Cleopatra le hicieran dudar de su decisión.

—¿Irte de Alejandría? —pregunto atónita, Cleopatra quien acababa de olvidar por completo las intenciones de Octavia—. ¿Acaso no disfrutas de tu vida en palacio? —Era incapaz de comprender por qué Olimpo había tomado una decisión así.

—Me has ofrecido todo cuanto un médico podría desear —contestó él, sin que eso aclarase nada a Cleopatra.

—¡No puedo prescindir de ti! —exclamó—. Mis hijos necesitan de tus cuidados —argumentó después, incapaz de decirle que era ella quien no deseaba que se fuera. Eso confundió aún más a la joven.

¿Por qué la posibilidad de que Olimpo se fuera de Alejandría la había afectado tanto? Hasta ese momento, no fue consciente de que la posible marcha de Marco Antonio afectaba el orgullo de la reina, pero la partida de Olimpo turbaba los sentimientos de la mujer que se ocultaba bajo la corona de Egipto.

Por un momento, Cleopatra se sintió como la inocente muchacha que había contemplado como un barco alejaba a Olimpo de su lado.

—Quizá no seas el único que me abandone hoy —anunció Cleopatra, completamente abatida por lo que Olimpo le había dicho—. Octavia ha dejado Roma para acudir en busca de su esposo —confesó Cleopatra revelando al joven el motivo por el que estaba tan nerviosa cuando se habían encontrado.

—Eso no debería preocuparte —repuso él.

—¿Acaso te burlas de mí? —inquirió Cleopatra.

—Marco Antonio ya cometió el error de apartarse de tu lado —replicó Olimpo, recordando con dolor que había estado a punto de confesarle a Cleopatra sus sentimientos durante la ausencia del romano—. Estoy convencido de que no sería capaz de alejarse de ti nuevamente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —quiso saber Cleopatra. Olimpo la miró fijamente antes de contestar a su pregunta.

—Porque nadie que haya amado a la reina de Egipto —comenzó diciendo el médico mientras tomaba su mano—, podría permanecer mucho tiempo alejado de su lado —dijo antes de separarse de la reina sin saber que, tal como acababa de revelarle a Cleopatra, tampoco él estaría mucho tiempo lejos de aquella mujer.

28

Adira se detuvo antes de entrar en los aposentos de Cleopatra. ¿Por qué no era capaz de librarse de aquel terrible presentimiento?

Desde hacía varios días, apenas conseguía dormir. Pero lo que más la desconcertaba era que, cuando lograba hacerlo, los más extraños sueños se apoderaban de su descanso.

La noche anterior había soñado con su hogar. Ella regresaba a Menfis para encontrarse de nuevo con la sacerdotisa de Isis, pero lo hacía con las manos llenas de sangre. ¿Qué podría significar aquello? ¿Estaría relacionado con el acontecimiento que estaba a punto de celebrarse y con el que ella estaba en desacuerdo?

—¿Crees que debería llevar ese tocado? —le preguntó Cleopatra señalando un tocado en forma de buitre, la diosa protectora del alto Egipto.

—Sin duda es apropiado para una gran ocasión —se limitó a decir ella mientras se disponía a ayudar a la soberana a secar su cuerpo.

Los años transcurrían con rapidez y Cleopatra se servía de todo tipo de remedios para luchar contra el paso del tiempo. La reina tenía treinta y cinco años de edad, pero los baños de leche de burra aportaban a su piel la elasticidad necesaria para que se mantuviera firme y tersa. Después Adira extendió aceite perfumado sobre su cuerpo, que hizo que su piel no sólo estuviera perfecta, sino que adquiriera un tono mucho más favorecedor.

Ella creía que aquella celebración atraería la desgracia sobre Egipto, pero su deber era asegurarse de que Cleopatra estuviera deslumbrante.

Mientras colocaba la túnica ceremonial sobre su

cuerpo, Adira se dedicó a observar la mancha en forma de media luna que Cleopatra tenía sobre su hombro y, como cada vez que lo hacía, pensó en la extraña coincidencia que compartía con aquella mujer ya que ella también poseía una marca parecida en su cuerpo.

Luego extendió unos polvos rojizos, obtenidos de óxido de hierro humedecido, sobre los labios de la soberana.

—Debes de ser la única persona de Alejandría que no parece entusiasmada con el desfile —objetó Cleopatra después de apreciar que la sirvienta apenas hablaba.

—Temo por vuestro futuro —fue lo único que dijo Adira.

—Ni Egipto ni su reina tienen nada que temer —remarcó su señora—. Mientras Marco Antonio esté aquí, nadie osará desafiarnos.

—Octavio lleva años intentando buscar una excusa para declararos la guerra —afirmó Adira—, y este desfile conseguirá que el pueblo romano apoye el enfrentamiento.

—¡Octavio nos habría declarado la guerra de igual modo! —replicó Cleopatra—, ¿o has olvidado que hace apenas un año que envió a su hermana al encuentro de Marco Antonio? —preguntó después, recordando sus temores ante la posible respuesta de Marco Antonio a esa acción. Pero su esposo no había dudado a la hora de rechazar aquel encuentro con Octavia, aun sabiendo que su hermano se encargaría de hacerlo público en Roma—. Ese insolente muchacho lleva años intentando ganar el amor de su pueblo. César le dejó su dinero, pero no le concedió el respeto y la admiración de los romanos porque estaban reservados para su lugarteniente más leal —expuso—. Octavio sabe que para aumentar su popularidad debe disminuir la de Marco Antonio.

En Roma todo el mundo pensaba que ella embrujaba a los hombres hasta privarles de su voluntad. Los enemigos de César habían utilizado ese argumento y Octavio también había recurrido a él. Era tal la envidia que corroía al sucesor político de César que no había dudado en declararse hijo de Apolo, dado que Cleopatra descendía de

la diosa Isis y Hércules era el antepasado de Marco Antonio. Pero, por más que se empeñara, jamás sería como ellos.

—Te prometo que me preocuparé por Egipto —dijo finalmente—, pero ahora debo asegurarme de que este día no se olvide jamás.

Adira se limitó a suspirar mientras acababa de peinar a la reina. Luego colocó sobre su cuerpo alguna de las joyas más valiosas que poseía. Marco Antonio había decidido celebrar su triunfo en Alejandría. Por primera vez en la historia, un romano se disponía a festejar su victoria en una ciudad diferente a Roma. Ella sabía que esa noticia no sería bien acogida en la metrópoli, pero no le importaba porque a sus ojos tenía un valor más importante que para el resto de las personas. Significaba que Marco Antonio, por fin, consideraba que Alejandría era su hogar. Esa celebración cortaba cualquier lazo de unión con Roma y lo entregaba a sus brazos de una forma definitiva.

Después de asegurarse de que su aspecto deslumbraría a Marco Antonio y a todo Egipto, Cleopatra se dispuso a acudir al lugar reservado para ella y sus hijos durante la celebración.

Adira se limitó a quedarse en el palacio mientras el resto de los habitantes de Alejandría se apresuraban a colocarse en las diferentes avenidas por las que circularía Marco Antonio con su séquito.

El romano esperaba impaciente el inicio del desfile sobre un carro dorado impulsado por cuatro hermosos corceles blancos. Mientras comenzaba a desplazarse hacia el Serapeion, el templo de las cien escaleras, miró a su alrededor y observó cómo la multitud gritaba su nombre.

Aquél era un día con el que todo soldado soñaba. Alejandría había invitado a todos los monarcas que mantenían su alianza con Egipto. La soberana había ordenado que se sirviera bebida y comida en abundancia para todos los presentes que en esos momentos arrojaban pétalos de flores a su paso. Pero su corazón era incapaz de olvidar los días que pasó combatiendo contra los guerreros partos y en los que estuvo a punto de perder la vida.

Por eso debía recompensar a Cleopatra. Sólo celebraría su triunfo sobre Armenia en Alejandría. Roma no le había consolado después de su derrota ni le había animado a que luchara nuevamente para recuperar una dignidad que creía perdida.

Cuando el desfile llegaba a la mitad de su recorrido, la muchedumbre enloqueció. Adira salió del templo de Isis para ver con sus propios ojos qué era lo que sucedía. Después de alcanzar la vía del Soma, la gente comenzó a rodearla hasta impedirle avanzar. Cuando comprendió que había sido un error encaminarse hacia aquella zona, un brazo la tomó por la cintura y consiguió apartarla de la multitud.

—El destino te pone en mi camino cada vez que estoy en peligro —reconoció Adira después de que Apolodoro la condujera hacia una zona segura.

El siciliano estuvo a punto de replicarle que no era el azar quien le hacía seguir cada uno de sus pasos, pero se limitó a tomarle de la mano para que lo siguiera hasta el Serapeion y ver cómo Marco Antonio ofrecía su victoria a Cleopatra.

Al notar el suave contacto de Apolodoro, Adira se preguntó cómo sería sentir esas manos acariciando su cuerpo. Cuando Cleopatra le hablaba de los momentos de pasión junto a Marco Antonio, ella no podía evitar sentir cierta envidia. Su cuerpo se había mantenido puro a lo largo de los años. Pero el hombre que caminaba a su lado no únicamente turbaba sus pensamientos, sino que le hacía dudar de sus propias convicciones.

¿Qué podía reprocharle a la reina cuando su corazón también traicionaba a Isis por el amor de un hombre? Luego recordó las palabras que Cleopatra había pronunciado muchos años atrás, cuando no era más que una muchacha que anhelaba descubrir lo que se sentía al entregarse en cuerpo y alma a otra persona. Había sido necesario que transcurrieran todos esos años para que Adira entendiera lo que su señora había intentado hacerle comprender.

—Estás temblando —señaló el siciliano acercándose más a ella hasta que el cuerpo de la joven estuvo tan próximo al suyo que, por un instante, pudo escuchar el latido de su corazón.

Adira, cuya mirada estaba fija en la reina, se volvió y contempló el rostro de Apolodoro. Tan sólo unos centímetros separaban los labios de aquel hombre de su boca. Si Isis la había elegido para cumplir sus votos, ¿por qué deseaba percibir el sabor de los besos de Apolodoro? ¿Por qué quería descubrir los placeres de los que Cleopatra le había hablado en más de una ocasión?

La muchedumbre estalló de alegría y ambos se vieron obligados a separarse.

Marco Antonio observó complacido que, una vez más, Cleopatra parecía una diosa. Junto a ella, estaban Cesarión y sus tres hijos. Cesarión contaba con trece años y era la viva imagen de su padre. En alguna ocasión, la reina había sorprendido a Marco Antonio mirándolo con adoración, ya que era fácil pensar, viendo su rostro, que era el emperador y no un simple muchacho quien se escondía detrás de aquel cuerpo. Los gemelos acababan de cumplir seis años y Ptolomeo Filadelfo era un hermoso niño de dos años.

Marco Antonio comenzó su discurso. Cada una de sus palabras parecía enloquecer a la multitud congregada tal como había sucedido años atrás durante el funeral de César. Igual que en aquel entonces, cada una de sus frases perseguía un objetivo, como estaba a punto de demostrar.

—Yo te nombro a ti, Cleopatra —terminó diciendo el romano—, reina de reyes —concluyó a continuación ante la mirada de asombro de la soberana de Egipto, quien desconocía los planes de Marco Antonio—. Declaro igualmente que Cesarión es hijo legítimo de César y, por lo tanto, rey de reyes —añadió finalmente.

Adira no pudo reprimir un grito después de escuchar esas palabras pero su lamento se perdió entre los gritos de júbilo de la gente. Sólo Apolodoro fue consciente, al igual que ella, de lo que aquella declaración significaba. Ambos sabían que las palabras del romano conseguirían que la

noticia que todo Egipto llevaba meses esperando no tardara en hacerse oficial. Nombrando a Cesarión rey únicamente cabía esperar que tanto Octavio, como el Senado romano, les declararan inmediatamente la guerra.

29

Marco Antonio se recostó con suavidad y apoyó su cabeza sobre uno de los numerosos almohadones que recubrían la cama de la reina. Cleopatra, extasiada, esperó que su respiración se normalizara y se tumbó junto al romano.

¿Cómo era posible que nunca se cansara de poseer a aquella mujer? Él, que siempre se vanagloriaba de sus triunfos amorosos, había caído en las redes de Cleopatra olvidando por completo el tiempo en el que su prioridad era Roma.

Habían transcurrido dos años desde la celebración de su triunfo en Alejandría. Cleopatra y Marco Antonio habían abandonado aquella ciudad para viajar hasta la isla de Samos con la intención de asistir al festival de Dionisos. Luego habían partido hacia Atenas.

Aunque Cleopatra había recelado a la hora de acudir a esa ciudad, ya que era el lugar donde había vivido con Octavia, Marco Antonio había confirmado su amor por la reina de Egipto enviando a su esposa romana la carta del divorcio. También había ordenado, imitando el comportamiento de César, colocar en el Partenón dos estatuas suyas junto a la representación de los dioses griegos.

—Nunca pensé que Octavio iría tan lejos —reconoció Cleopatra mientras apoyaba su cabeza en el pecho de su esposo.

—Ha infringido una de las leyes más sagradas de Roma —remarcó Marco Antonio. No en vano, su adversario político había robado su testamento del templo de las Vírgenes Vestales, las mujeres que, desde tiempos inmemoriales, custodiaban los documentos más importantes

de Roma—. Ha lanzado copias por cada rincón de Roma y ahora todo el mundo conoce mi deseo de ser enterrado en Alejandría, así como las concesiones que en él hago a la reina de Egipto.

—¿Acaso te avergüenzas de su contenido? —preguntó ella ante el tono de voz empleado por Marco Antonio.

—En absoluto —aseguró él—, pero los romanos, alentados por las palabras de Octavio, lo han considerado una ofensa hacia Roma.

—Octavio ha resultado un enemigo más poderoso de lo que habría imaginado —confesó la reina.

—Aún recuerdo cómo simulaba estar enfermo cuando llegaba el momento de batirse. Me pregunto si estará presente cuando empiece la batalla.

—Octavio ha demostrado que es un mal soldado pero un excelente político —afirmó ella—. Eso debería enseñarte que una mente despierta es más peligrosa que el filo de una espada.

—Eso es algo que tú te has encargado de mostrarme día a día —dijo el romano mientras la estrechaba entre sus brazos.

—Octavio critica los excesos de Alejandría pero sus actos no son nada elogiables —reconoció Cleopatra—. Se apoderó de una mujer ya casada y embarazada de su marido —afirmó después—. ¿Cómo puede criticar nuestra actitud? —inquirió a continuación, omitiendo los insultos que había utilizado para referirse a su persona, entre los que estaban algunos tan escandalosos como prostituta infame que se entrega a todos los vicios, hembra libidinosa o serpiente del Nilo.

—Te prometo que le haré pagar por sus palabras —aseguró Marco Antonio.

—Las fuerzas están demasiado igualadas como para sentirme tranquila —señaló Cleopatra—. Quizá deberíamos haber atacado Roma cuando tuvimos la oportunidad —añadió después, sin pretender que sus palabras sonaran a reproche. Ella, mejor que nadie, sabía lo duro que resultaba enfrentarse a tu propio pueblo.

—Sabes que es una posibilidad que consideré —reconoció él—. Si hubiera atacado Italia nada más iniciarse las disputas con Octavio, habría obtenido la victoria sin esfuerzo. Pero no había sido capaz de liderar un ejército que pretendiera entrar de nuevo en Roma, tal como había hecho años atrás al lado de César.

—Sé lo difícil que te resulta tener que empuñar la espada contra otros compatriotas.

—Pensé que la muerte de Bruto acabaría con el enfrentamiento entre los romanos.

Cleopatra observó el dolor que reflejaban sus ojos y sintió que era ella misma quien lo sufría.

—Aún estás a tiempo de retirarte de la batalla —se apresuró a decir—. Sabes que el Senado ha declarado la guerra a la reina de Egipto —agregó a continuación, maniobra que le permitía a Octavio ofrecer una salida a Marco Antonio ante la opinión romana—. Si regresas a Roma, Octavio no podrá hacer nada contra ti. La reina de Egipto sabrá defenderse sola, tal como ha hecho toda su vida.

El silencio de Marco Antonio fue como un puñal clavado en mitad de su corazón. Ofendida por su reacción, Cleopatra se apartó de los brazos del romano para abandonar el lecho segundos después.

Durante unos instantes, Marco Antonio pensó en las palabras de la soberana. Más tarde, recordó los tres años de su vida en Atenas junto a Octavia. La hermana de su enemigo era una mujer francamente hermosa que le había dado dos hijas. Octavia encarnaba como nadie la virtud romana. Incluso había intercedido a su favor ante su hermano evitando en más de una ocasión que estallara una guerra que parecía inevitable.

En Atenas había tenido todo cuando un hombre pudiera desear pero ni un solo día había dejado de sentir un enorme vacío en su corazón, que únicamente había desaparecido a su regreso a Alejandría. Y cuando estaba a punto de perecer en las montañas, después de la derrota a manos de los partos, el deseo de encontrarse de nuevo con

Cleopatra era lo único que lo mantuvo con vida.

—Sé que Octavio no tendría más remedio que aceptarme si te abandonara en este preciso instante —afirmó el romano—, pero la ofensa que me ha infligido es demasiado grande como para pasarla por alto. —Se levantó para acercarse a Cleopatra. Acto seguido acarició su cuerpo desnudo como sólo él sabía hacer hasta que ella cedió por completo a sus deseos y giró su cuerpo para buscar los labios de su amado.

Marco Antonio besó su cuello mientras aspiraba el sugerente aroma de la reina que parecía tener la propiedad de estimular todos sus sentidos. Cleopatra se esforzaba en elegir los mejores perfumes, seleccionando una fragancia distinta cada día. En aquella ocasión, desprendía un suave aroma afrutado. La reina tenía treinta y ocho años pero su atractivo permanecía intacto. Su piel y sus labios incitaban a besarlos, sus ojos, su sonrisa... todo en ella constituía una provocación para la que no existía curación.

—Hace mucho tiempo que comprendí que no merece la pena vivir —añadió Marco Antonio mientras la tomaba en brazos para conducirla de nuevo a la cama—, si tú no estás a mi lado.

Cleopatra sonrió ante aquella declaración, dispuesta a consumar, una vez más, su amor por el romano mientras se preguntaba si dispondrían de muchos más años para disfrutar de momentos así o, por el contrario, aquél sería uno de los últimos días de sus vidas.

Cleopatra subió a la cubierta de su embarcación y observó las naves enemigas. Octavio había cruzado el mar para desembarcar en Grecia a los noventa mil hombres. En Actium, lugar donde se celebraría la batalla, había tomado posiciones frente al campamento de Antonio. Allí había esperado la ayuda de Agripa, uno de los mejores estrategas de Roma.

Aunque trataba de mostrarse tranquila y segura de las posibilidades de su ejército, hacía días que un mal

presentimiento la acompañaba constantemente. Octavio había enviado espías a su campamento para convencer a los hombres de que abandonaran a Marco Antonio, cuyo ejército ya había sufrido bajas durante el invierno debido a una epidemia de malaria. Además, tal como sucediera en su etapa de exilio en Siria, las palabras de la adivina acudían frecuentemente a su memoria. ¿Estaría a punto de descubrir lo que significaban? ¿Acaso era aquélla la última batalla que libraría Egipto para conservar todo lo que los dioses les habían concedido?

—No deberías estar en la cubierta —advirtió Apolodoro—. Podría ser peligroso.

—No pienso permanecer encerrada mientras el destino de mi país se decide en estas aguas —repuso ella, dispuesta a observar el transcurso de la batalla.

Los barcos de Marco Antonio comenzaron a batirse con los de Octavio, y ella tuvo que apartar la mirada porque no soportaba la idea de que en uno de esos enfrentamientos su esposo resultara herido.

Desde que fuera testigo de la guerra de Alejandría, no había vuelto a presenciar ninguna otra contienda. Marco Antonio estaba tan seguro de obtener la victoria que, hasta ese momento, ella ni siquiera había pensado en la posibilidad de que no fuera así. Pero Marco Antonio no era como César en el campo de batalla. Contaba con su valor y no temía a la muerte. Sus soldados le adoraban, pero carecía de la visión estratégica de César. Éste buscaba la debilidad de su enemigo y la aprovechaba, algo que Octavio había aprendido magistralmente.

—Tenemos que ayudar a Marco Antonio —señaló Cleopatra.

—Él os ordenó que permanecierais alejada de la batalla hasta que pudiéramos huir de manera segura —le recordó Apolodoro, ya que aquel barco albergaba gran parte de la riqueza de Egipto.

—No podemos abandonarle a su suerte —replicó la reina obligando al siciliano a encaminarse hacia el lugar donde se libraba el combate.

Pocos minutos después, una lluvia de flechas comenzó a caer sobre la cubierta, hiriendo a parte de la tripulación. La batalla había llegado a su punto más dramático.

Apolodoro siempre había mostrado su desacuerdo con enfrentarse a Octavio en el mar. Pero Delio, uno de los hombres de confianza de Marco Antonio, había traicionado al romano, regresando junto al ejército de Octavio. Delio conocía los planes de guerra de Marco Antonio, así que se habían visto obligados a cambiar de estrategia.

Cleopatra, que se había resguardado en la parte más alejada de la nave, vio cómo el cuerpo de Apolodoro caía al suelo y corrió hacia él.

—Debéis bajar inmediatamente a la bodega —ordenó el siciliano mientras se llevaba la mano al hombro, atravesado por una flecha.

—No voy a moverme de aquí —declaró ella después de ayudar a Apolodoro a levantarse.

El siciliano recordó con tristeza cómo los hombres de Marco Antonio habían tratado de convencerlo para que no participara en una batalla naval.

«Deja que los egipcios y los fenicios luchen por mar, pero a nosotros danos tierra firme donde sabemos conquistar y luchar o morir.» Ésas habían sido las palabras de los soldados que, muy a su pesar, se habían visto obligados a combatir en un terreno que no les era favorable. Y ahora Marco Antonio estaba a punto de pagar su arriesgada decisión con una clamorosa derrota.

—¿Aún queréis que continuemos acercándonos? —preguntó Apolodoro. Cleopatra observó la escena y comprendió que aquélla era una batalla perdida—. Siento desobedeceros, pero ya no hay nada que podamos hacer —se excusó a continuación—, así que, al menos, me aseguraré de que regreséis con vida a Alejandría —dijo antes de ordenar la retirada.

Cleopatra, impotente ante lo que veían sus ojos, se limitó a permanecer en silencio mientras comprendía que lo que tanto había tratado de evitar se hacía realidad: Octavio había ganado la batalla convirtiéndose así en el nuevo amo

de Egipto.

30

Cleopatra se acercó a la ventana de su habitación y observó, como había hecho en cientos de ocasiones, el esplendor de Alejandría.

Aquella mañana, el faro parecía más hermoso que nunca y cada uno de los templos de su ciudad brillaba con tal intensidad que daba la sensación de que acabaran de erigirse.

Trató de retener aquellas imágenes en su retina, sabiendo que no tendría ocasión de contemplarlas como lo hacía en aquellos momentos.

La inmensa luna llena que había brillado a lo largo de toda la noche, había sido sustituida por un sol que iluminaba con intensidad su ciudad. Los sacerdotes de Heliópolis le habían enseñado que el dios solar Ra aparecía bajo diferentes aspectos durante el transcurso del día, en analogía con las cuatro edades del hombre. El sol que lucía en aquel momento se representaba por un niño, el del mediodía por un adulto mientras que el sol poniente era un anciano. Osiris era la divinidad que reflejaba el astro durante la noche. Ella misma había observado los dibujos que representaban aquellas enseñanzas en los antiguos templos de Egipto. ¿Qué serían de todos aquellos conocimientos con la presencia de Roma?

Aunque había trascurrido casi un año desde la derrota de su ejército en Actium, Octavio había esperado hasta ese momento para comenzar la conquista de Egipto.

—¿Me habéis llamado? —preguntó Apolodoro nada más entrar en la habitación. Cleopatra se alejó de la ventana para situarse junto a su fiel amigo.

—Salvaste mi vida una vez —señaló la reina.

—Y puedo volver a hacerlo —aseguró el siciliano—.

Dejadme que os conduzca a un lugar seguro —insistió mientras colocaba sus manos en los hombros de la reina, intentando que ésta tuviera en cuenta sus palabras—. Puedo esconderos de nuevo en mi barca —añadió con una sonrisa.

—Octavio ha rodeado la ciudad —fue lo único que dijo Cleopatra.

—¿Acaso no recordáis que logramos burlar la vigilancia de Aquilas?

—Ya no soy la joven que se escondió en aquella alfombra —confesó ella—. Debo enfrentarme a Octavio.

—¡Él no permitirá que sigáis con vida! —la advirtió él.

—He conseguido sobrevivir a situaciones peores —repuso Cleopatra intentando animar al siciliano, pero sabiendo que no había manera posible de negociar con Octavio.

—Confiáis demasiado en vuestra suerte —replicó Apolodoro.

—Hasta ahora me ha dado resultado —reveló ella—. Sabes que eres la persona en la que más confío —confesó a continuación—, por eso tengo que pedirte un último favor.

—Pondré a salvo a Cesarión —se apresuró a decir él, intuyendo los deseos de Cleopatra. No en vano, después de muchos años juntos, había aprendido a conocer a aquella mujer. Sus cualidades aún le otorgaban alguna posibilidad frente a Octavio, pero el hijo de César estaba condenado a morir en el mismo momento en que el romano lo tuviera en su poder.

—Sé que Octavio desea su muerte desde que Marco Antonio consiguió que el Senado lo reconociera como hijo de César —señaló Cleopatra.

—Partiré con él lo más rápido posible —dispuso Apolodoro.

—¿Cómo podré agradecerte todo lo que has hecho por mí? —preguntó Cleopatra antes de despedirse definitivamente del siciliano, puesto que presentía que jamás volverían a verse.

—¿Os acordáis de nuestro primer encuentro? —inquirió él tomando la mano de la reina. Ella asintió con la

cabeza—. Todavía recuerdo el alboroto que organizasteis en aquella taberna —rió él—, aunque tengo que reconocer que me impresionó la forma en la que os enfrentasteis a aquellos hombres.

—Siento haberte abofeteado —se lamentó Cleopatra, sonriendo al recordar aquella escena.

—Ya entonces llamasteis mi atención —reconoció Apolodoro—, pero fue al descubriros en mi barco cuando supe que debía protegeros. —Cleopatra se emocionó al escuchar esas palabras—. Hasta ese momento, yo había sido un hombre sin patria y sin ilusiones, pero la reina de Egipto me dio algo en lo que creer —añadió finalmente.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Cleopatra, quien se acercó a aquel hombre para besar su mejilla.

—Os prometo que pondré a salvo a vuestro hijo —la tranquilizó Apolodoro antes de dirigirse a la puerta de la habitación.

—Adira está en el jardín —fue lo último que dijo Cleopatra con una sonrisa en los labios. El siciliano escuchó sus palabras mientras grababa el rostro de aquella mujer en su memoria, porque él también sabía que aquélla era la última conversación que mantenía con la reina de Egipto.

Apolodoro avanzó a través del pasillo hasta llegar al lugar que comunicaba las habitaciones reales con el jardín. La sirvienta observó la silueta del hombre al que amaba desde una de las fuentes y corrió a esconderse detrás de una de las enormes columnas del templo de Isis.

Cleopatra le había informado que Cesarión abandonaría Egipto bajo la protección de Apolodoro, por lo que el siciliano partiría de Alejandría ese mismo día. A pesar de que no sabía si volvería a verlo, ella se sentía incapaz de despedirse de él. Si contemplaba su rostro una vez más, temía no poder controlar sus sentimientos. Por eso debía evitar encontrarse con él antes de su partida.

Al llegar al lugar donde Adira había cortado un pequeño ramillete de jazmines, Apolodoro se detuvo. Por un momento, tuvo la sensación de reconocer el dulce aroma de la joven entre la fragancia desprendida por las flores.

Luego miró a su alrededor en busca de su delicada figura.

Cuando se dirigía al templo de Isis, sus temores lo hicieron retroceder. ¿Cómo podía despedirse de alguien a quien amaba profundamente? ¿Cuáles eran las palabras correctas para confesar un amor que llevaba años negando?

Incapaz de encontrar una manera de soportar el dolor que su partida le producía, avanzó nuevamente hacia la salida del palacio, dispuesto a abandonar Alejandría esa misma mañana, en silencio.

Una vez sola, Cleopatra supo que había llegado el momento de jugar su última baza en aquella partida. Octavio, como todos los romanos que habían acudido a Alejandría, necesitaba el dinero de Egipto.

—Los esclavos acaban de meter la última pieza de oro en el mausoleo —le informó Adira nada más entrar en la habitación.

La joven estaba más pálida de lo normal. Desde el momento en que la noticia del triunfo de Octavio llegó a Alejandría, la joven apenas había probado bocado. Se negaba a aceptar que Egipto se convirtiera en una provincia romana. Todas las costumbres y los ritos de su pueblo desaparecerían con la invasión romana.

—¿Cómo puede Isis permitir algo así? —se atrevió a preguntar.

—No ha sido la diosa, sino mis decisiones las que me han conducido hasta este trágico momento —reconoció Cleopatra. Durante mucho tiempo, ella había culpado a los dioses romanos de no proteger a César, pero finalmente había comprendido que fueron sus actos los que provocaron su final. De igual modo, ella había subestimado a Octavio y ahora debía pagar las consecuencias.

»No hay tiempo que perder —señaló—. Octavio puede llegar de un momento a otro —añadió mientras se encaminaban hacia el mausoleo que había mandado erigir para custodiar su cuerpo por toda la eternidad—. Nunca pensé que lo utilizaría tan pronto —confesó al llegar a la

entrada del mismo.

—¿Creéis que Octavio accederá a vuestras peticiones?

—Si no quiere que me incinere junto a los tesoros de Egipto —contestó ella—, tendrá que hacerlo.

Cuando se disponían a entrar en el mausoleo, dos legionarios de Marco Antonio pasaron por delante de ellas.

—¿Dónde está vuestro general? —les preguntó la reina.

—Se niega a mostrarse en público —le informó uno de los soldados—. No deja de repetir que un hombre que no ha podido obtener la victoria no es digno del amor de una reina.

Durante la batalla, Marco Antonio había abandonado a sus hombres para acudir junto a la reina. A ésta se le partía el corazón cada vez que recordaba la mirada del romano por la derrota. Pero fue lo sucedido a continuación lo que acabó con la dignidad de su amado. Todas las ciudades griegas que le habían agasajado ahora le volvían la espalda al jurar fidelidad a Octavio. Luego destruyeron todas sus estatuas, incluida la que había ordenado erigir en el Partenón. Casi todos sus generales se pasaron al bando enemigo dejando a Marco Antonio sin ninguna posibilidad frente a Octavio.

—Decidle a Marco Antonio que mis últimos pensamientos fueron para él —ordenó Cleopatra antes de entrar en el mausoleo.

—¿No hay nadie más de quien os queráis despedir? —preguntó Adira. Ella había tenido ocasión de contemplar con sus propios ojos la incertidumbre que se había apoderado del corazón de Olimpo desde que la noticia de la derrota llegó a Alejandría.

—No —contestó ella de una manera tan rotunda que asombró a Adira—. Y no lo haré por el mismo motivo por el que tú has sido incapaz de despedirte de Apolodoro —agregó mientras la puerta del mausoleo se cerraba para siempre.

Los dos legionarios de Marco Antonio acudieron en busca de su superior para transmitirle las palabras de la reina.

—¡Cleopatra! —gritó el general mientras se apresuraba a correr hacia el mausoleo—. ¡No emprenderás tu último viaje sin mí!

—La puerta se ha cerrado —le informó otro soldado, acabando con las últimas esperanzas del romano, puesto que no quería vivir en un mundo en el que Cleopatra no existiera.

Al comprender que la reina había tenido el valor que a él le faltaba, ordenó a su fiel esclavo Eros que lo atravesara con su espada. Éste escuchó la petición, recordando que era la segunda vez que le ordenaba algo así. Después de perder la guerra contra los partos, Marco Antonio también le pidió que acabara con su vida. El romano no podía soportar el sufrimiento provocado por las inclemencias del tiempo y por el dolor ante la pérdida de tantos soldados. Al igual que en aquella ocasión, Eros no estaba dispuesto a cumplir aquella orden.

Marco Antonio había sido un buen amo. Mantenía su carácter alegre hasta en las peores situaciones. Solamente las derrotas sufridas contra los partos y contra Octavio habían conseguido hacerle decaer, así que desenvainó su espada. Pero, en vez de dirigirla contra Marco Antonio, Eros la apoyó en el suelo y se echó sobre ella, imitando el comportamiento de los más valientes romanos que elegían ese modo de morir antes que entregarse a sus enemigos.

Marco Antonio no tuvo más remedio que tomar nuevamente la espada para cumplir la promesa hecha a Cleopatra. Antes de la guerra, los dos habían acordado acabar con su vida de la misma forma en la que habían pasado los últimos años: uno en brazos del otro.

Mientras el filo de su arma atravesaba sus músculos, Marco Antonio pensó en todos los hombres a los que había dado muerte con ella. Los dioses le habían permitido sobrevivir a cientos de batallas. Con César a su lado, había desafiado a todos los enemigos de Roma y, junto a Cleopatra, se había visto obligado a desafiar a la misma metrópoli.

—¡No me duele verme privado de ti —gritó el romano

— porque ahora mismo voy a reunirme contigo! Llevadme con ella —ordenó a sus soldados con las últimas fuerzas que le quedaban.

Cuando volvió a abrir los ojos, Cleopatra estaba junto a él. Sus hombres habían cumplido su petición, conduciéndola hasta el mausoleo. Pero la puerta estaba cerrada, así que la reina y Adira habían tenido que utilizar unas cuerdas para elevar el cuerpo de Marco Antonio hasta una ventana situada en la parte superior del mausoleo.

La reina, cuyo rostro estaba cubierto de lágrimas, besó por última vez los labios del romano.

—¿Acaso mi alma ha ascendido hasta el Olimpo? —preguntó Marco Antonio porque aquella mujer le parecía, más que nunca, una diosa.

—Perdóname, amor mío —le rogó la reina por haberle obligado a tomar esa decisión, ya que su esposo la había creído muerta. Sin embargo, lo había hecho involuntariamente.

Tras la derrota, Octavio le había ofrecido la libertad si eliminaba a Marco Antonio. Ella había rehusado tal proposición pero, durante los últimos meses, su esposo se había mostrado desconfiado y ella no había tenido más remedio que darle una lección. Después de beber vino de una copa para que el romano comprobara que estaba en perfecto estado, había jugueteado con unas flores que llevaba sobre su pelo. Luego se lo había ofrecido a Marco Antonio, quien se dispuso a beberlo. Ella había tirado la copa haciéndole ver que el veneno estaba en las flores y, por lo tanto, que podía envenenarle en cualquier momento si ése fuera su deseo. Pero jamás sellaría un pacto con Octavio que implicara la muerte de Marco Antonio.

—Nunca imaginé una forma mejor de morir —confesó él—, que entre tus brazos —añadió antes de abandonar definitivamente este mundo. Desde que vio a la futura reina de Egipto, cuando no era más que una muchacha, Marco Antonio fue consciente de que era especial. En más de una ocasión, había visto su rostro en sueños. Pero no fue hasta que contempló a Cleopatra junto a César cuando supo que

daría cualquier cosa por compartir su vida con alguien así. Puede que ni Octavio, ni Roma, ni siquiera sus hombres lo comprendieran, pero el amor de esa mujer era tan intenso que, quien lo probaba, no quería perderlo jamás. Y él había tenido la inmensa suerte de disfrutarlo, razón por la cual podía morir tranquilo.

Cleopatra lo abrazó con fuerza mientras Adira trataba de consolarla. Cleopatra había perdido a los dos hombres que había amado. La sirvienta siempre había criticado duramente a aquel hombre. Marco Antonio no era tan buen estratega como César ni poseía su inteligencia ni sus buenos modales. No obstante, no cabía la menor duda de que había amado a Cleopatra con la misma intensidad que él, llevando su amor hasta las últimas consecuencias, tal como acababa de demostrar.

31

Apolodoro contempló una vez más el rostro de Cesarion mientras pensaba que, con ese aspecto, era imposible negar la identidad del joven. Cualquier persona que hubiera conocido a César lo reconocería en el rostro de aquel muchacho. Aun así, debía encontrar la forma de mantenerlo a salvo. Se lo había prometido a Cleopatra y hasta ahora, nunca había incumplido su palabra.

Lo único que lamentaba era no haber podido despedirse de Adira. Esa misma semana había recibido la noticia de que Octavio y sus tropas acababan de entrar en Alejandría. Y eso le hacía temer por la vida de la reina y la de su amada.

Él conocía demasiado bien a Cleopatra. Al fin y al cabo, ambos eran parecidos. Un espíritu rebelde y luchador como el de la reina no permitiría que la humillaran. Si no conseguía que Octavio accediera a sus peticiones, Apolodoro sabía cuál sería la opción escogida por Cleopatra. Y, si de algo estaba seguro, era de que Adira se mantendría a su lado hasta el final.

Al pensar en la posibilidad de no volver a ver jamás a la joven se arrepintió de cada una de las veces que había guardado silencio. ¿Por qué no le había confesado lo que sentía? Aunque le hubiera rechazado, debía haber mostrado más valentía. Aquello le hizo reír. Él, que desafiaba a la muerte en casi todas sus acciones, se había acobardado ante una muchacha. Pero la inexperiencia de Adira en el amor la convertía ante sus ojos en alguien frágil y puro, y por ello había temido lastimarla.

Apolodoro oyó un ruido cercano que le hizo olvidarse momentáneamente de la joven. Despertó a Cesarión a toda prisa y le ordenó que guardara silencio.

Los sacerdotes de aquel templo les habían acogido debido al amor que profesaban a la reina de Egipto. Cada rincón del país era igual de peligroso y él se había visto obligado a buscar la protección de hombres leales a Cleopatra hasta conseguir sacar a Cesarión de Egipto.

Antes de que pudiera poner a salvo al muchacho, dos legionarios irrumpieron en la estancia. Apolodoro se abalanzó sobre el primero, pidiendo a los mismos dioses cuya existencia siempre había negado que protegieran a Cesarión.

Aunque trató de deshacerse con rapidez de su oponente, éste era un experimentado soldado que no parecía dispuesto a dejarse vencer fácilmente. El otro legionario avanzó hacia Cesarión cuya vida, al igual que tras la muerte de su padre, estaba en manos de Roma. Pero uno de los sacerdotes del templo, que había visto cómo los legionarios irrumpían en aquel recinto sagrado, corrió hacia el hijo de Cleopatra e interpuso su cuerpo entre el joven y la espada del legionario.

Apolodoro oyó el gemido del sacerdote y olvidó momentáneamente a su oponente para buscar con la mirada el rostro de Cesarión, lo que permitió a su enemigo herirle en el brazo derecho. Su brazo izquierdo había sido atravesado por una flecha durante la batalla de Actium, pero no tuvo más remedio que tomar la espada con esa mano y confiar en su suerte.

El soldado que había tratado de herir a Cesarión sacó su espada del cuerpo del sacerdote con la intención de concluir su misión.

Al ver que apenas conseguía mantener la espada firme, Apolodoro se apresuró a lanzarla contra el hombre que amenazaba de nuevo la vida de Cesarión, causándole una herida mortal al atravesar con el filo de su arma la espalda del soldado. Luego se abalanzó, totalmente desarmado, sobre el romano, quien no esperaba, ni mucho menos, una reacción parecida.

Durante varios segundos, ambos midieron sus fuerzas en el suelo hasta que las heridas del siciliano jugaron a

favor del legionario, quien levantó su arma mientras Apolodoro intentaba con sus últimas fuerzas detener el ataque. Cuando el filo de la espada del romano se acercaba peligrosamente a su pecho, Cesarión tomó el arma de Apolodoro y se deslizó por el suelo hasta el brazo derecho del siciliano. Éste pudo pudo tomarla para herir al soldado, que, a su vez, tuvo tiempo de herirle también en el pecho.

Afortunadamente, la herida de Apolodoro no era mortal por lo que pudo incorporarse para tomar un trozo de tela y practicar un torniquete en la herida.

—Debemos huir cuanto antes —señaló el siciliano, seguro de que no tardarían en llegar muchos más hombres. Luego miró con tristeza el rostro del joven sacerdote que había dado su vida por el que había estado destinado a ser el futuro rey de Egipto.

Al apreciar que el muchacho debía de tener la misma edad de Cesarión, Apolodoro tuvo una idea. De inmediato, ordenó al muchacho que se despojara de su ropa para vestirse con la del sacerdote. Luego se apresuró a colocar la fina túnica del príncipe sobre el cuerpo del difunto.

Aunque era una idea descabellada, Apolodoro volvió a solicitar la ayuda de los dioses para convencer a los romanos de que aquél era el cuerpo sin vida de Cesarión y que, por lo tanto, su misión había acabado.

Después abandonó el templo entre las sombras de la noche, decidido a cumplir la promesa que había hecho a Cleopatra, una mujer por la que no estaba dispuesto a dejarse vencer fácilmente, aun cuando la muerte parecía rondarle a cada paso.

32

Olimpo caminaba de un lado a otro del jardín sin poder creer lo que estaba sucediendo. En el momento en que supo que Roma había declarado la guerra a Cleopatra, abandonó Tebas para regresar de nuevo a Alejandría donde había esperado ansioso el regreso de su amada. Pero lo que verdaderamente le dolía era no haber podido hacer nada por ayudarla después de que Octavio tomara su ciudad. El romano no sólo se había instalado en palacio, sino que había encontrado la forma de que sus hombres entraran en el mausoleo, por lo que ahora Cleopatra era su prisionera.

La reina de Egipto había sido el enemigo más poderoso al que Octavio se hubiera enfrentado jamás. Eso reducía de modo considerable las posibilidades de que el romano la permitiera seguir con vida. Y si lo hacía, se debería exclusivamente a su deseo de exhibirla en Roma durante la celebración de su triunfo.

—Puedes curar a la reina —le indicó uno de los soldados de Octavio.

Olimpo fue conducido hasta los aposentos de Cleopatra, donde la reina permanecía recluida bajo estrecha vigilancia. Octavio no deseaba, ni mucho menos, que ella pudiera escapar o que incluso decidiera seguir el ejemplo de Marco Antonio.

—¿Estás bien? —fue lo primero que preguntó Olimpo al ver su estado. Cleopatra tenía una herida junto al pecho, resultado de los arañazos que ella misma se había infligido al contemplar cómo Marco Antonio perdía la vida en sus brazos. Ella creía que los soldados de Octavio no conseguirían entrar en el mausoleo, por lo que había amenazado al romano con quemar todos los tesoros de Egipto si no accedía a sus peticiones.

—No son estas heridas las que están consumiendo mi alma —confesó ella. Olimpo le pidió que se descubriera, lo que consiguió que el guardia que los vigilaba abandonara momentáneamente la habitación.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó Cleopatra mientras abrazaba a su amigo. El joven, que nunca había visto a la reina tan abatida, se limitó a estrecharla entre sus brazos para decirle con aquel gesto lo que no conseguía expresar con palabras.

—Debes huir —contestó finalmente el médico—. Si Octavio no te ejecuta, te exhibirá en Roma.

—Jamás permitiré que haga eso —aseguró ella, recordando los desfiles que había presenciado junto a César.

—Octavio mantiene vigilada tu habitación a todas horas —le informó Olimpo.

—Al menos ha permitido que me visites...

—Esta herida está infectada —afirmó él mientras aplicaba un extraño ungüento sobre el pecho de Cleopatra —. Si mueres, se sentirá decepcionado porque haya sido el destino, y no su mano, quien decida tu futuro.

—No me cures entonces —le rogó ella—. Deja que mi herida se infecte hasta que acabe con mi vida y mi sufrimiento.

—Jamás dejaría que eso ocurriera.

—¿Prefieres verme como prisionera de Roma? —le espetó ella enojada.

—Sabes que cambiaría mi vida por la tuya —manifestó él, acariciando su rostro.

—¿Crees que nuestra vida podría haber sido diferente si hubiéramos sido otras personas? —se atrevió a plantear Cleopatra. Al fin y al cabo, ya no tenía por qué esconder sus sentimientos.

—Aún puede serlo —fue lo único que constestó Olimpo, extrayendo un pequeño frasco que llevaba oculto bajo su túnica.

—¿Qué es eso? —inquirió Cleopatra, sin comprender las intenciones de su amigo.

—Existe una forma de que puedas huir esta misma noche. —Cleopatra lo miró sorprendida—. Este líquido es un veneno muy potente —especificó después—. En grandes dosis resulta letal, pero esta medida sólo paralizará tu cuerpo durante unas horas —aseguró—. Consigue que Octavio te permita estar a solas y tómatelo —le propuso a continuación—. Todos pensarán que has decidido suicidarte y yo podré sacarte del palacio.

—Pero ¡no tenemos dónde escondernos!

—Encontraré la forma de ponerte a salvo —le garantizó él—. Te lo prometo.

Cleopatra miró una vez más sus profundos ojos azules y, por un momento, tuvo la sensación de retroceder en el tiempo hasta su infancia.

—Me gustaría ser de nuevo la chiquilla que corría cada día a encontrarse contigo en la tumba de Alejandro —reconoció Cleopatra—, esperando el día que te decidieras a besarme.

Olimpo escuchó aquellas palabras y se sintió desconcertado.

—¿Por qué ni siquiera acudiste a despedirte de mí? —le recriminó ella.

—¡Lo hice! —replicó él—, pero no quisiste recibirme.

—Arsinoe me aseguró... —comenzó a decir Cleopatra. Pero no hizo falta que continuara la frase porque ambos comprendieron que habían sido engañados.

—Siento que hayas tenido que esperar tantos años —fue lo único que dijo el médico antes de acercarse a Cleopatra. Ella percibió que despedía un olor dulce, totalmente diferente al de César o Marco Antonio. Las manos de Olimpo rodearon su cuello y luego descendieron por la espalda. Sus brazos la envolvieron por completo antes de que sus bocas se encontraran.

Cuando ella notó los cálidos labios de Olimpo sobre los suyos, tuvo la sensación de que flotaba. Por un instante, se olvidó del resto del mundo y su futuro dejó de importarle. Ella había conocido los besos de César y Marco Antonio pero el de Olimpo era totalmente diferente a cualquier otro

que hubiera recibido jamás, quizá por el hecho de que era un beso que llevaba años esperando.

Una vez más, el destino volvía a mostrarle lo caprichoso que era. Sólo entonces, cuando sabía que su final estaba próximo, descubría a través de ese gesto que Olimpo también la amaba. Cleopatra sabía que su amor por César estaba basado en la admiración que sentía por él. Cuando lo conoció, ella no era más que una muchacha y la seguridad y determinación del romano la conquistaron. En cuanto a Marco Antonio, su amor estaba basado en la pasión. Marco Antonio encarnaba en su persona todos los placeres de la vida. Era alegre, sencillo, descarado y junto a él era fácil dejarse llevar por una embriagadora locura capaz de borrar cualquier otro recuerdo. Pero su amor hacia Olimpo era el sentimiento más puro que había poseído jamás.

Aún cuando sentía muy próxima su muerte, Olimpo acababa de hacerla sentir más viva que nunca.

Al oír que el soldado se disponía a entrar de nuevo en la habitación, Olimpo se apartó rápidamente de la soberana, no sin antes entregarle el frasco que contenía su salvación.

—Debéis acompañarme —le indicó el soldado a Cleopatra—. Octavio desea veros.

La reina se limitó a expresar su deseo de cambiarse de ropa para encontrarse con el hombre que se había apoderado de Egipto.

Mientras se colocaba una de sus túnicas escribió una nota en un trozo de pergamino donde le explicaba a Adira cuáles eran sus deseos. Luego cogió varias cartas que había guardado durante años y siguió los pasos del soldado hasta la Sala de los Banquetes, donde el romano había establecido su despacho.

Antes de reunirse con él, Adira se cruzó en su camino. Cleopatra aprovechó la ocasión para abrazar a la joven y entregarle así la nota que había escrito.

Una vez en la sala, Cleopatra dedicó unos segundos a observar al joven que ahora dirigía el destino de Roma.

Octavio tenía una constitución delgada y un semblante pálido y enfermizo. Su débil apariencia no representaba, ni mucho menos, lo peligroso que podía resultar.

—Tengo que reconocer que sois el oponente más inteligente al que me he enfrentado —fue lo primero que dijo el romano, quien llevaba años esperando aquel encuentro.

Ella percibió que aquel hombre le hablaba sin levantar la mirada del suelo, como si temiera enfrentarse con los ojos de la reina de Egipto. Al fin y al cabo, aquellos ojos habían sido la perdición de César y Marco Antonio, y quizá él no quisiera correr riesgos.

—Si vuestros intereses no hubieran ido en contra de Roma, me habría gustado teneros como amiga y consejera —reconoció él elevando su cabeza hasta mantener la mirada de Cleopatra.

Octavio había tenido la oportunidad de conocer a la soberana quince años atrás, cuando ella había visitado Roma. A pesar del tiempo transcurrido y de su actual estado, tenía que reconocer que aquella mujer poseía un encanto especial, no tanto por su belleza como por su carácter o por su forma de enfrentarse a la vida. Aunque le costara reconocerlo, él también había deseado poseer a la reina de Egipto de la forma en que Marco Antonio o el mismísimo César lo habían hecho. Y el único motivo que le llevaba a dominar ese deseo era que no podía mostrar sus debilidades como hombre frente a la nación que le había encumbrado.

—Permitidme remarcar que mis intereses nunca han pretendido perjudicar a Roma —aclaró ella—, sino que sólo han buscado el beneficio de Egipto. —Trataba de adivinar cuáles eran las intenciones de Octavio. ¿Acaso intentaba mostrarse clemente para que ella se volviera confiada?—. Estas cartas demuestran que siempre he seguido los deseos de César —señaló ella mientras le entregaba las misivas que le había escrito el romano, confiando en que las palabras de su padre político pudieran interceder a su favor frente a Octavio.

»No somos tan distintos —prosiguió ella—. A los dos nos fue confiado un gran poder en un mundo lleno de conspiradores deseosos de arrebatárnoslo. Ninguno hemos reparado en hacer lo que fuera necesario para mantener ese poder del que hoy, finalmente, me veo despojada.

—Os garantizo que no tomaré represalias sobre vuestro pueblo y disfrutaréis de un apacible y tranquilo retiro en Roma.

—Será un placer regresar a aquella ciudad —mintió Cleopatra antes de que Octavio diera por finalizada la conversación—. Antes de partir quisiera pediros un favor —señaló ella—. ¿Me permitiríais pasar algo de tiempo en la tumba de Marco Antonio?

—Diré a uno de mis guardias que os conduzca hasta allí al atardecer —aceptó el joven emperador romano.

El corazón de Cleopatra comenzó a latir con más intensidad que nunca. Las palabras de Octavio le habían mostrado que hacía lo correcto. Sólo esperaba que Adira tuviera tiempo de cumplir sus peticiones.

Tal como le había prometido Octavio, uno de sus soldados la condujo hasta el mausoleo al iniciarse el ocaso. Cleopatra se había vestido con la túnica ceremonial y sobre su pecho, reposaban los símbolos de Egipto.

—Os aguardaré en la puerta —le informó el guardia.

Minutos después, Adira solicitó permiso para rezar junto a la reina.

—¿Habéis hecho lo que os he pedido? —le preguntó ésta. Ella se limitó a asentir con la cabeza.

En la nota que le había entregado, Cleopatra le explicaba que necesitaba que se reuniera con ella en el mausoleo. Pero antes debía conseguir que un hombre acudiera a visitarlas a aquel lugar para entregarles una cesta con higos, algo que no resultaría sospechoso para los romanos, puesto que la reina recibía constantes regalos de sus súbditos.

—Vuestro hijo —comenzó diciendo la sirvienta, paralizando por completo a la reina—. Octavio ha ordenado a sus hombres que lo encuentren para ejecutarlo —le

comunció finalmente.

—¡Me prometió que mis hijos estarían a salvo! —exclamó la reina, sabiendo que no podía fiarse de Octavio.

—Varios de sus soldados han seguido los pasos de Apolodoro después de que uno de vuestros hombres les revelara dónde se escondían.

Cleopatra se derrumbó al ver cómo quienes habían sido leales a Egipto ahora la traicionaban.

—Cesarión es solo un muchacho —añadió después la reina.

—Tiene la misma edad con la que contaba la reina de Egipto cuando asumió el gobierno de Egipto.

—No puedo abandonar este mundo tranquila sin saber que él vivirá, Adira —confesó Cleopatra.

—No debéis temer por Cesarión —la tranquilizó Adira—. Estoy segura de que Apolodoro entregaría su vida antes de permitir que sufriera algún daño.

—Tienes razón —convino la reina—. Sé que Apolodoro no sólo lo protegerá ahora, sino que se asegurará de mantenerlo a salvo hasta que su vida no corra peligro.

—Recordad la historia de nuestro pueblo —le señaló Adira—: Osiris murió traicionado, pero su hijo Horus vengó esa traición con la derrota del usurpador.

—No espero que Cesarión asuma esa responsabilidad —reveló Cleopatra—. Sólo deseo que viva y que el espíritu de César y de la reina de Egipto perdure a través de él.

Antes de que Adira pudiera continuar reconfortando a la soberana, un hombre entró en el mausoleo con una pequeña cesta de higos para la reina.

Ésta tomó aquel presente y regresó junto a Adira, dispuesta a enfrentarse una vez más al destino.

Cuando sacó el frasco que había ocultado bajo su túnica, Adira se echó a llorar.

—Has sido mi amiga y mi hermana —le dijo su señora—. Muéstrate siempre orgullosa de tu país y de tus raíces —añadió tomando su mano—. Siempre agradeceré a la diosa que te enviara a mi lado.

—Os he acompañado durante más de veinte años —le

recordó Adira—, y os acompañaré en vuestro último viaje.

Luego, incapaz de decir nada más, tomó el frasco que le ofrecía Cleopatra y bebió su contenido destinando su último pensamiento al hombre que la había protegido durante los últimos años y del que ni siquiera había podido despedirse.

Cleopatra cerró los ojos y dedicó unos segundos a pensar cómo había sido su vida. Sus enemigos la habían difamado con todo tipo de mentiras, pero ella no tenía nada de lo que arrepentirse. En un mundo de hombres, ella había luchado con armas de mujer. ¿Acaso era aquello un delito? Tampoco tenía nada que reprocharle al destino. Tenía sólo treinta y nueve años pero había experimentado mucho más en su corta vida de lo que muchas personas tenían la oportunidad de hacer en existencias prolongadas.

Ella había conocido la traición, pero también el amor o a la amistad más sincera. La oferta de Olimpo era realmente tentadora. Empezar una nueva vida con él era algo que siempre había deseado, pero ella era la reina de Egipto. Su destino estaba unido al de su pueblo. Si renunciaba a su identidad, nada de lo que hubiera hecho en su vida tendría sentido.

Cleopatra se acercó al cesto de higos y abrió la tapa, a la espera de que lo que contenía acabara con su existencia.

Aquello era el final; sin embargo, Cleopatra no sentía miedo. El recuerdo de Vercingetorix la había acompañado durante los últimos años. Al igual que él no estaba dispuesta a arrodillarse ante Roma, así que trató de mostrar la misma dignidad que el galo en sus últimos momentos.

Luego recordó las palabras de la sacerdotisa y comprendió su significado. Roma era quien le había encumbrado y ahora se convertía en su verdugo. Roma era el enemigo que la había acechado durante toda su vida y del que aquella mujer había tratado de prevenirla.

Después de sentir que algo se movía junto a ella, Cleopatra abrió los ojos y su mirada se enfrentó a la de la serpiente que acababa de salir del cesto de higos para enrollarse en su brazo. En aquella ocasión, el reptil sabía

que debía finalizar lo que Isis había impedido el día del nacimiento de la reina de Egipto.

Ante aquella amenazadora presencia, Cleopatra se mostró serena y tranquila. La cobra era el símbolo de la realeza. Aquel ofidio representaba a Egipto, luego ¿no era aquélla la mejor forma de emprender su último viaje?

Cleopatra sintió un pequeño escozor y cómo, acto seguido, el sueño fue apoderándose de ella. A las puertas de la muerte, su único deseo fue que su pueblo se mostrara orgulloso de su última soberana. La victoria de Octavio representaba la desaparición de su dinastía. Por eso esperaba que ningún egipcio se olvidara de que ella había hecho todo lo posible por evitar que eso sucediera. A cambio, sólo pedía que se recordara que había dedicado su vida entera a Egipto y que, de igual modo, estaba dispuesta a morir por su país.

Mientras su visión se nublaba, recordó el rostro de César y la devoción con la que aquel hombre la miraba. Luego sintió los besos y las caricias de Marco Antonio, quien la había amado con una pasión que no conocía limites. Pero fue el recuerdo de Olimpo, su verdadero amor, el que la acompañó en los últimos instantes de su vida.

33

Olimpo miró una vez más a su alrededor antes de bajarse del barco que había estado a punto de llevarle lejos de Alejandría y de los recuerdos que aquella ciudad albergaba.

Sabía que una parte de él había muerto con la reina de Egipto. Pero si renunciaba a sus recuerdos, renunciaría también a su amor por Cleopatra y eso era algo que no deseaba. Él no cambiaría ni uno solo de los minutos que había vivido junto a ella. La soberana le había demostrado una vez más por qué era la mujer más fascinante que el mundo hubiera conocido. Él le había pedido que olvidara quién era, pero ella había decidido morir tal como había vivido. Y eso hacía que la admirase aún más.

Si Cleopatra hubiera aceptado vivir en el exilio, ocultando su identidad y viendo cómo su pueblo era pisoteado por Roma, jamás habría sido feliz. La persona de la que él se había enamorado había demostrado una vez más que estaba dispuesta a llevar su amor por Egipto hasta las últimas consecuencias.

Olimpo no sabía qué le depararía el destino; no obstante, estaba seguro de que no existiría otra mujer como Cleopatra y de que él no volvería a amar a nadie de la misma forma que a ella.

Cuando necesitara sentir su presencia a su lado, le bastaría con mirar a su alrededor porque Cleopatra era Egipto y Egipto era Cleopatra y por eso aquel país siempre mantendría vivo el espíritu de su última reina.

Adira contempló Menfis y sintió que su corazón, que parecía haber dejado de latir durante la última semana,

recuperaba su estado normal.

Durante días, se había lamentado de que Cleopatra no le permitiera acompañarla en su último viaje. Olimpo le había explicado todo lo sucedido.

Después de conocer la noticia del suicidio de la reina, Olimpo había corrido al mausoleo donde había visto el cuerpo de Cleopatra junto al de Adira y el de otras dos jóvenes esclavas. Después de examinar el cuerpo de Cleopatra y descubrir una picadura de serpiente, Olimpo había comprendido lo sucedido. Adira sujetaba el frasco que él le había entregado a la soberana, así que supo que ella había decidido que fuera su fiel amiga la que continuara viviendo. En cuanto a las esclavas, ambas habían crecido junto a Cleopatra y al encontrar su cuerpo sin vida habían querido seguirla en su último viaje.

Después de que Olimpo le relatara lo sucedido, ella se había sentido orgullosa de compartir parte de su vida con la reina de Egipto. Al igual que Olimpo, Adira había tenido la suerte de conocer no sólo a la reina de Egipto sino a la verdadera Cleopatra: a la mujer que había amado y sufrido; a la mujer que había doblegado voluntades, que había llorado y reído; a la mujer se había levantado después de cada caída pero, sobre todo, a la mujer que había forjado su propio destino.

Sin embargo, su pérdida le había privado de una misión para la que creía haber nacido. Isis había conducido sus pasos hasta Cleopatra y Alejandría, pero sin su presencia, ¿qué era lo que debía hacer?

Incapaz de contestar a esa pregunta, había decidido regresar al único lugar que podía ofrecerle algo de consuelo y donde esperaba que los recuerdos de los últimos meses no fueran tan dolorosos.

Mientras recorría el último tramo de su viaje, pensó en Apolodoro y una vez más, rogó a Isis que protegiera al hombre que debía cumplir el último deseo de Cleopatra. Aunque Olimpo le había relatado la noticia sobre el asesinato de Cesarión, algo en su interior le decía que tanto el joven como el siciliano se encontraban a salvo. Cesarión

descendía de la misma Isis y la diosa no podía olvidar algo así. Además, ella había entregado su corazón a Apolodoro y esperaba que su amor y sus plegarias también le protegieran de las espadas romanas. Aunque sus ruegos no habían podido evitar que Octavio destruyera cualquier recuerdo de la reina de Egipto. Los romanos parecían empeñados en deformar la imagen de una mujer a la que siempre habían temido y por eso la acusaban de ser una embaucadora, de obtener todo cuanto deseaba gracias únicamente a sus conquistas. Se inventaban mil motivos para descalificarla. Aun así, no habían podido vencerla porque sus actos, así como cada una de sus decisiones, se encargarían de que su nombre fuera recordado y admirado como se merecía.

A Cleopatra le había tocado vivir en un mundo plagado de intrigas y conspiraciones, pero ella había sabido enfrentarse a todos los peligros hasta convertirse en la única mujer capaz de hacer temblar a Roma.

Cuando llegó al templo de Isis, la sacerdotisa la estaba esperando. Adira observó su rostro y comprobó que estaba envejecido, no tanto por el paso de los años como por sus últimas visiones.

Egipto había sucumbido ante Roma y con él desaparecían también todas las esperanzas depositadas en la creación de una nueva era.

La sacerdotisa era consciente de que su labor había terminado. Puede que, en un futuro, Isis eligiera una nueva vida para luchar por los dioses de Egipto, pero ella ya no podría presenciarlo. La muerte de Cleopatra suponía el fin de todo lo que ella representaba.

Aunque ya nadie más conocía ese secreto, Cleopatra era el único miembro de su dinastía por cuyas venas corría sangre egipcia. En ella confluían dos de los dioses más importantes de Egipto. Su padre era el faraón y su madre, una sacerdotisa de la diosa que había crecido en aquel mismo templo y que, al igual que Adira, se había iniciado en los misterios de esa deidad. Y había sido Isis quien había guiado sus pasos hasta Alejandría para obtener el amor del

faraón.

Mientras la sacerdotisa se acercaba a Adira, tuvo la sensación de que la pequeña marca en forma de media luna que poseían todas las personas elegidas por Isis le quemaba la piel. Pero ella sabía lo que aquello significaba: a partir de ese momento, no tendría más visiones. Ya le había sido revelado que, con ella, desaparecería su orden porque el futuro de Adira, a diferencia de lo que la mujer pensaba, no estaba en Menfis, sino junto a un hombre que llevaba años amándola en secreto y que había conseguido cumpilir la promesa que le había hecho a Cleopatra. También sabía que el triunfo de Roma impondría una nueva era en Egipto, en la que desaparecerían muchas de las tradiciones a las que ella había dedicado su vida. Incluso el imperio gobernado por los romanos acabaría desapareciendo. El paso del tiempo era un enemigo implacable que condenaba al olvido a grandes civilizaciones y del que sólo se libraban aquellas personas que hubieran destacado por encima de las demás. Y entre esas personas estaba, sin duda, Cleopatra, cuyo nombre sería recordado a través de los siglos...

Confesiones de… Cleopatra
Rocío Rueda

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© de la imagen de la portada: Shutterstock

© Rocío Rueda, 2012

© Espasa Libros, S. L., sociedad unipersonal, 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2012

ISBN: 978-84-9754-610-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com